



Coedición de Editorial Raíces y EDEL - Editorial Electrónica

EDUCACIÓN: ¿QUÉ TENEMOS, QUÉ NECESITAMOS?

Le preguntaron al gran poeta Antonio Machado ¿qué tipo de educación necesitamos? Respondió en forma sorprendente: "Educación es enseñar a repensar el pensamiento y de saber lo sabido".

La educación que necesitamos desborda los estrechos límites de la educación centrada en la lógica de la competencia y acumulación y en la producción ;limitada de riqueza sin consideración a los límites de la naturaleza y a las verdaderas necesidades de los seres humanos. "La formación del futuro ciudadano, afirma Diez Hochleitner, sea trabajador o dirigente, requiere planteamientos radicalmente distintos a los seguidos hasta la fecha".

"El proceso educacional actual está descolocado y está ajeno a las expectativas y necesidades del educando de cualquier parte del planeta" (Baumgartner) y buscamos "excelencia académica" promoviendo antivalores y negando lo más esencial a la naturaleza humana, la comprensión y el sentido de la vida. Con la educación que tenemos estamos poniendo en grave peligro el destino de la humanidad.

Reformar la educación es plantearnos con E. Morin una reforma paradigmática y no seguir con las desvirtuadas y permanentes reformas programáticas. Una reforma paradigmática se inscribe en los descubrimientos del nuevo paradigma científico que nos obliga a un cambio profundo en nuestra visión del mundo al invitarnos a ver y analizar la realidad a partir de nuevas categorías de interpretación.

Estas nuevas formas de comprensión, interpretación y expresión, suponen, como afirma Leonardo Boff, nuevos modos de ver, de sentir, de pensar, de valorar, de actuar, y de rezar, que conlleva realmente nuevos valores, nuevos sueños, y nuevos comportamientos.

Este cambio paradigmático supone un modo nítidamente nuevo de enfocar la educación. No podemos solucionar los problemas actuales con las soluciones de ayer porque eso estaría indicando nuestra incongruencia, y tal vez, nuestra falta de ética con nosotros mismos y con los demás. Para la superación del pasado es interesante considerar que el presente, de hecho, ya es pasado, y lo que percibimos como futuro, de hecho, es presente.

FRANCISCO GUTIÉRREZ LÓPEZ
Doctor en Ciencias de la Educación
Escritor

Contenido

Prólogo - Rolando Araya Monge

Breve explicación

1. Democracia y socialdemocracia

COMENTA: Francisco Antonio Pacheco Fernández

2. Libertad

COMENTA: Eugenio Rodríguez Vega

3. Partidos políticos

COMENTA: Luis Amoldo Pacheco Sánchez

4. Liberalismo y neoliberalismo

COMENTA: Rodrigo Madrigal Montealegre

5. Información y comunicación

COMENTA: Arreando Vargas Araya

6. Ley y justicia

COMENTA: Enrique Rojas Franco

7. Globalización

COMENTA: Leonardo Garnier Rimolo

8. Moral

COMENTA: Carrmen Ma. Valverde Acosta

9. Valores

COMENTA: Luis Garita Bonilla

10. Derechos

COMENTA: Clotijide Obregón Quesada

11. Poder

COMENTA: Elias Soley Soler

12. Educación y cultura

COMENTA: Inés Trejos Araya

13. Tecnología y ciencia

COMENTA: Rodolfo Silva Vargas

14. Crisis y violencia

COMENTA: Roberto Fernández Duran

15. Revolución y cambio
COMENTA: Marcelo Prieto Jiménez
 16. Estrategia
COMENTA: Carlos MI. Vicente Castro
 17. Mercados
COMENTA: Juan MI. Villasuso Estomba
 18. Desarrollo
COMENTA: Rufino Gil Pacheco
 19. Sindicatos
COMENTA: Ricardo Castro Calvo
 20. Igualdad y oportunidad
COMENTA: Clara Zomer Rezler
 21. La democracia es pan
COMENTA: Alberto F. Cañas Escalante
 22. Varios
COMENTA: Saúl Weisleder Weisleder
- OTROS COMENTARIOS: Guido Miranda Gutiérrez y
Francisco Gutiérrez López.

Prólogo

En 1942, con apenas 18 años de edad, un muchacho soñador e inquieto, imbuido en tempranas lecturas de Jean Jacques Rousseau y Miguel de Cervantes, decidió adentrarse en las montañas de Canaán de Rivas, por San Isidro de El General. Voltear montaña, picar leña o manejar un trapiche no parecía una opción muy racional para un joven que, en la Costa Rica descalza que antecedió a la fundación de la Segunda República, ya había tenido la inusual oportunidad de concluir el bachillerato, lo cual le permitiría, en algún momento, continuar su educación superior. Aun así Enrique Obregón Valverde decidió aventurarse en este reencuentro casi místico con la tierra, quizás esperando encontrar en sí mismo al "hombre bueno" del que hablara el filósofo ginebrino, o a vivir la experiencia de Henry Thoreau en Walden Pond, y dedicarse a la filosofía.

Ese mismo joven idealista es el que ahora, a sus ochenta años y después de una intensa vida política e intelectual, nos presenta esta nueva obra de genuina pedagogía ideológica titulada "ABC de la socialdemocracia", la cual, como el autor indica, es un extracto dosificado del pensamiento socialdemócrata.

Se trata de un conjunto de reflexiones de un hombre que a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, conjugó con inusual precisión la reflexión aguda y crítica, con la acción política, acercándose al ideal platónico del filósofo-rey. Mucho más significativo y digno de mención, es el hecho de que esa mezcla de teoría y praxis estuvo acompañada siempre y en todas las circunstancias de su vida, con la coherencia e integridad que forja los espíritus fuertes.

Tras cada pensamiento, cada actuación, cada decisión siempre respondió un espíritu noble y generoso, pero también rebelde frente a las injusticias y los vicios de la politiquería.

Es el mismo espíritu rebelde que movió a Enrique Obregón a dejar su partido político después de denunciar una y otra vez las trasgresiones ideológicas y fundar junto a dirigentes de izquierda como Marcial Aguiluz, otra trinchera de lucha, el Partido Acción Democrática Popular, del cual sería candidato presidencial. En aquel tiempo, marcado por el impacto de la Revolución Cubana y el fanatismo macartista, ese fue un gesto incomprendido por muchos, las voces de nuestra anacrónica oligarquía se alzaron sentenciándolo con el sambenito de comunista. Pero la historia política del siglo xx ha sabido rescatar ese hecho como la firme decisión de un hombre que siempre estuvo dispuesto a seguir su conciencia y su propia interpretación de los ideales que compartía con José Figueres, Daniel Oduber, Luis Alberto Monge y Alfonso Carro.

La edad y los años, esos lastres que terminan muchas veces atemperando los caracteres más impetuosos atrayéndolos hacia un pragmatismo que a menudo resulta imposible de distinguir de la claudicación, no han hecho mella en Enrique Obregón. Él sigue siendo el mismo hombre de posiciones contundentes. Con igual determinación al afirmar que no hay una auténtica democracia sin socialismo ni socialismo sin democracia, el autor nos recuerda que tampoco hay democracia sin discrepancias ni discusión, que los llamados "consensos" en nuestra cultura política son casi siempre la imposición del criterio del poder económico.

La verdadera democracia no es una meta final, un estadio definitivo, es más bien un proceso que no se agota en lo representativo, y que es susceptible siempre a perfeccionarse, de ser una cultura, una forma de vida, y en este sentido esta forma de entender la democracia, es aplicable a otros aspectos de la socialdemocracia, pues el socialismo -tal y como lo concebía Kart Kautsky-, es una forma de

organización democrática de la sociedad. Democracia y socialismo son dos caras de la misma moneda.

Los comunistas pretendieron decretar la igualdad y no lo lograron. Los socialdemócratas la han visto como una meta, como un objetivo. Los nuevos tiempos nos exigen nuevas precisiones. En realidad, la igualdad es un camino, no un destino; un requisito para el arranque, no solamente un objetivo. La igualdad y la democracia más puras no vendrán como resultado de los decretos, sino del propio recorrido de los demócratas. Y así, pues, empezamos a entender, conforme a las ideas de un nuevo paradigma científico, que serán socialistas los países habitados por pueblos solidarios, capaces de vivir en una cultura de igualdad, no necesariamente los que tengan leyes socialistas.

Enrique Obregón ha sido posiblemente quien más ha profundizado en la configuración teórica de la socialdemocracia costarricense, un tema al que ha dedicado varios libros e innumerables artículos periodísticos, ensayos y conferencias. Con la misma dedicación que le movió a convertirse a maestro rural hace más de sesenta años. Obregón ha proseguido su labor formadora de los socialdemócratas de Costa Rica. Esta obra se inscribe en la misma tradición de los grandes pensadores sociales del siglo xx. Jorge Volio, Rodrigo Fació, José Figueres y Daniel Oduber, forjadores de los inquietos miembros del Centro para el Estudio de los Problemas nacionales que hablaban de un "socialismo democrático costarricense", y que sin duda fue la brújula ideológica orientadora de los destinos de nuestro país durante casi cuarenta años.

Abordar el tema de la socialdemocracia en las actuales circunstancias no es una tarea fácil. Las condiciones no son las mismas que las que tuvieron que afrontar los socialdemócratas costarricenses a partir de 1948. La Revolución marcó el hito histórico que singularizó a Costa Rica como un oasis de paz y democracia en Latinoamérica y logró colocar al país entre el grupo de naciones de mayor desarrollo humano en el mundo. La abolición del Ejército, el desarrollo con equidad social, la transformación educativa y el extraordinario programa para preservar la riqueza biológica han dado a Costa Rica nombre y prestigio internacional, rio obstante, al cabo de los años, la socialdemocracia en Costa Rica y en el mundo entra en una crisis de identidad sin precedentes, acertuada a partir del final de la guerra y la posterior irrupción del pensamiento único, el neoliberalismo que guía la aventura del capitalismo global. Y ahora, las banderas socialdemócratas flotan en Costa Rica sin las astas de antaño. Quienes llegaron a ocupar posiciones de liderazgo en los últimos tiempos se rindieron ante la idea de poner economía por delante de la política, el mercado antes que la democracia y las ganancias como valor supremo, por encima del bienestar del mayor número.

Sin duda los ideales socialdemócratas viven en el corazón de los pueblos, pero el Partido que dio brillo a sus luchas se ha convertido en un campo de batalla de aspirantes a puestos de elección popular, en un ambiente cargado de oportunismo, donde no queda aliento para retomar su posición en el liderazgo ideológico.

Todo esto constituye un desafío porreplantear qué socialismo queremos en este nuevo siglo, qué tan factible puede resultar, cuáles serán los instrumentos necesarios y qué instrumentos. Ya no caben los encuadramientos mecanistas, las certezas absolutas, ni las aproximaciones dogmáticas. Hoy -como lo reconoce el autor- son los pueblos los que rebasan el estado de conciencia de los partidos políticos, y las grandes luchas y transformaciones sociales de este nuevo siglo requieren un nuevo esquema mental y de valores.

Desde sus orígenes, la socialdemocracia ha sido revisión y reforma. Aquí yacen sin duda su principal seña de identidad y su principal fortaleza: replantear constantemente la propuesta. En estos

tiempos hablar de socialdemocracia implica aproximación hacia los valores de una manera creativa, no hay mañana sin ayer, la experiencia histórica del socialismo democrático en el siglo xx no puede ser desechada, pero no se puede buscar el socialismo del futuro en el pasado del liberalismo económico. Tal y como lo dijera Jean-Jaurès, "ser fiel a la tradición es ser fiel a la llama, no a la ceniza", los valores no son para rescatar un pasado, sino para conquistar un futuro, según Enrique Obregón. Esa llama del socialismo democrático es la que hoy sigue ardiendo gracias a su superioridad ética frente a las corrientes que sustentan el individualismo egoísta.

La socialdemocracia se construye diariamente. La brújula se orienta por valores, pero no hay caminos fijos ni recetas universales. En realidad, de lo que se trata siempre es de elevar la categoría del ser humano, pues el mejoramiento vendrá de la mayor elevación espiritual y mental de los pueblos; no a partir de decretos. Ahí está el nuevo campo de batalla. Las puertas del cambio solo se abren por dentro. Y la nueva socialdemocracia deberá centrarse en mejorar al ser humano, pues como decía Fromm, "solo podrá crearse una nueva sociedad si ocurre un cambio profundo en el corazón humano". Y así es, el caminante cuenta más que el camino.

Aquellos pueblos que en el siglo xx se acercaron más al ideal de igualdad y solidaridad del socialismo, no fueron aquellos donde los logros llegaron impuestos de arriba hacia abajo, gracias a la acción providencial de un grupo de "iluminados" o alguna camarilla revolucionaria, sino porque habían asimilado que la convivencia plena entre los seres humanos implica el reconocimiento de la alteridad, el que yo no puedo ser completamente feliz si mi prójimo no lo es. Esta es, para pensadores como Adam Schaff, la base fundamental del socialismo que comparte con el humanismo: el amor al prójimo.

Frente a la injusticia y la desigualdad crecientes en el mundo, los socialistas tienen todavía una enorme tarea que llevar a cabo. Ese escenario de exclusión social, depredación del medio ambiente y erosión de los sistemas democráticos justifica plenamente la existencia de un poderoso movimiento socialdemócrata en el mundo y en Costa Rica, capaz de dar respuestas a los viejos problemas, pero sobre todo, a los nuevos desafíos que establece la globalización.

Esas respuestas a nuestros problemas regionales no nos van a venir de Europa. Los latinoamericanos no podemos seguir buscando soluciones en realidades ajenas a las nuestras, no podemos ahorrarnos el trabajo de concebir ideas y planes más originales, inevitablemente ligados a las particularidades de esta parte del mundo. El socialismo latinoamericano no puede ser "calco ni copia, sino creación heroica", tal y como dijera José Carlos Mariátegui. La liberación de los pueblos de Indoamérica solo vendrá como efecto de nuestra propia cosmovisión, como lo entendía Haya de la Torre, el otro gran pensador peruano. Y en una hora como esta, después de comprender la revolución científica del siglo xx, con la cual se comprobó la equivalencia entre materia y energía, la dualidad entre ondas y partículas, la teoría de la relatividad y la importancia del pensamiento sistémico, sin ceder nada en el campo de los valores, es necesario vaciar las mentes de recetas viejas y teorías y empezar a construir de nuevo, "Ningún problema puede ser resuelto desde la misma conciencia que lo creó", decía Einstein. Y este es otro momento bueno para emprender de nuevo la marcha.

Este libro de Enrique Obregón es una invitación a la esperanza. A pesar de la descomposición social y de la hegemonía ideológica que tiene todavía el pensamiento único, los valores de la socialdemocracia perviven todavía en los genes del costarricense. Vivimos un momento histórico particularmente interesante que exige nuevos caminos e instrumentos distintos a los del pasado.

Alguna vez Felipe González dijo: "viajo muy ligero de equipaje cuando se trata de ideología, me

bastan los principios de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad". Ciertamente nuestra carga puede ser liviana, pero sólidos son nuestros valores y la convicción de que es un imperativo ético y político de los socialdemócratas luchar por un mundo mejor. Quien se acerque a las páginas de este libro sin duda lo comprobará.

ROLANDO ARAYA MONGE
Presidente para América Latina y el Caribe
de la Internacional Socialista
Agosto de 2004

Breve explicación

Compañeros de base del Partido Liberación me solicitan con frecuencia un manual sobre la teoría de la socialdemocracia, con el objeto de difundir y explicar a todos los dirigentes de los pueblos sus principios y objetivos.

Se me ha ocurrido que, antes de escribir un manual que puede ser tedioso y que no llegue a cumplir los fines que se persiguen, tal vez lo mejor es un extracto, dosificado, mínimo, del pensamiento socialdemocrático y de la democracia en general, de todo lo que he venido escribiendo y publicando durante más de cincuenta años,

Cuatro libros he escrito sobre el socialismo democrático y, de ellos, entresaco esta serie de pensamientos y los entrego, pensando que así, resumidos, en frases cortas, puede ser más atractivo y de fácil lectura.

He ordenado los pensamientos por categorías con el objeto de que el lector pueda encontrar con mayor facilidad el asunto que le interesa.

También aparece el tema repetido, una y otra vez, y no he querido suprimir repeticiones por considerar conveniente que esto permite asimilar mejor el concepto.

Entonces, este librito pretende ser de docencia política. Un manual, que no lo es, y que puede servir para hacer llegar hasta algunos sectores populares, un conocimiento mínimo tan necesario en un partido que olvidó formar escuela de socialdemocracia.

Debo agradecer a los brillantes intelectuales que me aceptaron colaborar con este libro, agregando pensamientos e inquietudes, todo lo cual enriquece y complementa sus objetivos.

También agradezco a los compañeros de "RAÍCES" por su entusiasmo y colaboración.

ENRIQUE OBREGÓN VALVERDE
San José, julio de 2004

Democracia y socialdemocracia

Frente a la democracia se alza encrespada la posición opuesta, la que propicia el fin de toda interrogación. En ella se agrupan los coleccionistas de verdades incommovibles, incapaces de adaptarse a los cambios de la realidad. Viven seguros, llenos de certidumbres, en su dogmatismo, en vano, la característica más llamativa de la socialdemocracia es la vocación de cambio con vistas en la solidaridad y en la profundización de la igualdad de la calidad de vida de los seres humanos.

La libertad es siempre generadora de dudas. Y la democracia, inseparable de ella, lleva implícito el riesgo consciente de error y el miedo a cometerlo. Sí, así es. La democracia y la vida libre producen sentimientos de inseguridad. Inseguridad en cuanto a los resultados; vacilaciones en lo que atañe a la interpretación de los principios, aunque los esenciales sean permanentes; dudas en cuanto a la propia conducta, que nos parecerá, a menudo, ineficaz, quizá no suficientemente solidaria, nadie escapa de ello, ni quienes actúan ni quienes se abstienen de hacerlo, no se extraña nadie, entonces, de que en medio de la vigencia de los más sólidos principios democráticos, subyaga, como respuesta al temor que ofrece la libertad, cierta añoranza por la dictadura.

Los demócratas socialistas vivimos el sentido del riesgo y aceptamos el reto de poner en tela de duda buena parte de nuestras convicciones. Carecemos de la certeza que da la fe en el mercado, no disponemos de un deus ex machina que supuestamente sea sabio y capaz de corregir las imperfecciones de la vida social. Estamos obligados a corregirlas, bajo nuestra responsabilidad. Demócratas, libres y solidarios, disfrutamos del gusto por transformar la vida social.

La única manera de defender los valores fundamentales consiste en cambiar la manera de luchar por ellos, cuando las circunstancias lo exijan. Perseguimos, permanentemente, el mayor beneficio para el mayor número, como quería Figueres. Pero, aceptar que hemos de orientarnos por este ideal, no acabará con la discusión sobre la forma de lograrlo. Y en esos afanes, enfrentaremos de buena fe el riesgo de fallar, de caer, incluso. Ello nos abrirá la posibilidad de levantarnos.

FRANCISCO ANTONIO PACHECO FERNÁNDEZ
Abogado
Doctor en Filosofía
Ex rector de la Universidad Estatal a Distancia
Presidente del Partido Liberación Nacional

Los tres valores fundamentales de la socialdemocracia en la actualidad son: preocupación profunda por el pobre, creencia en la equidad y control estricto sobre el medio ambiente.

El socialdemócrata no es un científico que aceptó fórmulas notables de las ciencias políticas que puedan demostrarse, siempre y en todo caso, con exactitud de doctrina comprobada en los laboratorios de las diferentes confrontaciones sociales.

La socialdemocracia es un método para llegar al socialismo.

En toda sociedad democrática, políticamente organizada, existe un grado de libertad asegurada y un grado de opresión consolidada.

Socialismo es todo lo que tenga un principio de bondad y un principio de verdad.

Somos un producto social y es la sociedad la que nos da el grado de conciencia que tenemos.

La democracia es la consecuencia de la lucha del hombre por liberarse de la opresión y de la explotación.

Puede haber socialismo sin estatización y estatización sin socialismo.

La socialdemocracia es un amor profundo por los más auténticos valores del espíritu humano.

No puede haber democracia sin socialismo ni socialismo sin democracia.

El camino hacia la democracia debe construirse sobre el fundamento de la paz.

La consolidación de la democracia política es la primera obligación de los socialdemócratas.

La socialdemocracia es la necesidad de mantener el grado de libertad y de cultura que hemos recibido como herencia y la obligación de crear un grado de cultura y de libertad que habremos de dejar a nuestros sucesores.

El socialismo democrático tiene tres valores éticos fundamentales: libertad, justicia y solidaridad.

La misión del socialdemócrata es la de cambiar la institucionalidad que oprime por una institucionalidad que libere.

No hay ni debe haber objetivos finales únicos.

La democracia y la libertad se transforman en simples posibilidades de tiempo y espacio.

Nuestra meta es la permanente transformación de la sociedad.

La esencia del socialismo democrático es buscar todo lo que nos identifique.

La democracia la encuentra un pueblo cuando tiene capacidad para armonizar la paciencia, la necesidad, los sentimientos y la inteligencia.

La democracia es la sociedad de los ciudadanos.

Socializar es poner en poder del pueblo las riquezas y los servicios, pero no necesariamente nacionalizar.

La democracia se desenvuelve a través de las distintas organizaciones populares.

La democracia no es un sistema político sino una forma de vida de los pueblos, fraternal, humana y solidaria, sujeta a revisión y transformación constante.

Hoy es imposible el triunfo de las mejores causas democráticas si los pueblos que luchan no cuentan con la solidaridad internacional.

La socialdemocracia es el uso del método democrático -la paz, la legalidad- para cumplir los fines de la humanidad, los mejores proyectos del espíritu humano.

El Estado de bienestar fue el punto de partida de una nueva civilización que se desarrolló de la mano de la socialdemocracia.

Es necesario fortalecer al Estado porque es el único ente que puede regular las distintas fuerzas en conflicto en toda sociedad.

Debemos fortalecer nuestra democracia interna. Volver a lo que hemos sido durante más de cien años: una pequeña democracia relativamente feliz.

A esta democracia la construyeron recios campesinos a quienes sus esposas les confeccionaban, de manta, sus camisas y calzoncillos. Pero esos calzoncillos resguardaban cualidades viriles de mucho respeto.

Son esas cualidades las que debemos rescatar con gran urgencia.

La democracia es un abanico abierto de posibilidades. La república es solamente una forma de manifestarse.

En una sociedad como la costarricense no se están refiriendo a lo mismo cuando los empresarios, los profesionales o los obreros hablan de democracia.

Podemos admitir como buena la manifestación de Hans Kelsen, de que "la democracia es la ideología de la libertad".

Los socialdemócratas luchamos por la libertad y luchamos por la igualdad. Pero no podemos prescindir de la primera por dedicarnos solamente a la segunda.

La lucha por la libertad la encontramos en la democracia política; la lucha por la igualdad la encontramos en la democracia social. Pero nunca podrá haber democracia social si previamente no existe bien consolidada la democracia política.

Defender la democracia política es defender la base de toda la dimensión social, económica y espiritual de la vida democrática plena.

En el mundo de hoy, el socialismo democrático es el verdadero abanderado de esa ideología de la libertad.

El socialismo democrático tiene una doble dimensión: impedir que la libertad de explotar se mantenga como filosofía de gobierno y evitar que a nombre de la igualdad se termine con el derecho a vivir en libertad.

Algún día sabremos lo que significa la democracia: vivir sin explotación y sin temor, con absoluta fe en el futuro de la humanidad.

La socialdemocracia no es una definición, sino la fuerza y la voluntad de sus asociados puestas al servicio de la construcción de una sociedad justa.

La democracia comienza a atrofiarse desde el momento en que quienes tienen el poder se niegan a ampliar su base.

La capacidad de apertura es un prerequisite fundamental de la social democracia.

El peor error político es tenerle miedo al pueblo, ignorando que el pueblo sí quiere una democracia verdadera.

La clásica concepción política de la democracia ha quedado muy atrás para dar lugar a una democracia social y económica que resulta de la información popular.

Lo que nos sucede a los socialdemócratas es que nos gusta más rendirle homenaje a la teoría que insistir en la aplicación de sus principios a la política práctica.

Tarea fundamental de la organización popular es crear conciencia nacional para construir un orden social deseable, en el cual está implícito el concepto del bien común.

La socialdemocracia no aspira a llegar al poder para administrar la sociedad sino en ejercer el poder para transformar la sociedad.

La socialdemocracia es un acuerdo sobre la necesidad de mantener, sin pisotearlos, los fundamentos de la cultura universal y las bases morales de la justicia y la libertad.

La socialdemocracia continúa siendo la más auténtica esperanza para rescatar los tradicionales valores republicanos y democráticos de nuestro pueblo.

Mientras no seamos capaces de definir lo que somos y mientras no estemos dispuestos a defenderlo, no somos ni socialdemócratas ni hombres decentes.

Los socialdemócratas no podemos decir ahora que no hemos luchado contra las dictaduras de toda clase; no podemos decir ahora que ya no luchamos contra las dictaduras. No podemos decirlo.

Como decía Daniel Oduber, "decir que no somos lo que somos y hemos sido, no engaña a nadie.

Mucho menos a nosotros mismos".

El socialismo no es un nombre ni una etiqueta. Tampoco es una moda. Es una actitud. Y, más que todo, una razón de vida en la que se confunden dos eternidades: la esperanza y la verdad de los hombres.

Varios caminos tiene la democracia para llegar al socialismo. O quizá, varios caminos tiene el socialismo para encontrarse con la democracia.

La democracia social pluraliza, generaliza, envuelve derechos que deben ser aplicados a todos los miembros de la sociedad.

¿Cuál es la misión de los socialdemócratas? Desplegar la democracia en la plenitud de su esencia, conducir la democracia hacia su plenitud.

El socialismo democrático no es una verdad, sino un medio para defender la verdad conquistada y la verdad por conquistar.

La socialdemocracia es un quehacer permanente del espíritu, abierto a todas las corrientes del pensamiento universal, con la única ambición de conquistar, algún día, la libertad y la justicia para todos los hombres de la tierra.

Socialismo y democracia se confunden porque representan lo mismo. Socialismo es democracia, porque es la forma que tiene el pueblo de gobernarse a sí mismo y en su propio beneficio.

La democracia política, como legado de la revolución liberal, continúa formando parte de los mejores planes de la socialdemocracia.

La socialdemocracia prefiere el camino de la paz para realizar su proyecto político.

La consolidación de la democracia política es la primera obligación de los socialdemócratas.

No existe en la perspectiva de la acción socialdemocrática la posibilidad de usar la dictadura, ni siquiera como necesidad de transición.

Los socialdemócratas nos declaramos enemigos de todo tipo de dogma en el amplio espectro de las ciencias sociales, políticas, económicas e históricas.

El socialismo es un largo caminar hacia esa forma de vida solidaria que es la democracia.

Cuando se duda de la democracia, la alternativa es el régimen de fuerza.

Las libertades como las antilibertades, son productos sociales. La democracia, como la dictadura, las encontramos en el desarrollo o retroceso de la sociedad.

La democracia es la historia del hombre por la conquista de la libertad.

La igualdad de oportunidades es algo que está en la entraña misma de la democracia; es algo así como su esencia vital.

Decía don José Figueres: “Para que la pobreza y el desperdicio de capacidades no se transmitan de generación en generación, la socialdemocracia procura hacer todo esfuerzo por ofrecer a la juventud igualdad de oportunidades”.

Costa Rica se ha quedado sin grandes conductores políticos. Después de cincuenta años de paz y de consolidación de la vida democrática, los líderes han desaparecido. Pero esto es algo natural de las democracias verdaderas y permanentes.

En una democracia de larga duración, el liderazgo lo tienen los intelectuales.

La democracia es y será la más bella de las utopías. Porque la utopía es siempre, como lo afirmaba Lamartine, una verdad prematura.

Es esa diferencia entre lo que la sociedad está dando y lo que la sociedad debe dar la que define si, en verdad, estamos o no estamos viviendo una democracia.

Todavía le tenemos un gran miedo a la democracia, entendida ésta como la forma de gobernar en beneficio exclusivo de las grandes mayorías.

La democracia se mide por el número de necesidades satisfechas.

El empresario piensa en la democracia con sentido mercantil; el obrero como fuente de derechos y libertad.

Estamos obligados a usar las corrientes positivas de la sociedad para avanzar en nuestro desarrollo democrático.

A la democracia social se la conoce también como socialismo reformista, socialismo evolutivo, socialismo revisionista o gradualismo.

Se llama revisionista a la socialdemocracia, porque Berstein puso en tela de duda la condición de verdad científica del marxismo.

Podemos decir que la diferencia entre marxismo y socialdemocracia se puede reducir a lo siguiente: el primero funda su acción en algo que de todos modos ha de suceder, el segundo en algo que conviene que suceda.

El desarrollo del individuo se encuentra en el centro de la política del socialismo democrático.

El socialismo democrático no lucha por toda la verdad, sino por la verdad posible. Por eso es auténticamente revolucionario.

Así, la socialdemocracia se confunde solamente con lo que se puede hacer.

La verdadera democracia social solo la podemos obtener con métodos democráticos.

El camino de la democracia se llama democracia.

“En vez de establecer la democracia por medio del socialismo, hay que establecer el socialismo por medio de la democracia”, como afirma M. Duverger.

El socialismo democrático no promete la solución a todos los problemas del hombre.

También se puede gobernar desde el pueblo.

Se puede gobernar desde arriba y se puede gobernar desde abajo, pero conociendo, de antemano, que solamente gobierna el que puede.

Debemos recordar que en nuestra democracia, en una época, también se han cocido las habas de la oligarquía, dominando y gobernando, y de los militares quitando y poniendo rey.

En verdad, la democracia política auténtica (respeto al sufragio popular, libertad, paz y naciente crecimiento de una democracia social), la hemos tenido a partir de la guerra civil de 1948.

Es obra indiscutible del Partido Liberación Nacional. Antes de esa época, tuvimos cuartelazos, revoluciones y fraude electoral.

La historia de la democracia es la historia del traspaso progresivo del poder, de manos de pequeños grupos, a manos de sectores populares cada vez más amplios.

Los socialdemócratas somos una agrupación política y humana, intelectual y moral, que lucha por desterrar toda clase de explotación de unos hombres sobre otros.

Entendemos que declararse socialista es admitir que mantendremos una constante actitud moral frente a la vida.

No creemos en ningún tipo de dictadura como medio o procedimiento para llegar a etapas superiores de convivencia social.

Es difícil decir, teóricamente, cuáles son los principios más importantes del socialismo democrático. Depende de las circunstancias históricas y de los distintos países.

Tal vez, en estos momentos, la principal obligación de los socialdemócratas está en lograr que los costarricenses entendamos que no puede haber patria verdadera si pretendemos destruir a los partidos políticos.

La lucha por la reforma social, en dimensión socialdemócrata, representa respeto a los grados de libertad que se tienen y a las instituciones democráticas de que se disfruta.

La democracia, como forma de vida, no es una concepción estable sino una categoría espiritual dinámica.

En Europa los socialistas democráticos dicen que “en una economía y sociedad determinadas por el afán de lucro y de poder, corren peligro la democracia, la seguridad social y la personalidad libre”.

Para lograr el equilibrio de las distintas fuerzas de la producción, el Estado debe intervenir.

La reducción inaceptable de objetivos de los socialdemócratas costarricenses tiene que ver con la confrontación de fuerzas políticas internacionales.

Asustarse porque el pueblo quiere gobernarse a sí mismo, es negar nuestra esencia histórica y nuestro más valioso fundamento político.

El Estado moderno ha dejado de ser una entidad de derecho para convertirse en el pueblo, en la sociedad, con todas sus contradicciones, ansiedades y esperanzas.

Estamos obligados a escuchar la voz de nuestra propia historia; pero debemos hacerlo ya defendiendo virilmente el derecho de gobernarnos a nosotros mismos.

Es válido y actual preguntarse quién debe gobernar en un país que levanta con orgullo la bandera de la democracia.

Por la vía institucional de una democracia política que funcione aceptablemente, solamente hay una forma de ir terminando con la explotación y es la organización del pueblo.

Hoy, la libertad en Costa Rica es el derecho que tienen los obreros, los campesinos y los asalariados en general a que el Estado les garantice una seguridad de trabajo y les asegure el derecho a comer todos los días.

No es que el socialismo democrático sea un planteamiento oportunista, sino que el oportunismo, en ocasiones, se coloca una careta con la leyenda “socialdemocracia”.

Por más democrática que sea la vida de un país subdesarrollado, de pronto salta el tigre del fascismo que toda sociedad de éstas mantiene en el huerto de sus esperanzas.

La sociedad costarricense ha estado demasiado tiempo dominada por los fantasmas de una democracia y de una libertad inexistentes.

El Manifiesto de Patio de Agua ratifica la fe en la energía histórica de la democracia que puede convertir pacíficamente la democracia política en socialismo democrático y en una forma de vida solidaria y fraternal para nuestro pueblo.

Cuando se nos acuse de irreverentes por lo que decimos, contestemos que sí lo somos, porque no nos inclinamos en señal de respeto y obediencia ante el supuesto derecho que algunos alegan tener de enriquecerse con el trabajo de todos los asalariados del país.

Todavía es posible la solución pacífica si entendemos que para ello se necesita una sola condición: que hagamos justicia.

Acepto la afirmación de José Figueres: “el nombre socialdemócrata nació no de influencias extranjeras, sino por el afán de combinar la preocupación por la libertad política y la justicia social”.

Si tenemos que hablar de un ideólogo de la socialdemocracia costarricense, ese fue Rodrigo Fació Brenes.

A la postre, la historia ha dado la razón a los socialdemócratas y no a los marxistas.

Los socialdemócratas buscamos la alianza con los Estados Unidos, pero nos reservamos el derecho a criticar y a defendernos de su política exterior.

No habrá democracia en la sociedad en donde se haya destruido la institucionalidad política liberal.

La energía natural de los pueblos los conduce a la democracia; cuando aparece la dictadura, es porque se ha cortado violentamente esa corriente histórica.

En Costa Rica, la transformación de una democracia política hacia una democracia social ha contado con el esfuerzo de la clase media costarricense.

Los socialdemócratas costarricenses deberíamos ser como Manuel González Prada -precursor del aprismo- de quien un historiador dice: “era un hombre tremendo, con la boca llena de verdades y el pecho de resoluciones, demoleedor de lo pasado, inyector de energías, sembrador de ilusiones, la voz del amanecer”.

Tenemos necesidad de volver a transitar por los polvorientos caminos de la verdadera lucha por la justicia social y la soberanía nacional, manteniendo la fe en la democracia, a pesar de todo lo que está pasando.

La democracia pone a prueba la paciencia de los pueblos porque es en la fragua de la aparente lentitud en donde se temple el acero de los derechos y libertades verdaderas.

Durante el transcurso de los últimos cincuenta años los costarricenses nos hemos acostumbrado a soportar la pérdida de la agrupación política que respaldamos y a tolerar el triunfo de nuestros contrarios.

Ese espíritu que señala hacia esa forma de vivir en paz, justicia y libertad, es lo que entendemos por democracia.

El voto decide, escoge y rechaza; pero también exige.

El ciudadano, al votar, otorga un poder al gobernante pero, al mismo tiempo, le exige que ha de realizar un cambio durante el ejercicio de ese poder.

De esta manera, el voto no es un voto por el pasado, es siempre un voto por el futuro.

El gobierno democrático ha de garantizar siempre una nueva conquista social y económica.

“El socialismo costarricense existe desde los albores de nuestra historia y marca su punto culminante en la gesta de Jorge Volio”, decía Daniel Oduber.

Antes de la Revolución del 48, los hijos de los campesinos apenas tenían acceso al primero o segundo grado de la escuela primaria. Hoy, la mayor cantidad de profesionales -médicos, ingenieros, abogados, maestros- proviene del sector rural.

El socialismo democrático integró el campo a la ciudad y amplió la oportunidad para todos.

El campesino sin derechos de cincuenta años atrás, es ahora un ciudadano consciente.

Nuestro pueblo está totalmente confiado en que la democracia sí puede resistir a la democracia.

El problema de la democracia es que algunos la quieren llevar a niveles esencialmente teóricos,

apartándose de lo que es, un asunto de gentes sencillas.

Para millares de seres humanos, la democracia es una manera de vivir sin tener necesidad de asesinarse los unos a los otros.

La democracia es una posibilidad, la única, de responder a una elemental vocación de hombre.

Hace muchos años la democracia salió del derecho constitucional para formar parte del corazón del hombre.

La democracia no es una disciplina jurídica, ni filosófica, ni política. Es pura y simplemente una aspiración. La máxima aspiración del espíritu humano.

La democracia, como la podría definir muy bien don José Figueres, es la actitud vigilante del espíritu humano por mantener, durante toda su vida, una lucha sin fin.

La historia de la humanidad no es tanto la de los avances y conquistas, como la de los frenos y retrocesos.

Un hombre humillado, vencido, pisoteado, sujeto a la diaria explotación, resignado a su suerte y a su destino, es el más auténtico símbolo del fracaso rotundo de una civilización.

Las campañas negativas de las dictaduras no calan hondo porque la democracia es siempre la forma natural de manifestarse de los pueblos.

La soberanía no es divisible. No hay soberanía económica, política o social. La soberanía es el todo.

El Estado no es soberano. Soberano es el pueblo.

La soberanía existe en toda clase de sociedad, pero se ejerce únicamente cuando el pueblo descubre su conciencia histórica.

Es soberano quien tiene capacidad para resolver un verdadero estado de emergencia social.

La soberanía es una cualidad vinculada a la concepción territorial de un Estado, por la cual se concibe una capacidad de acción y decisión y que se confirma en casos de necesidad.

La soberanía es el sello de la máxima personalidad de un pueblo. Escondida frente a la dictadura, visible en la democracia; pero siempre una energía que nace de la más auténtica voluntad de un pueblo y de su mejor concepción moral.

El dogmatismo político es característico de un tiempo de dioses con pedestal de barro.

Para hacer los cambios de dirección que necesita un país debemos ir a lo más hondo de la nacionalidad. Esta es máxima verdad política.

La nacionalidad es la verdad espiritual de un pueblo.

La ciencia del derecho se ha dejado engañar. La nacionalidad no es producto o consecuencia de la ley. Está mucho más allá de la ley, fuera de la ley, antes de la ley.

La nacionalidad es un principio espiritual profundo. Es el encuentro consciente de los naturales de un país con la necesidad de consolidar, en el tiempo, su propia estructura de hombres.

La democracia no es el gobierno de los doctores, filósofos o académicos. Es el gobierno de los hombres del pueblo.

Cuando hombres de la muchedumbre suben al poder en una democracia, los doctores se escandalizan. Pero yo digo: porque son comunes pueden subir tan alto.

En una democracia verdadera, solamente el parlamento puede ser la conciencia de su propio país.

El parlamento debe ser como la voz interior de un pueblo que sabe distinguir entre el bien que ha de realizar y el mal que debe evitar.

La democracia es una, indivisible. Lo otro, lo político, lo social, lo económico, lo representativo, lo participativo, son simples grados del desarrollo de la democracia.

Concibo un buen gobierno de hombres sencillos, pero no uno de científicos y filósofos. Posiblemente esté más cerca de la verdad política un artesano o un agricultor que un filósofo.

La democracia comienza por la palabra necesidad. Para el hombre del pueblo hay democracia cuando el sistema le permite satisfacer sus mínimas necesidades.

En calidad y cualidad, los sistemas democráticos se miden según la escala de necesidades que tengan y la prioridad que fijen. Pero también se miden por la universalidad de las satisfacciones.

Para los millones de seres marginados de nuestras sociedades, el pan de todos los días es su máxima necesidad.

Las democracias más consolidadas son sistemas para los niños, para los jóvenes, para el futuro.

En una sociedad democrática, nadie es neutral.

En una democracia verdadera se respeta el derecho a disentir, es decir, a opinar en forma distinta a otro. Pero la verdadera característica democrática está en el acuerdo que la mayoría ha de tener sobre ciertas verdades fundamentales.

Del acuerdo sobre los fundamentos de una democracia se desprende su consecuencia natural, que es el disenso.

El acuerdo en lo fundamental, es una verdad: disenso es solo dar una opinión.

En la democracia hay acuerdos fundamentales, pero no disensos fundamentales. Lo que sí es fundamental es la tolerancia, condición de vida de la democracia.

Pero disenso es una cualidad que debemos ejercer. Porque disenso es protestar, es enjuiciar, es comprometerse, es correr riesgos, es pensar.

De un intelectual, quizá, su principal obligación es disenso -que es pensar en voz alta- mientras una sola injusticia permanezca sin restaurar.

Si en la Inglaterra feudal toda la tierra pertenecía a la Corona, en la democracia moderna podríamos reclamar que toda la tierra pertenece al pueblo.

La democracia apareció con la primera palabra aprendida, con la idea inicial, con el primer esbozo espiritual del hombre. Y perdurará para siempre, aun cuando el hombre, en futuro lejano, se confunda con las estrellas y con los colores del atardecer.

La democracia es la esencia viva y palpitante de toda persona que tenga una mínima parte de aspiración, de fe, de solidaridad y de esperanza en la felicidad del hombre.

La democracia es la más lógica, real y tangible categoría espiritual de la humanidad.

Saber que la historia no ha estado, ni estará, clavada en una dialéctica determinada, y que nosotros, como hombres, no hemos estado, ni estaremos, clavados tampoco en una ideología fija.

León XIII lo dijo y los sacerdotes deberían actuar de conformidad: “Y de ninguna manera se ha de caer en el error de que la autoridad civil sirva al interés de unos pocos habiendo sido establecida para procurar el bien de todos”.

La emoción es lo que transforma a un político en creador o a un creador en político.

Ese fue el secreto de don Pepe Figueres, quien fue -por encima de todas las cosas, de su vocación intelectual, de su arrojo- un político cargado de emoción.

Al político de verdad lo caracteriza la emoción. No es lo que dice sino cómo lo dice; no es lo que piensa sino cómo expresa su pensamiento; no es la elocuencia, ni la retórica, ni la frase oportuna y calculada, sino la emoción.

El verdadero político -el que trabaja diariamente como tal- desplaza a los demás que solamente aspiran.

En política, más que en otra actividad, es aplicable el adagio: “El que quiere camarones que se moje los calzones”.

Una vez Daniel Oduber me dijo: “En política, los que trabajan duro, de vez en cuando triunfan. Pero los que no trabajan, no triunfan jamás”.

Todo hombre culto, sereno*y equilibrado desea un socialismo con rostro humano.

A partir de la muerte de León Cortés, entendimos la necesidad de crear una sociedad nueva sobre un sistema que podamos revisar constantemente, pero que permita impedir el ataque sorpresivo de la trapacería cobarde contra la buena fe popular.

Toda acción política decente y aceptable tiene como origen indiscutible el respeto al compañero, al contrario y a la causa democrática que abrazamos.

“no ofender”, bien puede ser el inicio de una nueva forma de hacer política.

En política, transar es transigir, ceder, manifestarse dispuesto a conceder algo a los contrarios. Política sin transacción, no puede ser.

Transigir es ceder campo en lo que consideramos absolutamente justo y esencialmente verdadero, porque la política no es el arte de luchar por lo justo y verdadero, sino por lo que más cerca esté de esos fines.

Transar no es claudicar. Transar es el arte de conquistar, retrocediendo.

Transar es conseguir parte de un derecho, prescindiendo de la ambición de la totalidad.

Cuando un diputado manifiesta que no ha llegado a la Asamblea Legislativa a transar con nadie, sencillamente está confesando que no sabe para lo que ha llegado.

En ocasiones es difícil entender que el principal deber de todos los ciudadanos es conservar la institucionalidad democrática que se tiene.

Lo dijo don Pepe Figueres: “En una democracia al ciudadano no le basta con el derecho a votar. Debe ser propietario de algo, porque de lo contrario el sistema de propiedad privada es un privilegio minoritario”.

El ciudadano actual es un hombre que, además de ser titular de derechos, tiene conciencia de sus derechos.

“Propietarios de algo”, dice don Pepe. ¿Propietarios de qué? Propietarios de una “cosa” intangible que se llama igualdad de oportunidades.

En una democracia de verdad, propietario es el que tiene derecho a la propiedad de iguales oportunidades.

El nacimiento simultáneo de una monarquía y una democracia, unidas en un mismo país, es uno de los mayores acontecimientos políticos de nuestro tiempo.

La lucha contra el hampa no es solamente un problema de policía, ni de abogados, ni de penalistas. Es un problema económico, de estadistas, de solución de grandes contradicciones sociales.

Pero cuando el hampa se traslada de los barrios marginales a los barrios considerados como residenciales, en donde viven hombres cultos e inteligentes que no asaltan casas sino bancos e instituciones, ¿qué clase de problema es? Posiblemente sea un asunto de vergüenza.

El demagogo entra a la escena política haciendo uso de la mala fe y la estulticia, que algunos, desgraciadamente, elevan a categoría de virtud.

El demagogo aporta la ficción de su propia mentira y la referencia a una democracia en la cual no cree.

Desde el punto de vista sociológico, lo que los líderes de un país manifiestan públicamente ¿es el verdadero pensamiento político de ese país?

Y si les preguntáramos a los obreros y a los campesinos cuál es su pensamiento con relación a la democracia, ¿estarían de acuerdo con lo expuesto por los líderes?

Para mí la izquierda no es una manifestación ideológica encerrada en un dogma. Tampoco puede ser un estado de ánimo particular. Es la voluntad de suprimir la explotación y de luchar por la justicia total.

Creo en la democracia como aspiración del género humano y en la libertad como algo que hay que descubrir y retomar todos los días.

De vez en cuando alguien aconseja la prudencia. Ser prudente es no protestar, no denunciar, tener el valor suficiente como para morir de hambre... heroicamente.

Reír es una manifestación natural del hombre, del niño satisfecho y con esperanza. Pero aquí, en América Latina, a los pocos años de nacido, un niño no sabe que puede reír.

En política o se es de la derecha o de la izquierda, pero nadie puede ser del centro. El centro es el fiel de la balanza, es la confluencia de dos o más fuerzas y, por tanto, la negación de la fuerza.

El centro es el cementerio de las fuerzas, es el vacío político, es la nada.

No existe el centro en política. Cualquiera que diga que pertenece al centro, está inventando el vacío.

El político español Manuel Praga Iribarne dijo: "Nunca he sabido que nadie haya muerto gritando ¡Viva el centro!".

Hay que ser parte de una fuerza, formar conjunto hacia una idea, tomar partido por un ideal. Hay que marchar por algo y hacia algo.

El centro es siempre negativo, anulador. Estar en el centro, es negarse a uno mismo, es buscar la nulidad.

Al pertenecer a una corriente de fuerza, ya se ha marchado hacia algo. Y marchar es siempre alejarse del vacío, del centro.

Tengo derecho a pensar, o sea, a dar un primer paso para creer, porque hay que tener fe en algo.

Creer en el corazón, en la idea, en la mente, en la razón, en Dios o en el espíritu humano, que sería lo menos humano que se tuviera.

Pienso que los pueblos valen siempre y cuando puedan adquirir la capacidad para ser pueblos.

Quizá debemos pensar que cada Estado tiene su lugar si se atreve a buscarlo. Si tiene valor suficiente para buscarlo.

Yo todavía no había inventado el término democracia. Y ahora, recientemente lo inventé. Es un término mío, y se lo voy a definir: democracia es pan.

Para nuestros abuelos, la democracia era el derecho de un pueblo a elegir libremente a sus representantes. Hoy, la democracia parte de la realidad de ese derecho, pero no es ese derecho en sí.

La democracia política es apenas un punto de partida.

Tenemos un idioma político y filosófico que hemos montado, no sobre una realidad, sino sobre una aspiración.

La democracia ateniense fue de minorías. Jamás cubrió a los plebeyos, ni a las mujeres, ni a los esclavos. El ciudadano ateniense entendía que él no podía ser libre sin los esclavos.

El fundamento de la democracia tiene dos puntos de partida: en la ética universal del cristianismo y en el principio romano de la universalidad de la ley: todos los hombres son iguales ante Dios y ante la ley.

Lo que los socialdemócratas entendemos por socialismo parte de muy lejos en la historia de la humanidad. La bandera de la triple consigna de Francia -libertad, igualdad, fraternidad— es parte esencial del mejor entendido espíritu cristiano.

El sistema capitalista, como la democracia ateniense, permite la libertad para las minorías y juega con el eufemismo de la posible -y nunca alcanzada- libertad para todos.

Al menos la democracia ateniense no mintió jamás. Proclamó y defendió una libertad para las minorías y declaró que esa libertad tenía por fundamento la esclavitud.

En la Edad Media nació y creció la doctrina de que el pueblo era la fuente de la autoridad política.

En la Edad Media nació la Cámara de los Comunes en Inglaterra y en esa Cámara se engendró todo lo que hoy entendemos por democracia política.

La democracia política nació con el ciudadano de la villa hecho presente en la Cámara de los Comunes, Y se consolidó cuando esa Cámara arrebató a los lores el derecho a imponer tributos y a fiscalizar los gastos del poder ejecutivo.

Por la Cámara de los Comunes se despojó del poder al rey, se terminó con las prerrogativas de clase y se ensancharon los poderes políticos del pueblo.

El pueblo en el Parlamento es la democracia política. Hoy al pueblo también lo representa el partido político.

Debemos entender que la democracia política no es solamente la forma de gobernar por delegación de las mayorías populares, sino “un método para determinar quién gobernará y para qué finalidades”.

Cuando hablamos de elecciones estamos inmersos en un acontecimiento trascendental: escoger a unas personas para que gobiernen en un sentido determinado, con una precisa finalidad.

De esta manera la democracia política está comprometida con una clara proyección, cual es la satisfacción de las necesidades del pueblo.

La democracia, como una institucionalidad preconcebida, no existe. El sistema republicano sí está preestructurado. Pero la democracia no admite encasillamiento institucionalizado, como no podemos encasillar la libertad.

Hay que crear procedimientos democráticos distintos para una realidad diferente. Hoy somos presa de afanes de poder y de riqueza de grandes potencias mundiales y de grandes empresas transnacionales.

Los objetivos económicos de la política socialdemócrata son: pleno empleo, aumento permanente del bienestar, incremento de la producción, seguridad social y justa distribución de la riqueza.

El capitalismo solo piensa en el lucro, los socialdemócratas pensamos en la satisfacción de las necesidades humanas.

Los derechos básicos por los cuales lucha el socialdemócrata son: al trabajo, a la asistencia médica, a la educación, al descanso, a la seguridad económica en la vejez, a la protección infantil, a una vivienda digna.

No hay democracia sin pueblo gobernando, escogiendo y decidiendo.

Debe existir un control democrático de la economía.

La propiedad en manos particulares puede estar socializada, y la propiedad en poder del Estado, puede cumplir fines esencialmente capitalistas.

Sí tenemos verdadero interés en democratizar, debemos ocuparnos de ejercer un control efectivo sobre las estructuras de poder.

Si queremos buscar y encontrar una posibilidad socialdemocrática en nuestros países, no nos queda más que organizar al pueblo alrededor de una bien fundamentada idea democrática.

Decían los padres de la independencia norteamericana que el gobierno democrático era fácil y sencillo y que solo requería el reconocimiento de los derechos de los hombres.

Cuando levantemos las banderas de la democracia, hagámoslo a través de los pueblos.

Se gastan los hombres y no las palabras; dejan de ser luchadores algunos hombres, pero el significado de las palabras se mantiene en pie, retadoramente, en ocasiones agresivamente, proyectándose hacia el futuro. Cada lucha, cada esfuerzo humano, encuentran la palabra precisa para definirlos.

“Democracia” es una palabra que significa cosas muy distintas -diametralmente distintas, rabiosamente distintas- según sea pronunciada por un gran empresario o por un campesino sin tierras.

Los pueblos adquieren el conocimiento del verdadero significado de las palabras cuando toman conciencia de sus propias necesidades.

El grado de cultura que tenemos está contenido en el significado que le demos a las palabras.

A las palabras democracia, libertad y justicia el explotador le da significado distinto al que le dan los pueblos, porque los valores espirituales del hombre han sido desahuciados de esas palabras.

Los sectores privilegiados de una sociedad prostituyen el recto significado de las palabras.

Cuando comienzan a conocer su hambre es cuando los pueblos descubren el idioma verdadero, el lenguaje que los comunica y los llena de alegría participativa.

Solo la democracia auténtica, como forma de vida, le da sentido verdadero a las palabras.

En la lucha por su propia libertad, el hombre libera también a las palabras de ataduras, alienaciones y prostitución.

Varios significados puede tener la palabra "participación". Pero el auténtico, el que debe tener, es adquirir propiedad y poder de decisión en los procesos productivos de un país por parte de los trabajadores.

En nuestros países la participación ya no es solamente un tema económico sino político: salir del grado de dependencia y confirmar la vida democrática.

Participar en la planificación de la economía va más allá de la simple cogestión empresarial, para pedir lugar en todas las esferas de decisión del Estado.

Participar, encontrarse con la democracia en el momento en que el pueblo se dio cuenta que tenía poder y capacidad para usarlo.

La participación, cuando es efectiva, se hermana con la solidaridad y forma parte de ella.

El Estado democrático moderno comienza con la formación de una gran conciencia nacional que establece las necesidades del pueblo y la forma de solucionarlas.

La vida, la libertad y la felicidad: fines del gobierno democrático.

La lucha de los pueblos logra encontrar el verdadero sentido de las palabras, porque siempre encuentra también sentido a la vida.

La palabra, las palabras, son auténticas, cuando definen, y defienden, la esperanza de los pueblos.

En verdad, en este momento, la democracia es el único principio de legitimación política y, por eso, decenas de gobiernos quedan fuera de esta legitimación.

No hay un régimen político universalmente admitido como único. Cada país, cada historia, produce el suyo propio. Puede haber democracia en la república como puede haber democracia en la monarquía.

La democracia no es la estructura de poder sino la forma en que se ejerce el poder. Y, en ocasiones, ni siquiera tiene que ver con la estructura legal.

Los teóricos partieron de un razonamiento abstracto, la democracia moderna parte de una realidad concreta.

Por lo general se prefiere el razonamiento teórico, pero estamos acostumbrados a nuestra propia experiencia.

Hay confusión porque la democracia ha sido anticipada antes de ser experimentada.

A la idea democrática fundada sobre el valor del hombre, se añade la democracia como técnica gubernamental.

“En cuanto a sistema de gobierno, lo que la democracia plantea no es el principio de la autonomía personal, sino el uso que cada cual hace de ella”.

Lo que es la democracia hoy salta de una realidad de doscientos años de experiencia, pero que hasta ahora estamos entrando en un estado de conciencia acerca de esa realidad histórica.

Es la realidad la que puede darnos una nueva concepción doctrinaria de la democracia, pensando, no en un hombre ideal, sino en un ser humano cargado de virtudes y defectos, por lo que la democracia, como consecuencia, también tiene virtudes y defectos.

Lo que está en juego no es una forma de gobernar sino una manera de comportarse el hombre.

Poco a poco se va perfilando una forma de vida que lentamente nos acerca, a pesar de todo, a principios de solidaridad y justicia, que el ángel le va robando a la bestia.

La idea de la democracia debemos despojarla de ropajes líricos o emotivos para situarla en lo que verdaderamente es: una forma de vida en común que respeta el ejercicio de los derechos humanos.

Se aparta así la democracia de la ley para llegar a ser, cada vez más, una estructura humana en la cual lo social y económico adquiere caracteres de relevancia.

De esta manera la democracia es cada vez menos legal para transformarse en un factor de fe y confianza del pueblo.

Si no se confía en esta forma de vida, por más garantías legales y constitucionales que existan, no habrá democracia.

El mandato que lleva el gobernante no será otro que el de operar, a través del poder, un cambio en favor de los grandes sectores populares.

Esa es la perspectiva de representatividad que se tiene hoy y la obligación que se adquiere cuando se recibe el poder a través del voto popular.

Hoy la democracia es un hombre viviente reclamando derechos. Ayer era una estatua definiéndolos. Hoy es un grito en las calles convertido en multitud; ayer era un concepto doctrinario incluido en una constitución. Hoy es realidad sin dogmas; ayer era dogma sin realidad.

La idea de autoridad en la democracia no tiene sentido si no entendemos que tiene origen popular y adhesión mayoritaria. Y que, además, ese origen popular sobreentiende el resguardo de un mínimo de libertades vigentes y respetadas.

La libertad política, la democracia política, no son fines sino medios que permiten ascender a etapas superiores en la liberación del pueblo.

El orden político es una circunstancia de medio para realizar el fin de las posibilidades espirituales y

materiales de los hombres.

La historia del desarrollo de la democracia es la historia del desarrollo de la conciencia del hombre hacia su propia libertad.

La democracia no es una disciplina de doctores en ciencias políticas sino una actividad de hombres de pueblo, de obreros y campesinos que sufren, piensan y actúan.

Si la idea de la democracia clásica nació del escritorio de los pensadores, la realidad de la democracia moderna tiene origen en el taller, la fábrica y los campos repletos de campesinos explotados.

Es la fuerza del trabajo y el diario bregar lo que ha permitido el nacimiento de una nueva y libertadora democracia.

Los pueblos ya no viven resguardando una herencia de libertad y derechos conquistados, sino a la espera de nuevas oportunidades para vivir y confirmar nuevas etapas liberadoras.

Del gobierno de la sociedad existente, el ciudadano de hoy brinca a la sociedad por crear.

Ahora, o se representa al pueblo en toda su dimensión de ansiedades por satisfacer, o no se representa a nadie.

Esta es la cuestión: ahora, o se representa al orden deseable o no se representa nada.

Para los fundadores de la democracia, éste era un sistema que tenía por fundamento la razón. Hoy, es una confrontación cuyo signo visible es la fuerza.

De aquel sistema ideal que convertía al ciudadano en un hombre culto, inteligente y espiritual, la realidad actual lo transforma en un ser que lucha con el único medio que siempre ha tenido a mano: la fuerza.

Es el trabajo y la necesidad las que conforman la democracia y le dan sentido al poder.

La democracia actual pide un poder a la altura de las exigencias populares. De lo contrario, el poder de hecho funcionará por encima del legal.

El defensor clásico de la democracia siempre expresó que la democracia es el gobierno del pueblo pero que, al mismo tiempo, era peligroso darle el poder al pueblo.

De la democracia política a la democracia social, pasamos cuando los pueblos entienden que pueden traspasar la línea que divide el derecho como una facultad delimitada por la ley al derecho como respuesta a una necesidad social.

El objetivo de la democracia es la liberación de los hombres de toda clase de opresión y explotación.

La democracia actual es atacada organizadamente del exterior. Y uno de los métodos más usados es el de convertir en duda la fe que ha de tener el ciudadano en la democracia.

La democracia es un mandamiento de tolerancia y solidaria convivencia: una categoría moral. Defendámosla.

Tal vez la democracia moderna se convierte, en última instancia, en esa circunscripción geográfica, en ese conglomerado humano que representa un lugar, para que en él podamos discutir por el no lugar, por el lugar todavía inexistente.

Son los obreros y los campesinos de las regiones pobres los que han pagado los platos rotos de la gran especulación mundial con el petróleo.

Los países industrializados quieren hablar de soluciones económicas y los pueblos en vías de desarrollo quieren hablar de soluciones políticas.

Nosotros hablamos de democracia, ellos hablan de producción y negocios, nosotros hablamos de derechos y libertades, ellos hablan de exportación y mercados, nosotros queremos ser hombres libres, ellos quieren que seamos simplemente consumidores.

Continuemos hablando de democracia; pero de democracia de y para los pueblos, que es la única democracia que existe.

La defensa de la paz jamás puede ser una peligrosa retórica.

La democracia no es otra cosa que el supremo bien de seguir adelante.

Cuando hablamos de un sistema que sirva de fundamento y orientación a la administración pública, ¿estamos hablando de derecho público o de filosofía política?

La administración pública es un fundamento del Estado y ha de responder a la orientación filosófico-política que hemos dado a ese Estado.

En una democracia el único fin que tiene la administración pública es servir a los intereses de las mayorías populares.

Por eso, cuando, hablamos de un adecuado modelo administrativo y de una reorganización estructural del Estado, estamos hablando de filosofía política porque nos referimos al funcionamiento y orientación de la democracia.

El estadista necesita pensar como un ser viviente y real apegado férreamente a su medio, para encontrar soluciones convenientes, a pesar de que, en ocasiones, sea casi imposible desprenderse de alienaciones culturales.

Solamente recordemos lo que el célebre lord Keynes decía: “Los hombres prácticos, que se creen completamente exentos de toda influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto”.

La sociedad democrática actual es un *sansculote* uniformado de *blue jeans* roto y desteñido, pero sin capacidad para jugarse la vida en las barricadas del alma.

En ocasiones pienso que los pueblos como que perdieron su inteligencia natural, porque, ahora, todo es artificial, hasta las buenas costumbres. Somos como prefabricados ciudadanos plásticos,

miembros de una nación en la cual ha desaparecido todo concepto de ciudadanía.

El socialismo real que se derrumbó con el muro de Berlín, era un régimen de atroz dictadura, pero nunca fue socialismo.

De la misma manera comenzamos a pensar ahora que la democracia real que estamos viviendo se nos convierte en formas de poder hegemónico, cada vez más lejos de la idea original que el sentido común marcó.

Una democracia sin verdades filosóficas profundas, es el gobierno de los oportunistas y de los ladrones de libertades.

La democracia es la forma política de una comunidad, pero no es su doctrina.

Cualquier sociedad que viva respetando derechos humanos y libertades básicas es, por esencia, democrática. Es la forma de esa manera de vivir lo que denuncia la existencia de la democracia.

Al Estado se le escapó de las manos la facultad de orientar la vida democrática del pueblo y permitió que esa orientación fuera trasladada a los empresarios de la producción sin control y a los comerciantes de la información y la comunicación.

Luchar contra la pobreza es unirse con los pobres solidariamente. Este planteamiento ha tenido dos dimensiones clásicas: la revolución violenta y el reformismo.

El reformista considera que necesita el brazo protector del Estado; el revolucionario, en cambio, se considera capaz de destruirlo todo, hasta el Estado si se opone a sus propósitos.

Cuando terminó la confrontación ideológica y política -al desaparecer el estado comunista- la democracia comenzó a vivir una nueva experiencia: vivir sin enemigo.

Perdió un punto de apoyo que parecía indispensable: para luchar hay que tener un contrario, un opositor.

Cuando un sistema político no tiene enemigo, lo inventa. La democracia es, de esta manera, el enemigo de la democracia. Ha buscado su contraparte dentro de su misma casa. Esa es su gran tragedia actual.

Ninguna sociedad está lo suficientemente equilibrada como para admitir que el principio de igualdad se da plenamente. Ni siquiera ante la ley.

La obligación de un partido socialdemócrata es luchar contra la pobreza, la cuestión está en los procedimientos y en los fines inmediatos así como en la capacidad de resistencia del Estado.

A un hombre miserable, sin casa, sin comida, sin vestido, sin trabajo, sin escuela ni asistencia médica para él y sus hijos, no se le pueden solucionar, de un día para otro, todas sus necesidades.

Lo que sucede es que hay sociedades que han esperado demasiado y exigen soluciones totales e inmediatas.

Son claros los fines de la democracia; todo lo demás -incluidas las instituciones y las leyes- son

estructuras o andamios.

Las mismas doctrinas políticas son medios, maneras de enunciar más o menos científicamente lo que deseamos obtener en el largo camino hacia esa etapa final de la felicidad de todos los hombres.

Soy socialista democrático, y cuando alguien me dice que ya no existe mi ideología, que hay que terminar con el Parlamento y los partidos políticos y que los pueblos no tienen derecho a pelear por esa herencia espiritual que nos dejó la filosofía griega que es el derecho simple de pensar, de razonar, pienso que algo mío, que siempre me perteneció, me lo están robando.

Es natural que un gobernante pueda equivocarse, pero es imperdonable que no proponga, que no actúe, por temor a la equivocación.

Necesitamos a un gobernante que no ande con miramientos y remilgos ni le preocupe que su acción de gobierno pueda molestar a hombres de empresa o a hombres de iglesia.

Cuando se toma una decisión en el gobierno, alguno saldrá perjudicado. Lo importante es saber si esa acción favorece o no favorece a las mayorías.

Gobernar es una palabra de significado confuso; pero comienza siempre por la acción desde el poder para crear la oportunidad que permita al pueblo comer todos los días. Lo contrario nada tiene que ver con gobernar.

De la misma manera que en Europa los revolucionarios del siglo XVIII jamás pudieron concebir una democracia con rey, los socialistas posteriores tampoco imaginaron la existencia de una teoría política que comprendiera, unidas, las bases del socialismo y del liberalismo.

En Europa, las monarquías que se conservan son democráticas, pero no son repúblicas. En América, no podemos concebir que pueda mantenerse un sistema de libertades y derechos populares sin la república.

En las últimas décadas ha venido sucediendo lo que era imposible de imaginar hace cincuenta años: gobiernos socialistas liberales o liberalsocialistas.

En todo caso, ya en 1849 John Stuart Mill había adelantado la siguiente preocupación: “El futuro tiene el siguiente problema: de qué modo combinar la máxima libertad de acción individual con la propiedad común de las materias primas de la tierra y con la participación igualitaria de los beneficios del trabajo colectivo”.

O sea, de qué manera podemos ser, al mismo tiempo, liberales y socialistas.

Y Norberto Bobbio resume esta inquietud en la siguiente frase: “He podido sintetizar y unir lo mejor del liberalismo y lo mejor del socialismo porque he logrado conservar los frutos más sanos de la tradición intelectual europea”.

Yo soy socialista liberal porque he logrado mantenerme lejos de un liberalismo con deseos de arrancar la piel a los trabajadores y de un socialismo con pretensiones de cortar la cabeza a los empresarios.

El socialismo liberal marca la tendencia de olvidar los dogmas para recuperar algo que casi todos

los hombres habíamos perdido: la posibilidad de vivir con un mínimo aceptable de fraternidad y una buena dosis de inteligencia.

Una dimensión política de la democracia la encontramos en el derecho al control parlamentario sobre el gobierno y en el reconocimiento que tiene la opinión pública a ejercer un grado determinado de influencia en la toma de decisiones en los asuntos públicos.

En todo caso, en el concepto de libertad política está comprendido un derecho ciudadano de control.

Pero el control ha de tener su medida, a no ser que nos pase lo que manifestaba Solón que sucedió con la democracia ateniense que “agonizaba como consecuencia del predominio de los órganos de control sobre los órganos

El control es una muestra legal de desconfianza, pero la ley no puede desconfiar tanto que anule totalmente un necesario principio de autoridad.

Se controla la autoridad, pero no se la liquida.

El control excesivo puede que no evite que se filtren a los bolsillos particulares los fondos públicos, pero sí podría impedir que se gobierne.

Y es que el control, generalmente es sobre la autoridad, pero no sobre la moralidad.

Quien representa la soberanía nacional es la Asamblea Legislativa. La ley que emite es consecuencia de esa soberanía. Por lo tanto, ningún tribunal de la República puede dejar sin efecto una ley por más inconstitucional que sea. Lo más que podría hacer un tribunal es pedir a la Asamblea que derogue esa ley.

La soberanía está en la ley y no en la sentencia de un juez. Este jamás debería tener facultad para enmendar la plana al representante popular.

La democracia existe en el tanto en que se respete el gobierno de la mayoría. Esta mayoría puede no estar en lo cierto, pero es obligatorio obedecer lo que ella disponga.

Desde el punto de vista de la soberanía, un juez jamás debería tener facultad para dictarle formas de proceder a un parlamentario, porque estaríamos distorsionando la filosofía democrática al permitir que un juez, que no tiene representación de la soberanía, declare inaplicable una ley.

La ley, aprobada por el legislador, sólo el legislador puede declararla inaplicable.

En una democracia bien entendida, el más sabio de los jueces no debería tener capacidad para imponer su criterio al más ignorante de los representantes populares.

Mientras se respete este punto de partida elemental, podemos seguir apostando por la democracia. De lo contrario, renunciamos a ella y autorizamos al juez para que actúe, rectificando procedimientos administrativos y legislativos, en nombre de una representación que no tiene, que nunca ha tenido y que jamás tendrá.

De la democracia decía Platón que “era el más malo de los gobiernos buenos y el más bueno de los gobiernos malos”.

La producción espiritual del hombre, en gran medida, es consecuencia de grandes períodos de paz, de esa mal interpretada vida de uniformidad. La mediocridad es quizá la tendencia natural del hombre en sociedad, cuando ésta encuentra su exacta definición política entre lo grande y lo pequeño, entre lo bueno y lo malo. Lo que verdaderamente nos ha heredado José Figueres es la paz.

Muestra verdadera unión nacional la estamos encontrando en la vida pacífica y en la costumbre de cambiar cada cuatro años de gobernantes como la cosa más natural del mundo.

En la terminología clásica del socialismo, la palabra explotación tiene significado preciso. Pero en las democracias occidentales, después, pasó a ser algo así como palabra maldita. Hay que rescatarla, porque la explotación existe, y ahora revestida de globalización.

Antes un empresario explotaba a sus trabajadores; ahora, el gran capitalista internacional explota a toda la humanidad.

Las palabras mueren y resucitan, y al revivir, renacen las ideas y los ideales.

A través de la desideología actual volvemos a reencontrarnos con las viejas ideologías según el valor que le vamos descubriendo a las palabras.

La única manera de mantener un totalitarismo es por métodos totalitarios: la única manera de mantener una democracia es por métodos democráticos.

El comunismo, como sistema, no es reformable. Por eso bien afirmaba un intelectual polaco que lo que pretendía Gorbachov era tan difícil como imaginar “bolas de nieve fritas”

En cambio, lo que caracteriza la democracia es su condición de sistema permanentemente reformable.

Es el método lo que se ha desacreditado totalmente con la caída del comunismo soviético. Aunque a Lenin todavía no lo han enterrado en Rusia, la caída del comunismo sí lo enterró para siempre.

En nombre de una democracia futura, no se debe aplicar un método que destruya los fundamentos de la democracia.

El consejo maquiavélico de que el fin justifica los medios, en cuanto a la construcción de la democracia, no es aceptable.

En la ruta de la democracia, los medios son tan importantes como los fines.

No se puede destruir la libertad bajo la promesa de construir, al final, la libertad.

No se puede deshumanizar al hombre con el propósito aplazado de una final humanización idílica de la convivencia.

Si con alguna palabra tuviésemos que designar las condiciones de la época actual, tendríamos que decir: la duda, Pocos pueden definir lo que desean para ellos y para la sociedad, y la manera de alcanzar los objetivos finales.

Como que de repente la realidad desapareció. Nos preocupamos primero por olvidar de dónde venimos y ahora no sabemos para dónde tenemos que marchar.

En veinte años, de 1950 a 1970, construimos un estado democrático y social de derecho, con una amplia clase media, y mediante el disfrute de un aceptable bienestar general.

Debemos hacer la diferencia entre república y democracia; la primera, como un sistema, y la segunda, como un procedimiento en lo político, y como una máxima aspiración en lo filosófico y moral.

El sistema comprende al régimen, es decir, a las leyes e instituciones. Lo que nos están desmantelando es el tipo de república que heredamos y hemos construido.

La preocupación de los socialdemócratas es por saber qué es lo que tenemos que conservar y qué lo que deberíamos cambiar.

La lucha entre socialdemocracia y liberalismo económico es permanente.

Si el Estado no defiende a los que tienen menos capacidad económica, nadie los defenderá.

Recordemos las palabras de Daniel Oduber que suscribo íntegramente: “No creemos que el Estado deba desaparecer para que sean los grandes empresarios los que manejen a su antojo los asuntos públicos. Es al Estado al que corresponde evitar que el grande explote al pequeño”.

El individuo poderoso es siempre una persona que ha logrado obtener ventaja de la justicia social desequilibrada. Esta ventaja es un privilegio que, por serlo, acumula amenazante energía antidemocrática.

La rebeldía social es protesta contra el privilegio. Es consecuencia y no causa, En una sociedad ideal, justa y solidaria, la rebeldía no existe.

Durante las primeras décadas del siglo xxi, cientos de millones de desocupados se rebelarán, no en nombre de Rousseau o Robespierre, de Marx o del Che Guevara, o del reformismo sin violencia, sino como consecuencia de elementales necesidades sin satisfacer.

No puede entenderse ahora el Estado de derecho sin estructuras sociales.

El Estado de derecho fundido en el Estado social es lo que dio perfil de seguridad a las sociedades contemporáneas y proporcionó el clima adecuado para el Estado de bienestar.

Decía Francisco Tomás y Valiente, Presidente del Tribunal Constitucional español: “No se puede pensar en los derechos fundamentales sin pensar en el Estado, ni fortalecer aquellos, sin fortalecer el Estado. El Estado crea derechos y debe garantizar y respetar los derechos, pero sin Estado no hay ni Derecho ni derechos: sólo caos”.

Y el jurista español Manuel Jiménez de Parga ha manifestado: “No debe olvidarse que el Estado es la necesaria condición del Derecho. Resulta fácil caer en la tentación de enfrentarse al Estado e incluso laborar en su debilitamiento. Pero el jurista, frente al Estado democrático, es una aberración”.

Por algo se le llamó así: Status, Stato, Estado: lo que dura y tiene firmeza: lo que ofrece confianza y carece de peligro; lo que proporciona seguridad permanente.

¿Cómo luchar contra la pobreza sin recurrir a la violencia revolucionaria? Esta es la pregunta que debe contestar la socialdemocracia temporal. Tiene que haber, la hay, una manera de solidarizarse con los necesitados, sin recurrir al machete, a la bomba o al fusil.

Patria no puede ser el presidente de una república ni sus prepotentes e interesadas decisiones. Patria es el pueblo y sus derechos.

La razón no hace historia, pero la explica.

Es la emoción el motor del hombre social. El sentimiento colectivo mezclado con una necesidad sin satisfacer transforma sociedades y construye sistemas.

Los pueblos van, sin saber que están yendo.

La ciencia política puede decir verdad cuando explica la realidad presente, pero miente cuando se atreve a pronosticar.

Nadie puede saber cuál es el resultado de un millón de emociones individuales mezcladas en la cubeta de una sociedad del futuro.

La filosofía piensa en lo eterno, por eso se fundamenta en la razón. La ciencia social piensa en lo humano y su base es la emoción.

La emoción es la realidad del hombre; la razón es la inteligencia descubierta por Sócrates, que es el hombre que más cerca de Dios ha estado.

La razón, pura, limpia y cristalina, colinda con la eternidad.

La democracia es la consecuencia de un sentimiento colectivo convertido en suprema aspiración del pueblo.

Un ciudadano es un hombre que aprendió a luchar y que sólo encontró la lógica del corazón.

El ciudadano verdadero no razona, pero llora. Por eso la democracia no comienza con un argumento, sino con el natural desprendimiento de una lágrima.

El llanto del ciudadano no es queja, sino protesta. El ciudadano construye sistemas y rompe cadenas, no con la fuerza sino con la emoción. La emoción ciudadana es una lágrima convertida en mazo que destruye y reconstruye. La lágrima ciudadana no es debilidad sino fortaleza, porque todo lo que hay de fuerte en el hombre parte del corazón.

Una idea es un sentimiento popular con alas. Cuando las ideas vuelan, nacen las libertades y se confirman los derechos.

La democracia es el gobierno de las leyes por excelencia.

Esto es verdad, pero cuando vemos tanta miseria, tanto hombre sin trabajo, tanta injusticia, renace

la vieja pregunta de aquél personaje de Víctor Mugo: “¿Morir de hambre es estar dentro de la ley?”.

El ciudadano siempre hace preguntas que el científico de las ciencias sociales no puede contestar. El ciudadano pregunta desde el fondo de su necesidad; el filósofo contesta desde el centro de su razón.

Un aristócrata nunca comprende que puede vivir sin esclavos porque no puede sentir como pueblo.

Jefferson pensó como demócrata, pero jamás tuvo decisión para liberar a sus propios esclavos y a reconocer sus hijos mestizos.

El sentimiento democrático, en ocasiones, no marcha a la par del argumento lógico. Y es que la razón del que tiene el poder político y económico no es la misma del que carece totalmente de poder.

Cuando una madre, impotente, ve morir a su hijo por falta de médico, de pan, de trabajo, la rabia de su impotencia se convierte en lágrima de reclamo. Esa lágrima viene del corazón y se une con millones de lágrimas para convertirse en torrente. Solo el torrente de las lágrimas construye el sistema democrático.

Cuando los cimientos de la democracia se vienen abajo porque aparecen de nuevo los ladrones de libertades, entonces, de nuevo, en el corazón del pueblo, nace la nueva emoción.

Jamás los manipuladores del capital financiero mundial construirán democracias. La solidaridad nace del corazón de los pueblos. Nadie sabe que haya nacido de la Bolsa de Valores de Nueva York.

La democracia, o es social, o no es democracia.

No dudamos tanto de la democracia conceptual como de la manera para administrarla.

El marco material de la democracia ha quedado sumamente estrecho para las necesidades que el mundo material multiplica permanentemente.

En la actualidad el ciudadano es un demócrata a quien el poder no le defiende sus derechos y libertades básicas, ni ve en él titularidad alguna para que se haga respetar su dignidad.

Lo que desconcierta no es el fundamento teórico sino la forma de producir que la democracia ha creado.

Al ciudadano se le enseñan principios de equidad y de igualdad, pero aprecia que, en la vida real, cada cual marcha por su lado y que los que levantan grandes capitales son los que menos respetan esos principios.

¿Cómo alguien puede levantar un capital, en poco tiempo, sin el amasijo del diario y sacrificado trabajo, sin poner en duda el origen de su haber?

Aquí hay mucho sacristán vendiendo cera y, como dice el dicho popular, ¿de dónde la ha de tomar si no es de la sacristía?

Cada realidad, cada momento histórico, tiene su respuesta acertada y cientos de respuestas equivocadas. Aciertan y se equivocan los estadistas; pero los políticos corrientes solamente se

equivocan.

Lo que distingue al estadista de verdad es su capacidad para reconocer que se equivocó y su decisión para rectificar a tiempo.

No estamos frente a crisis de ideologías o de los fundamentos de la democracia, sino de instrumentos y de hombres.

Lo que está en entredicho no es la democracia, sino su calidad.

Cuando la democracia habla del bien y, sobre todo, del bien común, está señalando, no la vinculación de la libertad con la verdad -que es una relación filosófica y religiosa- sino de una vinculación menor, que es la relación de la libertad con la ley.

Y esta relación es el binomio que caracteriza la totalidad del pensamiento democrático: la aspiración por una nueva dimensión de la libertad.

El problema no es del río, es de la capacidad de los gobernantes para variar el cauce.

El presidente que gobierne para el pueblo siempre tendrá la mayoría.

En una democracia no existe, no debe existir, un solo proyecto político. Ninguna sociedad política tiene, ni debe tener, un pensamiento único. La característica fundamental de la democracia es la diversidad.

La lucha electoral debemos comprenderla a través del siguiente razonamiento: cada grupo político desea imponer, en la acción de gobierno, su propia filosofía, una particular visión hacia el futuro. Y eso se logra, nada más, con el poder que obtiene la mayoría triunfante.

Caminando silenciosos por los senderos -dice el adagio castellano- una cosa piensa el burrito y otra el arriero que lo conduce. A través del largo camino de la historia, una cosa han pensado los amos y otra los esclavos; una los trabajadores y otra los patronos; una las pequeñas naciones explotadas y otra las naciones poderosas.

Lo que demanda la honrada doctrina política es que el gobernante está obligado a defender su propuesta porque por eso votó el conjunto de ciudadanos que lo eligió.

No hay, ni puede haber una sociedad humana en el mundo, uniforme, semejante, que posea un solo objetivo común.

La lucha política democrática es por imponer un determinado proyecto en una sociedad caracterizada por la variedad y mediante el acuerdo, no de la totalidad, sino de la mayoría.

La homogeneidad, es decir, la calidad de homogéneo, nunca se dará en la democracia. Y, cuando se da, es porque ha desaparecido la democracia.

Algunos desean cambiar el sistema institucional de la democracia presidencialista, porque piensan que está corrompido. Pero la corrupción no es del sistema, es de los hombres.

El pueblo costarricense no ha votado contra la democracia presidencialista; votó contra los políticos

que la han representado, que es cosa bien distinta.

El desencanto no es por la democracia, es por los hombres.

Con igual criterio, no faltará alguien que proponga que lo mejor para nuestro país es que tengamos un rey, para lo cual es procedente buscar al costarricense que tenga la sangre más azul, que podría ser el ciudadano que se chupó más el dedo entintado después de la última votación.

No es cierto que la democracia tiene que optar por una de las siguientes dos opciones: o representación o participación. Muestra democracia, que es representativa, puede dar lugar ampliamente a la participación sin variar ni derogar una sola ley.

Le cortamos las alas a la Asamblea Legislativa y a la democracia al prohibir la reelección de los diputados. No puede haber ninguna democracia en el mundo con adecuado funcionamiento, si se cambian totalmente los diputados cada cuatro años.

La asamblea de representación popular aprueba leyes, es foro de discusión pública, pero también es fábrica de políticos. La Asamblea produce la clase política de un país pero, para ello, ha de tener continuidad.

En Estados Unidos y en Inglaterra hay representantes que cumplen cincuenta años de labor continua. Eso da vigor al sistema.

La socialdemocracia es una corriente democrática mundial que considera posible y conveniente llevar a cabo todas las reformas sociales necesarias dentro de la institucionalidad vigente y por la vía pacífica, mediante acuerdo de mayorías que respeten la legalidad, y que tiene como puntos de orientación la justicia, la solidaridad y la libertad.

Cada sociedad posee un conjunto de posibilidades económicas, sociales, políticas e intelectuales. La socialdemocracia considera que el orden social depende de la forma justa y adecuada en que disponga de esas posibilidades.

Una gran parte de los problemas que afectan a nuestras sociedades no es consecuencia de fenómenos naturales sino producto de la actividad de los hombres. Por eso el socialismo democrático considera que esas condiciones sociales desfavorables pueden ser solucionadas por la acción directa de los hombres.

Es posible crear una sociedad justa y equilibrada si logramos entender que solo así podemos vivir en paz.

El socialismo democrático no lucha por toda la verdad, sino por la verdad posible; no es ciencia, sino camino; no es doctrina, sino medio; no es una verdad en sí, sino un procedimiento para defender la verdad conquistada y la verdad por conquistar.

El liberalismo económico radical solo ha podido surgir porque la socialdemocracia abandonó sus banderas ideológicas y morales.

Los socialdemócratas somos una agrupación política y humana, intelectual y moral, que lucha por desterrar toda clase de explotación de unos hombres sobre otros.

Es posible que cada sociedad perfila un tipo determinado de ciudadano, algo así como una personalidad previamente fabricada. Al nacer, a todos nos han hecho. La obligación del ciudadano consciente es volverse a construir, sacar del tipo que le dieron un ser humano distinto, pensante y preocupado por rechazar gran parte de lo que circula a su alrededor.

Es decir, tenemos que aprender a estorbar en la sociedad.

Hay que aprender a estorbar, a no permitir que el ultraje económico, educativo, cultural, de unos pocos sobre muchos, termine por apreciarse como algo natural, hasta el extremo de que consideremos moral, religiosamente aceptable, la permanencia de sociedades de pocos ricos y de muchos pobres, de unos cuantos millonarios y de masas populares en la miseria.

Un antiguo filósofo griego nos dejó un sabio consejo que recojo respetuosamente: “Un hombre debe hacer más de lo que la ley le pide que haga y menos de lo que la ley le permite que haga”.

Y el sabio Solón nos dejó un pensamiento que es como la base filosófica de la socialdemocracia de nuestros días: “Es necesaria la búsqueda del equilibrio entre las aspiraciones máximas de un pueblo y las posibilidades máximas de una época, porque el poder político debe ser proporcional al servicio público”.

También ahora nos hablan de consensos. Si a don Ricardo Jiménez le hubieran dicho que el consenso es patriotismo, hubiera contestado: ¿Es que usted me está ofendiendo?

Ningún intelectual que se precie de tal aceptaría jamás la posibilidad de llegar a consensos. Cuando todos los grupos políticos de una sociedad coinciden totalmente con las políticas básicas del gobierno, solamente lo podemos comprender si estamos en presencia de una dictadura feroz o de una idiotez colectiva.

El único consenso que se admite en una democracia es aquel por el cual estamos todos de acuerdo en que los asuntos públicos se resuelven por el parecer de las mayorías.

Un partido político como el nuestro ha de tener conciencia de que la lucha la debemos librar teniendo presente los siguientes dos extremos: el pasado, para encontrar y afianzar nuestros orígenes, nuestra razón de ser libres y democráticos; y el futuro, dejando herencias para jóvenes, para los niños, para los que aún no han nacido.

Por eso, por todo esto, si alguien nos pregunta: ¿Qué debemos dejar a los niños? entonces, con el poeta, podríamos contestar orgullosamente: heredaremos raíces profundas y alas, para que puedan volar muy lejos.

Después de una gran tragedia social aparece, tímidamente pero con gran fortaleza, una nueva esperanza. Después de la última guerra mundial, nació el esperanzador Estado de bienestar, principio que recogió la socialdemocracia con entusiasmo.

La socialdemocracia no ha presentado una batalla frontal al capitalismo pero actúa pensando en la posibilidad de humanizarlo. Pero con frecuencia pienso que nos podría pasar lo que le sucedió a quien hizo un pacto con el diablo, que con llevárselo al infierno le pagó.

Con sus reformas, al capitalismo lo ha salvado la socialdemocracia, pero si el capitalismo, por avaricia, destruye la democracia social y se destruye a sí mismo, si rompe el juego del necesario

equilibrio, reventará en mil pedazos.

Si no distribuimos riqueza terminaremos por distribuir violencia.

Si rechazamos el reformismo inteligente nos precipitaremos a la lucha sin control por la satisfacción de las necesidades primarias.

Muchos miedos han acorralado históricamente a los hombres, nuevos miedos padece la democracia hoy.

El conocimiento que tenemos hoy de la realidad de lo que está sucediendo, produce un nuevo miedo. Sabemos que las grandes empresas destituyen diariamente a miles de trabajadores para obtener mejores ganancias.

El miedo es a la desocupación, a los riesgos plurales. El miedo actual es a la inseguridad, a ese globalizado futuro sin esperanza.

El razonamiento sobre la realidad actual se debe dirigir hacia el encuentro de soluciones intermedias y transitorias porque las soluciones totales no existen por el momento.

¿Cómo llegar a encontrar ese necesario equilibrio transitorio entre una aspiración máxima y una posible y aceptable solución parcial? Esta es la pregunta que debe contestar la socialdemocracia con urgencia.

Pueden existir buenos gobernantes con malas constituciones y malos gobernantes con excelentes constituciones.

Una buena constitución puede ser la base de una magnífica acción gubernamental, pero esa constitución, por sí misma, no garantiza el buen gobierno.

Algunos creen que todos los males del país se terminarían si cambiamos de constitución y de sistema, pero es bueno preguntar: ¿el cambio de constitución cambia, asimismo, la moral?

No podemos desentrabar la administración pública entabando los fundamentos de la democracia representativa. La enfermedad no está en las instituciones sino en los hombres. Pensando en Arquímedes, podríamos decir: dadme a hombres de bien y con esa palanca moveré el mundo hacia el mejor gobierno posible.

Y Víctor Hugo también nos dio, anticipadamente, una buena lección de socialdemocracia: “Saber exactamente la cantidad de porvenir que es posible introducir en el presente, ahí reside el secreto de un gran gobierno. Poned porvenir en todo lo que hacéis, cuidando tan solo de medir la dosis”.

El buen gobernante trabaja siempre con el futuro, pero el estadista verdadero es aquél que sabe exactamente la cantidad de porvenir que es posible introducir en el presente, el que puede recetar la dosis adecuada.

No conozco un solo dirigente político actual que haya propuesto un gran proyecto para los próximos cincuenta años. Todos hablan de arreglar la baranda del puente y nadie dice que se debe construir un gran puente de nuevo.

Y el padre Benjamín Núñez, en carta a don José Figueres, le expuso hace muchos años: “Todo el problema de la desigualdad económica debe ser sustraído del juego de las leyes naturales de la economía y del juego limpio del mercado libre, y ser planteado en el terreno de los hechos políticos y de las exigencias de la geopolítica en donde las falsas igualdades de las partes contratantes se corrigen por la acción decidida de los gobiernos”.

Toda crisis, piensan los líderes, solo puede ser solucionada por los economistas, como si las grandes necesidades sociales y sus convenientes satisfacciones no fueran asunto de una conveniente orientación política.

En cuanto al ejército, don Pepe Figueres no lo suprimió ya que, cuando firmó el decreto, el ejército no existía. Figueres suprimió un ejército que no existía. La consecuencia de lo que hizo don Pepe es lo verdaderamente importante. Lo que Figueres suprimió fue la posibilidad de que en el futuro hubiera ejército permanente. Es decir, elevó a derecho público la prohibición absoluta de tener ejército.

Proscribir es desterrar, echar fuera, pero también es excluir o prohibir. Don Pepe excluyó al ejército de cualquier realidad institucional futura, desterrándolo para siempre. Un país sin ejército y sin posibilidad de tenerlo en el futuro. Ese es el mérito patriótico, cívico, democrático de José Figueres.

Como la condición necesaria para la democracia es la constante actividad reformadora, el gran dilema que se les presenta a las democracias en la actualidad es cómo pueden hacer para tomar rumbos particulares fuera de la violenta imposición que reciben del exterior.

La socialdemocracia fue una vía intermedia entre el marxismo y el liberalismo que eran los dos planteamientos teóricos que tenían vigencia hasta mediados del siglo XIX.

Ahora se habla de una tercera vía, pero nadie ha inventado nada mejor que la socialdemocracia.

La socialdemocracia es el reformismo permanente, el cambio constante, el entender que se asume el poder para operar una transformación legal e institucional en beneficio del pueblo.

¿Hasta dónde nos han cortado las alas y nos han atado las manos impidiendo que tengamos espacios soberanos y posibilidades espirituales para realizar un mínimo aceptable de bienestar para nuestro pueblo?

La alternativa del momento es o el Estado protector o la libre competencia, pero con una globalización que hace todo lo posible porque lo primero no pueda realizarse.

A veces pareciera que la democracia es solo una promesa y, consecuencia de ella, una ligera ilusión. Todo lo demás, queda en el vacío, en la impotencia, frente a una realidad insuperable y una voluntad aparente del gobernante que nunca poseyó.

Así, hasta podríamos llegar a pensar que la democracia es una palabra buena diluida en un privilegio odioso y en una práctica viciosa. El gobernante democrático comienza pensando bien y termina actuando mal.

El poder tiene sus tentaciones que un gobernante del pueblo tiene que conocer con anterioridad para saber con qué peligros se enfrenta, tanto internos como externos.

Con frecuencia hemos sabido que un palacete, una buena mesa, una botella de vino y una guapa mujer -que siempre aparece en todas las esferas de poder- terminan con la mejor buena voluntad para combatir la pobreza de un país.

Pero los pueblos siempre tienen lejanas esperanzas: vuelven a votar y a elegir a quien le hace una promesa reivindicativa. Hasta que llega un momento en que los hombres, cansados de tanto engaño, en vez de depositar un voto levantan su brazo armado.

Ahora se dice que el tiempo de las revoluciones ha pasado y que estamos en una época de paz y sosiego democrático que puede durar para siempre. Pero la historia de la humanidad nos dice cosa distinta. Cuando se vive una época de explotación, como consecuencia, nace otra de violencia.

Ingobernabilidad no quiere decir que el gobernante no puede gobernar sino que no puede atender la sobrecarga de demandas.

La ingobernabilidad no es algo nuevo, pero el estado de conciencia social sobre las labores de gobierno, sí.

Cuando el obrero y el jornalero del campo entienden que ellos también tienen derecho a disfrutar de bienes y servicios, igual que el gran señor, entonces nace la presión y el “exceso de demandas”.

La legitimidad es el producto de las prestaciones gubernamentales que satisfacen las exigencias de amplios grupos sociales.

La disyuntiva de un gobernante siempre es ésta: o se decide a escoger el bien mayor o el mal menor. Quien escoge lo primero, generalmente fracasa.

Nunca un estadista se encuentra ante la posibilidad de escoger el bien mayor, el ideal supremo.

Don Braulio Carrillo pensó que en Costa Rica se podía construir una democracia: verdadera, porque era el único pueblo de Centro América en el cual “no se tocaban los extremos de la opulencia y la miseria, donde el mayor número existe en una favorable medianía y donde afortunadamente no hay títulos de jerarquías de nobleza”.

De Carrillo, dijo Alberto Cañas: “Cese ya la discusión, termine ya el empeño de juzgarle aplicándole el patrón de si se comportó de acuerdo con las formas y según entendemos esas formas en el día de hoy... Quiso legarnos una nacionalidad, y nos legó una nacionalidad. Quiso legarnos una soberanía, y nos legó una soberanía. Quiso legarnos un Estado y nos legó un Estado... Ahora sabemos que lo que hizo persistió y fue válido y que la patria se formó, a partir de su nombre, dentro de las líneas que él trazó... El es el Padre. Que cada generación de costarricenses comprenda mejor que la precedente, esta verdad”.

Si pensamos en la capacidad para adquirir bienes y servicios, toda sociedad humana es desigual. El objetivo de una buena reforma tributaria es reducir esa desigualdad. Por esta razón, si hablamos de justicia en términos de impuestos estamos refiriéndonos a una cuestión esencialmente política.

Un proyecto de ley que tiende al ordenamiento fiscal exclusivamente, a la buena administración de los impuestos, es tema para técnicos; pero el que contenga una reforma tributaria profunda, es de políticos, o mejor, de estadistas, al señalar, en este caso, objetivos del Estado.

Desde el punto de vista de la socialdemocracia, una propuesta de reforma tributaria es aceptable, si el impuesto tiende a reducir el desequilibrio social, o sea, si acentúa la imposición en el impuesto directo y tiende a reducir los impuestos indirectos.

La jurisprudencia no es la verdad de la justicia sino la intención de alcanzarla. Como la democracia es el pequeño propósito de los hombres por lograr, algún día, la paz y la felicidad.

Un ciudadano puede no estar de acuerdo con el fallo de un juez, pero tiene la obligación de defenderlo.

La guerra fría causó un terror que duró más de cuarenta años, lo que obligó a cientos de ciudadanos a guardar silencio por temor a persecuciones. De todas las dictaduras, la peor es la que ha cargado ese tremendo impuesto a la inteligencia. ¡Pocos espectáculos hay tan degradantes como el de un hombre culto obligado a callar!

Nadie, que yo sepa, inventó una democracia para los ricos porque, de haberlo hecho, ya no sería democracia.

El concepto original de la democracia no ha variado, se continúa hablando del gobierno del pueblo. La diferencia entre antes y ahora es de forma, de cómo se ejerce el derecho de tomar decisiones.

Elegimos a un grupo de ciudadanos para que nos gobierne, para lo cual, en la urna electoral, el pueblo les otorga el poder de mando y decisión, que es la confirmación de la democracia representativa que apareció en la escena mundial a partir de la declaración de los derechos del hombre y del nacimiento del Estado constitucional.

Este es el gran acuerdo político que aceptaron las mayorías populares.

Sin embargo, siempre nos queda la duda expuesta por Rousseau tempranamente de que, para que exista democracia verdadera “es necesario un Estado muy pequeño en donde se puede reunir fácilmente el pueblo, una gran sencillez de costumbres, mucha igualdad de condiciones y de fortuna y, finalmente, poco o ningún lujo”.

La posibilidad de una democracia directa, como la defendía Rousseau, desaparece con el nacimiento del Estado grande de la actualidad por lo que la única democracia posible hoy es la representativa.

Pero siempre sabiendo que la democracia es relativa, no existe la democracia total.

Lo de representación es concepto moderno, forma parte de la historia política actual. El gobierno liberal, constitucional y democrático, no lo podemos entender si no incluimos la representatividad.

Así lo dice nuestra Constitución Política: “El Gobierno de la República es popular y representativo, alternativo y responsable”.

En consecuencia, son contrarias a la democracia representativa, la directa y la participativa, entendidas éstas como alternativa para aquélla.

En Costa Rica, y en algunos otros países, se viene insistiendo en poner en función estas dos últimas propuestas, con lo cual se trata de anular todo concepto de representación.

Pero hay que insistir en el tema: En Costa Rica, y en el resto del mundo occidental, en este momento, la única democracia posible es la representativa.

Lo otro es unirse con los que desean destruir el parlamento, el Estado fuerte y el poder del pueblo ejercido mediante el voto.

Los que sostienen que la democracia tradicional, es decir la representativa, no es eficiente y que debemos cambiarla por otra, lo que están afirmando, en verdad, es que se debe terminar con la democracia de los partidos políticos, del parlamento y del voto popular.

La democracia política es el gobierno de pequeños grupos, pero con representación popular mayoritaria, y no el gobierno de un solo grupo sin representación, que es lo que ahora algunos desean. Tampoco puede ser el gobierno directo de la multitud.

Cuando el gobernante legítimamente electo, no informa al pueblo un asunto de gran importancia para el futuro, para la economía y los derechos y libertades generales, por sí mismo se deslegitima al tomar el camino del gobierno de una sola élite, es decir, de lo que conviene a un grupo minoritario.

En la democracia actual no debemos tomar otros caminos que no sean los que establecen o señalan las reglas legítimas y aprobadas del gobierno representativo. Allí, en esa representación, está la participación popular y no en la democracia directa ni en el traslado del poder a grupos ocasionalmente constituidos.

La obligación fundamental de los demócratas es entender el mundo en el que estamos viviendo y saber que la defensa de la democracia comienza con la solidaridad sin reservas con los grupos menos favorecidos.

El fin último de la democracia es proveer las condiciones para el pleno y libre desarrollo de las capacidades humanas esenciales de todos los miembros de la sociedad.

Es decir, crear un ambiente de paz, seguridad e igualdad de oportunidades para que esas capacidades humanas naturales puedan desarrollarse.

No me gusta la palabra compuesta reinventar, que es término propio de la globalización o mejor, de los globalizadores. Reinventar para ellos es crear un nuevo mundo que gire alrededor de la más amplia libertad de comercio. Reinventar sistemas, doctrinas, teorías y hasta la democracia. Reinventarlo todo, pero a su justa medida.

Pero los socialdemócratas, que desde hace más de veinte años perdieron toda iniciativa política, recogen también el término y dicen que hay que reinventar la izquierda.

Proponen ahora la tercera vía, teóricos como Anthony Giddens, y políticos como Tony Blair y Gerhard Schoroeder, a los cuales se les ha unido, increíblemente, el ex presidente Clinton y el poco gratamente recordado Kissinger. Que un socialdemócrata nos hable de una nueva izquierda, lo podemos soportar, pero que los representantes de la extrema derecha, como Clinton y Kissinger nos quieran reestructurar la izquierda, ya es el colmo de la desorientación.

“La Tercera Vía, dice Clinton, debe ser dominante en el pensamiento del siglo XXI”. O sea, que

mister Clinton es el abanderado de la globalización de la tercera vía y algo así como el defensor a ultranza de la reinención de la izquierda. Mal debe andar la izquierda cuando le salen tales defensores.

Mal anda la socialdemocracia contemporánea cuando tiene que venir, del grupo de los contrarios, defensores de sus postulados.

Todos los principios que esboza Giddens en su propuesta son los fundamentos teóricos de la socialdemocracia. no se puede inventar lo que ya está inventado. Recordemos que José Figueres había concentrado el pensamiento de la izquierda en el siguiente pensamiento: “Necesitamos que surja y crezca un movimiento como el nuestro que realice una continua revisión del sistema”.

La socialdemocracia sigue tan campante, a pesar de todos sus detractores -internos y externos- y de supuestos reinventores, que sacan a relucir nuevos planteamientos tan viejos como las ideas más antiguas sobre libertad y justicia social.

La única tercera vía que se ha inventado tiene ciento cincuenta años de existir y se llama democracia social, a la cual se llega por el lento pero seguro camino del reformismo, mediante “una continua revisión del sistema”.

Estoy convencido de que el método socialdemócrata continúa teniendo plena vigencia para avanzar lo adecuado hacia una nueva etapa democrática en nuestro país. Solo debemos tener presentes los principios éticos en los cuales nos fundamentamos -libertad, justicia y solidaridad- y saber que cada acontecimiento histórico arroja una nueva luz.

El entendimiento al que hay que llegar es que la justicia se dará cuando aceptemos que, en la distribución de oportunidades y riquezas, debemos respetar la igualdad, el mérito y la necesidad de cada ser humano. Los socialistas pensamos que, en caso de duda, la necesidad ha de tener carácter prioritario.

La justicia no es una cosa. Como la igualdad, el bienestar o la libertad, es un fin social. Es algo que está inmerso en los valores de la democracia.

La justicia casi no es definible, ya que necesariamente debemos considerarla como un fin fundamentalmente ético, al trascender la legalidad para comprometerse con los principios morales eternos de armoniosa convivencia humana.

Hasta 1949. la democracia costarricense era de solamente la mitad de la población, democracia de hombres. Las mujeres no podían elegir ni ser electas. El voto femenino universalizó la democracia y la educación para todos universalizó las oportunidades. Lo del hombre en la plaza y la mujer en la casa, de antigua raigambre castellana, terminó al emerger el sufragio universal.

A partir de 1980, la democracia costarricense retrocede, la clase media que se fortaleció y creció al amparo de la sociedad de bienestar que logró consolidar la socialdemocracia, está a punto de desaparecer, y ahora el fantasma de la pobreza invade sectores mayoritarios de nuestra población.

Estamos en otro tiempo y formamos parte de una estructura social completamente distinta a la que teníamos treinta años atrás. Avanzamos en la técnica, pero retrocedemos en los social, en la condición humana.

En 1790, en la Asamblea Constituyente de Francia, un diputado le preguntó a Thomas Paine si podía decir exactamente cuándo había comenzado la Revolución Francesa, y le contestó: “Cuando los pobres se dieron cuenta de que eran pobres”.

Y a todos los alegres burgueses que en nuestro tiempo manifiestan que ya la violencia ha desaparecido de la democracia contemporánea, es bueno recordarles que ahora, los pobres, están comenzando a darse cuenta de que son pobres.

Bienestar es una palabra que nació en una sociedad con espíritu solidario y que es enterrada cuando algunos quieren asesinar el alma nacional. Pero bienestar es una palabra que regresa, cansada del duro batallar, con una gran carga de esperanza y una fe profunda en la democracia deseable.

Ahora, cada cual en su casa y todos frente a la televisión. Nadie conversa, nadie discute, nadie defiende lo que piensa porque, posiblemente, todos hemos dejado de pensar.

¿Cómo puede haber un pensamiento fecundo sin diálogo, sin intercambio de pareceres, sin escuchar otros razonamientos?

Hace muchos años, en una de aquellas reuniones de intelectuales, alguien propuso una fórmula que parecía mágica: “El secreto está en producir como capitalistas y distribuir como socialistas”. Hoy, algunos socialdemócratas del mundo la repiten. Pero yo pregunto: ¿quién que produzca como capitalista está dispuesto a distribuir como socialista?

En una ocasión John Stuart Mili manifestó: “No puede haber un gobierno liberal si no existe una sociedad liberal”.

Con igual razón, se podría afirmar ahora, sólo puede existir una economía de mercado en una sociedad de mercado y distribución socialista en una sociedad socialista.

El empobrecimiento masivo por razones de las crisis económicas internacionales es, posiblemente, el origen de gran parte de estos males; pero en Costa Rica ha existido un control estatal justo y adecuado, impuesto por la socialdemocracia costarricense, por lo que aún podemos contar con un mínimo de democracia aceptable.

De haber sucedido lo contrario, estaríamos aquí igual que los demás países centroamericanos, con el fusil en la mano defendiendo cada cual lo que considere su derecho.

Hay aumento de la delincuencia, pero no hay corrupción del sistema, de la democracia. Tienen vigencia todavía, y por mucho tiempo más, los principios políticos de control y vigilancia estatal para evitar que la avaricia particular sobrepase los derechos de los pueblos.

La socialdemocracia, ahora, declara categóricamente: la propiedad privada de los medios de producción tiene derecho a protección y estímulo, siempre que no impida la organización de un orden social justo.

La discrepancia es la verdadera energía democrática. Democracia en consenso no existe. Discrepante y libre discusión de los asuntos públicos es la única forma de mantener el rostro inteligente de la democracia.

Hay tres principios fundamentales de la acción democrática: 1) En la discusión pública de los

problemas nacionales la mayoría impone su criterio. 2) El Estado garantiza la libre expresión de las minorías. 3) El discrepar, es decir, el no coincidir, es la columna vertebral del sistema porque la inteligencia humana solamente es creadora en la contradicción, en el disentimiento, y jamás en el consenso.

Finalmente tendríamos que agregar el aditamento volteriano de la tolerancia. Y así como los anteriores principios son naturales, la tolerancia es una especie de inteligencia social aprendida. Tenemos, que aprender a ser tolerantes. Porque, en ciertas ocasiones, más ganas nos dan de darle un tortazo a nuestro necio contendiente que admitir su derecho a expresarse.

El pueblo convocado a las urnas electorales es como una gran sala de jurados. Se puede ganar o perder por un solo voto. Pero lo que esa sala resuelva es definitivo, nadie tiene derecho a discutirlo. Hay algo sagrado en esa decisión.

Después de una elección, en una democracia, se puede decir: habló el soberano y nada más elocuente que el silencio posterior. Habló el soberano y dijo: discutamos libremente cada cuatro años el ascenso al poder; pero no usemos ni falso documento ni hombre falso para tratar de convertir la mentira en verdad. En una sociedad libre, el más grave pecado que se puede cometer contra la democracia es el de falsedad.

En un pequeño país democrático, armonizar debería ser una imperativa obligación nacional. Casi como una vocación.

¿Pensamos?... en consecuencia discrepamos.

No puede haber acuerdo si se fija como condición previa el consenso. Pero si aceptamos la existencia de la discrepancia, podemos concordar.

Aceptada la discrepancia como una realidad necesaria, podemos hablar de armonía, pero no de consenso.

Los que disienten pueden armonizar. En una orquesta cada cual emite un sonido, toca un instrumento distinto, pero hay acorde si podemos combinar adecuadamente los diferentes sonidos. O sea, si logramos armonizar.

En la vida política no se debe pedir a nadie que olvide su manera de pensar y entender los asuntos públicos por la necesidad de resolver grandes problemas nacionales. Tratar de imponer un solo pensamiento porque pasamos por serios momentos de crisis, es una ofensa a la inteligencia.

Debemos ser distintos, pensar de manera desigual, pero sabiendo, a pesar de ello, que podemos transitar por el mismo sendero. Esto es parte de la sabiduría democrática.

Tal vez la forma adecuada de llegar a la armonía política la descubramos en el sabio consejo que el jefe cheroqui le daba, al morir, a su nieto: "Busca el equilibrio entre lo que eres y lo que estás destinado a ser".

Cuando alguien me dice que estamos en la era del conocimiento, le respondo que algo de equivocación hay en esa expresión, ya que toda era ha tenido su conocimiento particular; toda civilización tiene una base filosófica, científica, tecnológica y religiosa que la particulariza.

Si es cierto que podemos estar asistiendo a la muerte de la civilización occidental, se debe a que existe un nuevo conocimiento -no la era del conocimiento- y que una nueva ciencia y su consecuente tecnología podrían perfilar otra civilización occidental.

Pero si el cristianismo es el fundamento de la civilización occidental, y no pareciera que esté en período de extinción, entonces ¿hasta donde podríamos decir que estamos en presencia de otra civilización?

En cuanto a democracia, no hacen falta nuevas ideas; solamente debemos recoger todo lo que hemos heredado en este campo, que es una de las grandes riquezas de la humanidad.

Cuando hablamos de socialdemocracia, en verdad, estamos hablando de democracia, pura y simplemente, ya que toda democracia, por definición, es social.

Los pueblos conocen de democracia mejor que nadie, no son nuevas ideas lo que se necesita sino mejores conductores. Volver a la mayéutica socrática de hace dos mil cuatrocientos años, o sea, a la capacidad que tiene el maestro de transmitir a sus alumnos conocimientos que éstos ya tenían sin saberlo.

Podemos entrar a una nueva era, a una nueva civilización; pero, en cuanto a democracia, solamente preocupémonos por descubrir lo que realmente somos. Apartémonos de sueños ecuménicos por el momento y dediquémonos a depositar las viejas semillas en los nuevos surcos. Que alguien, después, recogerá la cosecha y tendrá tiempo, entonces, para volver a soñar.

Y Giovanni Sartori nos dice: “Se ha llegado a la conclusión de que ya no hay argumentos válidos para rechazar la democracia, pero cada vez entendemos menos la forma de administrarla”.

De la guerra fría se aprovecharon los dos bloques en conflicto para desprestigiarse mutuamente; pero en Estados Unidos sirvió, además, para montar uno de los negocios de producción de armas más grande de la historia.

El economista norteamericano John Keneth Galbraith dice que la guerra fría fue una consecuencia de un gran temor de los sectores opulentos norteamericanos de perder su comodidad y bienestar pero, al mismo tiempo, fue oportunidad para que esos sectores se enriquecieran más con la especulación desenfrenada.

También señala Galbraith que “la era Reagan-Bush ha sido la época más negra de la política de Estados Unidos y la culpable directa de que ese país pasara, de ser el mayor acreedor del mundo, al mayor deudor”.

Y concluye Galbraith afirmando que como consecuencia de “esa época” los norteamericanos perdieron quinientos mil millones de dólares, de los cuales la tercera parte “fue sencillamente robada”.

Esta política irresponsable es la causa de la recesión con depresión que se ha vivido en Estados Unidos, señalando que “en una economía global, las acciones y errores del país más grande e importante en la escena mundial repercuten en todos los países del mundo, causando daños que podrían ser irreparables”.

Por la guerra fría, los gobernantes de las dos grandes potencias dividieron el mundo en dos: los

habitantes de una mitad estaban obligados a admitir que los habitantes de la otra mitad eran sus enemigos. Y, por la propaganda, cada mitad debía considerar que los de la otra mitad eran los enemigos de la humanidad.

En tiempos de guerra, la primera víctima del conflicto es la verdad, pero en tiempos de paz también.

En su espíritu, el pueblo mira hacia el progreso. Colectivamente, una sociedad no vuelve sus ojos hacia atrás: siempre está decenas de años adelante.

El pueblo da poder y cree en los hombres con capacidad para robar horizontes. Eso es parte de su insatisfacción por lo que existe y por lo que está viviendo. Como decía don Miguel de Unamuno: “los únicos reaccionarios son los que se encuentran bien en el presente”.

El pueblo se puede equivocar eligiendo a un loco, a un tonto o a un ignorante como Presidente, pero solo el pueblo, mediante el sufragio, tiene el derecho de rectificar.

En una democracia, votar es un deber, pero también es un derecho máximo. El deber se desprende del derecho y lo ratifica. Elegir al gobernante es privilegio de ciudadanos libres, pero la condición de ciudadano se obtiene por el ejercicio que se haga de los derechos políticos. Quien rechaza ejercer esos derechos niega su condición de ciudadano y, por lo tanto, no acepta tener deberes con la democracia.

El ciudadano que se niega a votar, se convierte en ciudadano neutro, en ciudadano sin ciudadanía.

Es conveniente pensar que la democracia ha sido permanentemente un sistema de valores relativos ya que tiene por fundamento la condición humana.

Es difícil, casi imposible, que encontremos un hombre en el que podamos creer sin objeción alguna. Al depositar el voto, el ciudadano otorga un poder al que le adiciona el interrogante de la duda.

El ciudadano es un hombre con fe en la democracia, pero tiene razonables cuestionamientos para los gobernantes que elige. Al ciudadano de razón nunca le ciega su fe, porque sabe que su candidato es persona con grandes defectos.

Decía Chateaubriand que un hombre llega al poder solamente por lo que tiene de mediocre y se mantiene adecuadamente en él por lo que tiene de superior. Muy pocas personas reúnen estos dos elementos antagónicos, que son los que dan condición de hombre de estado a un gobernante.

Los ciudadanos nunca podemos escoger a la persona más inteligente, culta y honorable que exista en una nación. La política es un juego de medianías con una lejana posibilidad de encontrar a un ser superior. El estadista se da de tarde en tarde; la pequenez, todos los días.

En ocasiones pareciera que el ciudadano tiene pasiones de jugador constante de lotería y cree que puede obtener el premio mayor.

Todo pueblo tiene su propia voz que viene desde los orígenes. Es el acento de su historia, esencia de su tradición. Nuestro pueblo, el costarricense, tiene una voz cargada de paz, de libertad y de ley. Es una voz democrática, que ha reclamado derechos desde el momento en que surgió la idea de independencia.

Los que sienten la tradición de su pueblo, los que la viven, pueden expresar con propiedad esa voz, sencillamente porque es parte de su esencia cívica y de su necesidad de defender todo lo que se ha sido, todo lo que debe continuar siendo.

Pero ahora, desde hace muchos años, hemos ido perdiendo esa voz, la facultad para regresar a los orígenes, a ese grito que reclama y condena tanto bajar la cabeza. Solo alguien que venga de la tradición, con ese fuerte sentimiento patriótico, que le incrustó su padre, que ejemplarizó su abuelo, puede traer la voz del pueblo.

II

Libertad

La libertad no es una idea: es un sentimiento. Anida en el fondo del alma de hombres y mujeres, Y pugna por salir a pesar de todos los obstáculos. ¿Para qué la libertad en la intimidad de la persona, donde el ser humano, aisladamente, se siente libre para pensar lo que imagina sobre el mundo y las cosas? riada más hermoso que esa libertad íntima, pura, que se complace en hacer uso de la independencia regalada por el Creador. A la postre, sin embargo, nada más intrascendente.

La penosa historia de los hombres a través del tiempo es una lucha infatigable por la libertad, aunque no siempre se percibe claramente. Cuando los filósofos griegos pensaban y hablaban de la libertad, millares de hombres sometidos vivían en la esclavitud mientras sus amos se elevaban hasta el infinito en los mundos de la teoría. Por eso, repito, la libertad, más que una idea, es un profundo sentimiento.

Sin libertad nada es posible, pero muy poco puede conseguirse solo con la libertad. Las sociedades que han vivido en la opresión -antes y ahora- aspiran antes que nada a romper las cadenas que las han sometido. De pronto descubren, con el transcurrir del tiempo, que este paso era maravilloso pero también insuficiente. Libres de Hitler, de Stalin o de algún pintoresco sátrapa criollo, tienen la libertad con la que tanto soñaron; sin embargo comprueban que no siempre viven mejor, y en los peores momentos sienten cierta nostalgia por un tiempo sin nada de libertad pero con algo de pan.

La libertad justifica todas las luchas y todos los sacrificios. Sin embargo, no debemos olvidar nunca que solo merece nuestra reverencia cuando es la antesala de la justicia.

EUGENIO RODRÍGUEZ VEGA
Abogado
Historiador
Ex rector de la Universidad de Costa Rica
Ex ministro de Educación.

La libertad es un derecho del pueblo o no es nada.

La libertad de los pueblos y la solidaridad internacional marchan de la mano.

Una sociedad no es lo que es sino lo que va siendo: una esperanza de libertad vertiginosamente lanzada hacia el futuro.

La ideología de la libertad es la ideología de la paz.

La libertad está directamente vinculada a la tecnología. Por eso el desarrollo veloz de la tecnología de nuestro tiempo infiere directamente en el concepto de libertad y, en consecuencia, de todos los demás valores.

La libertad no es otra cosa que el derecho del futuro.

La libertad, para el pueblo, es el derecho a obtener lo que no tiene todavía y la democracia la máxima aspiración del espíritu humano.

El grado de diferencia y de distancia entre las clases sociales lo marca el tanto de libertad que hayan logrado conquistar los pueblos.

Para el propietario, la libertad es el derecho a que se le respete lo que tiene; para el obrero y para el campesino sin tierras, la libertad es el derecho a tomar lo que no tiene.

Hay una libertad que se ve desde arriba y hay una libertad que se ve desde abajo.

La libertad de arriba es conservadora; la libertad de abajo es liberadora.

Empeñarse en conservar el grado de libertad que se tiene -y solamente eso- es atentar contra el derecho de las grandes mayorías a conseguir mejores condiciones de vida.

Vivir para la libertad que se tiene, es oponerse violentamente al derecho del pueblo para alcanzar la libertad que no tiene.

La libertad y la necesidad tienen hilos misteriosos e invisibles que los unen.

El hombre que no ha tenido oportunidades en su vida, no tiene libertad.

Toda mujer tiene derecho, a la libertad sexual. Cuando un hombre la viola, le roba esa libertad.

Si tuviéramos que sustituir la palabra “Francia” por otra equivalente en todo su significado histórico y espiritual, tendríamos que decir: LIBERTAD.

Un hombre debe ganar su salario los trescientos sesenta y cinco días del año. Es parte de su libertad. De una libertad que todavía muchos no hemos aprendido a respetar.

Libertad es el derecho a la oportunidad, y democracia, aquella forma de vida que garantiza a los hombres, no su libertad, sino la oportunidad de adquirirla.

Quien defiende su libertad siempre pone en peligro su propia integridad.

No podemos aprisionar la libertad dentro de una ideología.

La libertad no es un concepto, ni un razonamiento, ni el producto de una filosofía. La libertad es una sensación, una vibración espiritual, la máxima ambición del hombre consciente.

Renunciar a la conquista de la libertad es renunciar a la condición de ser hombre.

Libertad es la facultad adquirida para sentir, pensar, decir y hacer algo bueno y verdadero.

La libertad es siempre, siempre, un concepto de verdad. Si yo digo mi verdad, soy libre en el tanto en que tenga facultad para defenderla.

Dice el profesor Georges Bourdeau: “La democracia social tiende a establecer entre los individuos una igualdad de hecho que su libertad teórica es impotente para asegurar”.

Un obrero sin trabajo no es ni puede ser jamás un hombre libre, aunque viva en Inglaterra, Estados Unidos o Francia.

La libertad viene de lejos cabalgando corceles de solidaridad y fraternidad.

Hoy entendemos la libertad ya no como un concepto individual, sino colectivo. Ya no es el derecho que tengo yo a expresar mi pensamiento sino el derecho que tiene todo un pueblo a vivir mejor.

La libertad ya no es el derecho a resguardar lo que se tiene sino el derecho a obtener lo que no se tiene.

La libertad es un producto de su propio ejercicio, una realidad de su propia realidad.

La vocación de hombres que todos llevamos dentro nos conduce a la libertad.

El conflicto entre esencia y existencia deviene en libertad. Para la democracia moderna, es producto de su existencia. En el concepto de la democracia clásica, se nace con la libertad; en la moderna, se la conquista porque no se la tiene.

Al principio de la preexistencia de la libertad, se opone ahora, la facultad adquirida por el hombre de conquistar su propia libertad, que es la libertad de todos.

El régimen democrático moderno no es tanto el que garantiza a los individuos el goce de las libertades que tiene como el de garantizar las libertades que aun no tiene.

Hoy, la democracia y la libertad son categorías espirituales que aun no tenemos; derechos que no disfrutamos; necesidades que padecemos pero que podemos satisfacer.

“La democracia social tiende a establecer entre los individuos una igualdad de hecho que su libertad

teórica es impotente para asegurar”.

Hoy, cuando hablamos de libertad, nos sacan la deuda externa. A los deudores no se nos permite hablar, ni discutir, ni reclamar derechos. Mientras no paguemos, no tenemos derechos.

De alguna manera, todos somos combatientes por la libertad, pero muy pocos están dispuestos a pagar su costo.

La sociedad necesita instituciones que sirvan a fines sociales como la libertad política y la justicia social.

Lo mismo pasa con la libertad. La libertad del hombre de abajo no es la misma que reclama el hombre de arriba.

Aun cuando la constitución habla de igualdad ante la ley, la igualdad real es distinta. Siempre hemos tenido hombres arriba y hombres abajo.

El hombre de abajo no lucha por estar arriba, su preocupación es por encontrar una plataforma de igualdad.

La libertad es sentimiento que solo nace a partir de la explotación.

El explotador razona la libertad, pero no la siente. Solamente el que lleva la libertad en su corazón puede construir democracias.

Lo que no muere nunca es el espíritu de libertad de un hombre explotado.

Los explotadores matan a los hombres, matan a los niños, matan a la juventud, pero no matan el espíritu.

La ilusión por una vida mejor está presente siempre en el hombre como parte de lo eterno que lleva dentro. Esa eternidad es la conciencia de su propia libertad.

La democracia es la herencia de la esclavitud.

El espíritu de libertad estará presente en todo momento, como hoy, como hace mil años, como lo sería en el futuro por toda la relativa eternidad del hombre.

La libertad es una vieja palabra con la cual hemos combatido siempre en todos los tiempos del mundo.

Stuart Mill decía que “la libertad es una lucha planteada contra la autoridad”. Hoy el concepto podría continuar manteniendo su validez, pero entendiendo que en este momento la autoridad económica es superior a la política.

En teoría, autoridad es la potestad establecida por el pueblo para que lo gobierne.

En la actualidad, la verdadera autoridad gobierna sin discusión alguna, pero a esa autoridad ningún pueblo la ha elegido.

La autoridad que actualmente apreciamos en el mundo no tiene origen en las constituciones ni en las leyes en general, sino en la ambición, el lucro y la codicia desbordada.

Así, hoy la libertad se convierte en la lucha del hombre moral contra todo lo que consideremos como una mala costumbre.

La libertad es una sorpresa de la razón. Maravilla que nos invade cuando levantamos distraídamente esa antigua palabra. Algo que siempre nos perteneció, pero que no nos habíamos dado cuenta en forma cabal. Como un derecho que no se discute, como un bien supremo, como un todo.

Al descubrir la palabra libertad totalmente, nos enteramos de que traspasa su concepto simple para convertirse en palabrota. Basta con que digamos “somos libres”, para que los dueños de la autoridad —de la potestad para decidir— se sientan ofendidos, groseramente insultados.

Porque la opinión que sustentamos de nuestra libertad, como hombres de pueblo, como ciudadanos, no es la que tiene quien desea ser dueño de los bienes del mundo en su totalidad, el que se cree insultado con nuestro reciente descubrimiento.

Entonces es cuando comprendemos que la libertad es palabra de honor, buena palabra, palabra mayor, santa palabra, ¡palabra de Dios!

Partidos políticos

La democracia, vivencialmente, tutela el ejercicio de la libertad como los otros derechos fundamentales. Al igual, el desarrollo ideológico y programático de los partidos políticos, ejes institucionales y actores relevantes del quehacer democrático, privilegia el avance de los valores cívicos como el bienestar humano en aquellas naciones ilustres y progresistas. Así, en las más emblemáticas democracias contemporáneas -Francia, Suiza, Inglaterra y Estados Unidos- hace siglos que gobiernan y predominan partidos o movimientos políticos de suyo ideológicos. En Francia y Suiza, los socialistas o centro derechistas. En Inglaterra, los laboristas o conservadores. Y, en los Estados Unidos, los republicanos o demócratas.

También, Costa Rica, desde su alumbramiento como estado republicano libre, independiente y separado de la Federación Centroamericana, decidió encauzar su destino nacional por el luminoso camino de la democracia, la paz, el trabajo, la educación y el apego -casi religioso- a la política, los partidos o frentes políticos y el sufragio popular. Ciertamente, aquellos eméritos ciudadanos electores, ya desde finales del siglo XIX, dirimían los certámenes comiciales correspondientes, alineados en los dos frentes decimales mayoritarios de entonces: los cafetaleros liberales, adicionalmente gobernantes, versus, los opositores, generalmente pro laboristas. Años después, los beligerantes opositores, encabezados por José Figueres, tras la Revolución de 1948, adoptan las banderas socialdemócratas y -el 12 de octubre de 1951- fundan el Partido Liberación nacional. De su lado, los cafeto-liberales ya ex gobernantes, junto con algunos sectores populares, seguirían las tesis socialcristianas predicadas por el Dr. Calderón Guardia. Esos estelares legados doctrinales, todavía, subsisten en sus fundamentos institucionales.

Así, el Partido Liberación nacional, enaltecido por seis ex presidentes de la República y sustentado en los postulados socialdemócratas, hace más de cincuenta años, lidera el acontecer político nacional y el duro pero satisfactorio proceso que nos ha puesto en ruta hacia un desarrollo sostenido: económico y social, no obstante, existencialmente, hoy encara hondos e impostergables desafíos institucionales. De manera muy principal, revitalizar su pensamiento e ideales socialdemócratas al igual que repensar la Costa Rica que debemos conservar y edificar en el siglo XXI.

LUIS ARNOLDO PACHECO SÁNCHEZ
Doctor en Economía
Catedrático

El partido socialdemócrata sólo lo será cuando los sectores populares lo dominen, decidan y elijan.

La organización jurídica de los partidos es ya insuficiente y los dirigentes saben que tienen que contar con la organización de hecho del pueblo que se mantiene, como agrupación, paralelamente al lado de los partidos.

Los partidos políticos son armas que pueden servir como escudo de la explotación o como instrumentos de la liberación: todo depende en poder de quiénes están.

Si los partidos son dirigidos por empresarios, gobernarán hacia arriba y si son dirigidos por el pueblo, gobernarán hacia abajo.

La existencia del partido socialdemócrata se justifica en el tanto en que sea un instrumento de cambio que beneficie a las grandes mayorías.

En Europa, el partido es una respuesta a la conciencia política del obrerismo organizado.

En el partido socialdemócrata está presente la mayor responsabilidad histórica de nuestro tiempo; pero esta afirmación tiene sentido y valor en el tanto en que ese partido sea, de verdad socialdemócrata.

El policlasismo políticamente organizado bien puede ser una forma de darle salida a la lucha de clases.

En el partido policlasista hay intereses económicos y sociales contradictorios; en el sindicato obrero esas contradicciones no existen.

El partido socialdemócrata, siendo policlasista, tiene un motor que pretende conducirlo hacia el futuro y un bien revisado sistema de frenos que con frecuencia le impide marchar hacia adelante.

Si el partido político piensa que solamente los empresarios deben dirigirlo, apartándose temerosos del contacto con los sectores laborales, puede representar cualquier cosa, pero nunca al socialismo democrático.

El partido político que elude el contacto con el sindicato por temor al contagio popular, es y será siempre un partido burgués aun cuando sus líderes se autclasifiquen como socialdemócratas.

No concebimos el desarrollo de la democracia sin el libre funcionamiento de partidos políticos ideológicos que organicen y orienten a los grandes sectores populares.

El partido socialdemócrata tiene la responsabilidad histórica de señalar las necesidades de cada sociedad.

Bien podemos afirmar, sin ningún temor a equívocos políticos e ideológicos, que a la altura de nuestro desarrollo democrático no puede existir patria sin partidos, como no puede existir

democracia sin partidos.

Sostengo que un partido ideológico verdadero debe siempre y en todo caso hacer valer sus principios.

Una de las principales labores del Partido Liberación Nacional, es la de crear una conciencia ciudadana, de acuerdo con nuestro tiempo, según las necesidades y teniendo en cuenta las posibilidades del país en el mundo que lo rodea.

El partido Liberación nacional, si no ha logrado construir un sistema de producción del pueblo y para el pueblo, sí logró consolidar la democracia política, creando así la base de despegue para una sociedad más justa y equilibrada.

Hace cincuenta años, los recientes partidos socialdemocráticos de América Latina se adelantaban, en sus pronunciamientos y principios, a la ansiedad consciente de los pueblos. Hoy, son los pueblos los que rebasan el estado de conciencia de los partidos.

Los partidos también son fenómenos sociales que nacen de las grandes convulsiones políticas.

Esa es la misión de los partidos políticos con tendencias socialistas y de los sindicatos: organizar al pueblo para que pueda liberarse.

El grupo de Patio de Agua constituye el primer intento organizado dentro del Partido Liberación nacional de criticar públicamente actitudes consideradas como inconvenientes de su sector dirigente, tanto desde el punto de vista moral como ideológico.

El manifiesto que publicó es el primer intento de convertir a Liberación Nacional en un verdadero partido ideológico y en un deseo de que ese partido funcionara apegado a las más estrictas normas éticas.

Cuando en un país se ha permitido la desmedida concentración de poder político y económico, sea de manera pública, sea de manera privada -y ha gobernado un partido que se califica de socialdemócrata-, algo ha de quedar claro: ni en ese país ha existido un partido socialdemócrata ni tampoco ha tenido democracia.

Debemos pensar en lo expresado en Patio de Agua: “El mensaje va dirigido a exigir, en los cuadros del Partido Liberación nacional, incluyendo a sus más altos dirigentes, un examen de conciencia, un retorno a la ruta inicial y una voluntad de misión histórica”.

El espíritu de Patio de Agua está en la euforia de 1948, cuando el pueblo pensó en la posibilidad de terminar con la explotación y los conductores de la revolución triunfante juraron entregarse con toda el alma a combatir la miseria en Costa Rica.

El partido policlasista, en teoría, es la unión de los intereses de los diferentes sectores explotados de la sociedad; pero en la realidad funciona como la unión de los intereses de las altas clases sociales.

El Manifiesto de Patio de Agua es un intento de imponer las auténticas corrientes socialdemócratas dentro del Partido Liberación nacional. Es parte de la lucha interna de ese partido por la justicia y la libertad.

Para eso se necesita algo, en los sectores dirigentes actuales y que no es categoría espiritual que la historia prodiga con asiduidad: entereza para luchar por la verdad.

Como decía Albert Camús de los escritores, nosotros podemos afirmar que la clase dirigente de una sociedad democrática no puede ponerse al servicio de los que hacen la historia sino al servicio de los que la padecen.

El movimiento reformista que terminó en la constitución del Partido Liberación Nacional, fue muy costarricense, sin grandes influencias ideológicas extranjeras.

Los cinco postulados máximos del APRA, enunciados por Haya de la Torre en 1924 son los siguientes: 1. Acción contra el imperialismo. 2. Por la unidad política de América Latina. 3. Por la nacionalización progresiva de tierras e industrias. 4. Por la interamericanización del Canal de Panamá, y 5. Por la solidaridad con todos pueblos y clases oprimidas del mundo.

Nuestro partido, decía Haya, es una Alianza Popular, alianza de todas las fuerzas populares nacionales afectadas por el imperialismo.

Haya de la Torre, desde el principio, desechó la idea de un partido de una sola clase, un partido de obreros exclusivamente, como eran los partidos comunistas y socialistas de Europa.

La alianza de clases explotadas es una creación aprista.

En Costa Rica el Repertorio Americano publicó gran cantidad de artículos, proclamas, manifiestos y protestas de Haya de la Torre.

Víctor Raúl fue un hombre-idea; hombre-doctrina; hombre-partido; hombre-continente; hombre espacio-tiempo-histórico; hombre fraternidad; hombre-luz.

Decía Carlos Rangel: “Cualquier evolución política latinoamericana que logre fusionar el progreso social y económico con la libertad y los derechos humanos, deberá mucho al aprismo”.

La herencia que ha recibido el Partido Liberación Nacional es la siguiente: la democracia política del liberalismo, la intervención del Estado en la economía y la lucha por la justicia social y la solidaridad del socialismo.

Aquí no vamos a morirnos de hambre porque un partido político socialdemócrata enseñó a los costarricenses a defender su dignidad y a luchar por toda clase de libertades.

Decía don José Eiguere: “Necesitamos que surja y crezca en paz un movimiento como el nuestro que realice una continua revisión del sistema”.

Un partido puede ganar cinco o seis veces seguidas las elecciones y por eso no sufre la democracia.

Multipartidismo y ausencia de partidos son casi la misma cosa.

En una democracia que funcione bien, el bipartidismo es el resultado histórico natural.

Cuando existe el enfrentamiento de la opinión pública con grandes problemas básicos, la formación de dos polos opuestos es su natural consecuencia.

No todo grupo que agita es un partido político.

Cuando hay crisis democrática nace el multipartidismo, o sea, varios grupos que agitan.

La democracia costarricense es un sistema de partidos y, si anda mal, no es por el sistema en sí, sino porque algunos partidos no han podido consolidarse alrededor de una ideología determinada.

En la actualidad, no podemos hablar de democracia con exclusión de los partidos políticos.

Y con exclusión de los partidos, tampoco podemos hablar de poder, ni de representación popular, ni de una clara definición de las metas de la sociedad.

Si en todas las manifestaciones de la vida puede ser aplicable con propiedad el adagio popular de que “lo poco agrada y lo mucho enfada”, quizá, en el sistema de partidos políticos, la aplicación tiene mayor consistencia.

Sólo puede considerarse como partido político aquella agrupación que defiende una ideología política concreta y que tiene posibilidad de tomar el poder a corto plazo.

Si bien la democracia necesita de la buena fe colectiva para subsistir, esa buena fe no sería suficiente si no existieran los partidos ideológicos organizados.

Nunca fue cierto que los partidos comunistas fueran, en la realidad, la vanguardia de la clase obrera.

En el campo de las ciencias políticas, la aceptación de un dogma, por un hombre o por un partido, no es más que la expresa manifestación de un estado de subdesarrollo espiritual.

El polipartidismo no es más que poligrupismo.

Hoy sabemos que los partidos políticos no son la democracia, pero que sin partidos serios y responsables no hay democracia.

El electorerismo no es fuente de partidos sino de oportunismos y discordia.

Necesitamos pensar que solamente a través de un partido verdadero se puede luchar por la democracia y la libertad. Una ideología firme y un buen fundamento moral. Eso es todo.

Un partido doctrinario debe, frente a la acusación pública de deshonestidad, sacar su ideología, levantar sus principios y manifestarse consecuente con ellos.

El partido debe siempre volver sus ojos a sus principios, es su tabla de salvación, su máxima y única preocupación y su verdadera y auténtica moral.

La moral de un partido se mide a través del esfuerzo que haga para realizar la justicia en una determinada sociedad.

Un partido político pierde fundamento moral cuando abandona la línea de acción que sus principios orientadores le marcan.

Allí está la verdadera desmoralización de un partido, en la pasividad colectiva que permite gobernar hacia arriba y no hacia abajo.

El dilema de la democracia está en la capacidad, en la tenacidad, en el diario esfuerzo que hagan los partidos políticos por hacer valer sus principios y por suprimir toda clase de privilegios.

Para un partido socialista, la moral ha de medirse con criterio colectivo, de pueblo, de masas sociales desplazadas.

Para un partido político, el problema moral es, en el fondo, ideológico.

La lucha de un partido, su moral, su buena costumbre, es para crear un país en que cada individuo pueda hacer valer su derecho a obtener de la sociedad una protección contra los riesgos de la vida.

La organización del Partido político de nuestros días y su ambición por llegar al poder por vías pacíficas, es algo más que un acto mecánico. Es parte de un despegue hacia mejores formas de convivencia democrática.

Un partido político triunfante, en una democracia que funcione bien, está obligado a ejecutar los planteamientos políticos y económicos que expuso al pueblo en la campaña electoral.

Los partidos políticos son los llamados a ser los transformadores de la sociedad y de sus instituciones.

La lucha a favor de las grandes mayorías marginadas, es parte destacada de los principios básicos de todos los partidos socialdemócratas del mundo.

No inventó nada don José Figueres en 1948 cuando declaró guerra permanente contra la miseria, pero sí fijó el rumbo por donde debería marchar en el futuro un partido socialdemócrata.

Mientras el pueblo sintió que un partido político lo representaba, y su dirigencia luchaba con él por sus derechos y libertades, hubo entusiasmo, ilusión y fe en el sistema democrático.

Un partido socialdemócrata sin iniciativa, sin propuestas claras de cambio, no existe.

Puede estar en el papel, en la estructura institucional, en la máxima legalidad, pero como partido, como entraña del pueblo, como representante titular de ansiedades populares, perdió legitimidad moral ante un comprometedor silencio que lo margina de la vida democrática.

Un partido sin iniciativa política es un burdo fantasma de glorias pasadas, si las tuvo, y de proyectos futuros que se le fueron de las manos entre el electorerismo barato, la burocracia, el fácil negocio, la corrupción y la falta de vergüenza.

Un partido socialdemócrata deja de existir cuando pierde su sensibilidad, la capacidad de respuesta y la obligación de salir en representación de quienes han sido humillados en su más íntima dignidad.

El partido político socialdemócrata tiene esa obligación básica: colaborar en la transformación del ciudadano pasivo y conforme con su realidad, convirtiéndolo en un ser humano pensante, con capacidad de protestar permanentemente por el marcado desequilibrio económico y social de

nuestra todavía democracia en formación.

Cuando apreciamos que el partido socialdemócrata deja de luchar por sus objetivos primarios, empleando procedimientos inaceptables y, al mismo tiempo, notamos que no hay una protesta popular por esas desviaciones, entonces tenemos que darnos por enterados de que algo muy malo nos está sucediendo.

Con el silencio estamos otorgando, estamos permitiendo el asalto a la hacienda pública y el olvido de unos principios que para todos nosotros deben ser sagrados.

Un viejo luchador que se encontraba al final de su vida, en la miseria, me dijo: “Pobre es el que se acuesta pensando en la comida y el que se levanta sin tener nada que comer; pobre es el que se quedó sin trabajo y no encuentra a nadie que le tienda la mano; pobre es el que nunca tuvo oportunidades para estudiar y surgir; pobre es al que le cortan la luz eléctrica con frecuencia y tiene después que pagar multas y reconexiones; pobre es el que se pasa la vida luchando para llegar al final sin saber lo que significa la palabra esperanza ni el término justicia”.

¿Con cuáles principios nos vamos a identificar en este partido, con los del sector dirigente, aburguesado al máximo, o con los de un hombre como mi amigo que se acuesta todos los días soñando con glorias de combatiente, pero sabiendo que, para las personas como él, los muertos murieron en vano?

Hace algunos años, cuando se discutía un nuevo programa para el partido socialdemócrata alemán, un teórico de esa agrupación decía: “A alguno le extrañará, sin duda, mi afirmación de que lo nuevo del programa no es tanto la meta del socialismo como los caminos para llegar a ella”.

Cuando decimos que deseamos construir una sociedad justa, fraternal y solidaria, todos levantamos la mano en señal de aprobación, y algunos, tal vez demasiados, porque piensan que a esas metas jamás se llegará.

¿Cómo vamos a hacer lo que desde hace más de cincuenta años decimos que deseamos hacer?

A los sectores conservadores ahora se les unen ciertos intelectuales que en otras épocas fueron de extrema izquierda. Y son estos intelectuales quienes gritan con voz cercana al fascismo: “Hay que quebrar todo el poder de los partidos”.

Yo pienso que los socialdemócratas teníamos la razón antes y la tenemos ahora y que el socialismo democrático es, por el momento, la única alternativa que tienen los pueblos para vivir en paz y mantener su desarrollo vital.

Los conservadores no tienen ni nunca han tenido la razón. Y los comunistas arrepentidos, menos. Nadie va a quebrar el poder de los partidos en este país mientras exista un movimiento político como Liberación Nacional.

Pero para eso tenemos que amarrarnos los pantalones muy fuertemente, dentro de nuestra propia organización, comenzando por hablar muy claro y decir públicamente qué queremos, cómo podemos hacerlo y cuáles procedimientos rechazamos por negativos y contrarios a lo que deseamos.

Por el momento, creo que deberíamos preocuparnos por lo que somos ahora: porque hay una confusión interna que nos tiene casi paralizados.

La antigua tribu africana de los bechuanas practica todavía danzas totémicas y cada clan tiene la suya. La danza los identifica con su tótem, es decir, con su fe. Por eso el bechuana, para enterarse del clan a que pertenece otra persona, le pregunta: ¿cuál es tu danza?

Así nosotros, en nuestro partido de hoy, frente a tantos clanes dispersos que adoran diversos diocellos ideológicos, dogmáticos y de oportunismo político, cuando nos encontramos con un liberacionista que no conocemos bien, deberíamos preguntarle: ¿cuál es tu danza?

Es decir, ¿cuáles son tus principios, cuál es tu fe? Y, sobre todo, ¿cuál es el procedimiento o camino que estás dispuesto a seguir para alcanzar las metas de la socialdemocracia?

En una hora de angustia porque nuestro partido había perdido las elecciones, Daniel Oduber dijo: “No nos equivoquemos, porque jamás una derrota liquidó a un partido socialdemócrata. Más bien el caso es al revés, son los triunfos mal digeridos los que terminan con los partidos”. Entonces recordaba yo un viejo dicho andaluz: “Algunos se reponen de un fracaso, pero muy pocos de un gran triunfo”.

Con los partidos, los políticos se han quedado dándole vuelta a los planteamientos de cincuenta años atrás, no son los objetivos de la democracia lo que nos debe preocupar. Con relación a ellos, poca discusión podemos encontrar. Es la forma de alcanzarlos lo que no logramos entender.

Cuando los partidos grandes no tienen mayoría en el parlamento y, en consecuencia, no tienen poder de decisión por sí mismos, un partido minoritario puede adquirir un gran poder y decidir, lo cual sería una inversión de las leyes democráticas.

El partido minoritario puede adquirir un mayor peso específico al encontrarse, de pronto, con un sobrepoder que no se lo da el número de votos sino una ley mecánica del poder que nace contrapuesta a las leyes democráticas absolutas.

Pero hay una realidad con relación a este poder del partido minoritario: solamente se puede ejercer si se lo permite el partido mayoritario, circunstancia que se da cuando éste no tiene capacidad de propuesta ni de decisión independiente.

O sea, que es un poder que no existe por sí mismo porque es consecuencia del temor y falta de capacidad del grupo mayoritario. Alguien tiene que llenar el vacío que deja la incapacidad del partido mayoritario.

En una democracia, una minoría no debe gobernar. Y si lo hace, solamente será por el inaceptable temor de una mayoría que no logra entender para qué fue electa.

El pueblo piensa y cree en una sociedad en la que sería bueno vivir, en una democracia sana y desarrollada. Cuando un partido político formula un proyecto de gobierno para el cambio, el pueblo, al votar por ese partido, está votando por un nuevo derecho que sirva de instrumento a esa política. Esto es lo que no deben olvidar ni los partidos ni los gobernantes.

Democracia interna es voz y voto de las mayorías en el partido, dentro del partido.

Partido socialdemócrata y sindicato son el mismo pueblo organizado alrededor de la idea de construir la democracia.

No ser sectarios ni dogmáticos, en el sindicato y en el partido de tendencia socialdemócrata, es un lema imprescindible.

El partido socialdemócrata debe situarse en el corazón de su propio pueblo, pensando como pueblo, sintiendo como pueblo, con el objeto de poder así satisfacer las necesidades del pueblo.

La guerra a la miseria es el verdadero principio ideológico del Partido Liberación Nacional.

Es necesario que podamos decir en Costa Rica que el Partido Liberación nacional no está dispuesto a renunciar a una fundamentación de contenido y a una orientación a largo plazo de su política.

El Partido Liberación Nacional le dio personalidad ciudadana al pueblo.

La democracia no defiende el ascenso al poder de todos los partidos, uno después del otro. Lo que defiende es la alternabilidad, que no es otra cosa que la posibilidad que tienen los partidos de oposición de llegar al poder.

Liberalismo y neoliberalismo

El liberalismo manchesteriano fue el escudo ideológico del siglo XIX que legitimó los excesos y los abusos de la Revolución Industrial.

Fue desacreditado por los atropellos contra la clase obrera, con la imposición de jornadas de doce horas durante seis días a la semana, salarios humillantes, sin protección, ni garantías laborales, ni derechos de asociación.

Fue repudiado porque justificó el avasallamiento colonial del Tercer Mundo, imponiéndole, en el siglo XIX, una apertura económica que arruinó sus industrias y una globalización que facilitó la explotación de sus riquezas.

Sufrió un gran desprestigio durante la depresión de los años treinta, cuando la “mano invisible” no logró cumplir con su sagrada misión de restablecer el equilibrio y el capitalismo tuvo que ser rescatado gracias a la intervención del Estado Benefactor.

Ahora, después de un largo destierro, sus archivos ideológicos son desempolvados para justificar los intereses de las corporaciones transnacionales y presentar informes positivos de sus actividades en las bolsas de valores.

El neoliberalismo justifica a quienes procuran apoderarse de las materias primas del Tercer Mundo, como el petróleo y otros productos primarios, que necesitan para tener éxito en el mercado.

Absuelve a quienes utilizan la mano de obra barata y disciplinada que abunda en los países pobres, donde puedan realizar una mínima inversión que les permita emigrar cuando les convenga.

Justifica a quienes, para tener más éxito en el mercado, se instalan en los países donde existen menos regulaciones legales, laborales, ambientales e imposiciones fiscales.

Su código de ética exige una ideología minimalista del Estado que lo denigre. Para eso se ensañan contra las instituciones estatales, desprestigian a los funcionarios públicos y limitan el Estado, para que regule lo menos posible y les otorgue las mayores concesiones.

Para eso han abierto los archivos de la anticuada ideología liberal, del siglo XVIII. La que postulaba paladinamente “el dejar hacer, dejar pasar”. La que convierte a la competencia y a la privatización en virtudes supremas. La que, por encima del Estado, erige al mercado en soberano. La que practica el entreguismo en aras de la privatización, la que proclama a la oferta y la demanda como monarcas de la economía planetaria.

El resultado ha sido un darwinismo social en el que los poderosos atropellan a los débiles y el triunfo de la ley de la jungla que acentúa una mayor polarización en el planeta en el que la mitad de la población mundial padece hambre, ignorancia, inseguridad y miseria.

El saldo consiste en que los países ricos son más ricos, la mayoría de las naciones apenas avanza

chapoteando en la pobreza y los países más atrasados son cada día más miserables. El neoliberalismo se erige como la primera gran estafa ideológica del siglo XXI.

RODRIGO MADRIGAL MONTEALEGRE

Político

Profesor universitario

Conferencista destacado

Con entusiasmo y reverencia recojo del liberalismo político el derecho del pueblo a elegir y escoger.

El neocapitalismo es la razón del más fuerte. Piensa que el pobre es pobre porque es más débil, y que el fuerte siempre desplazará al débil, por lo que esa ley debe respetarse. Por eso el neocapitalista dice que ese desequilibrio es ventajoso para la raza humana. Darwin debería ser su dios.

El neoliberalismo no es un cuerpo de doctrina sino un estilo de conducción económica que tiene por norte el lucro privado en todos los campos de la economía y de la sociedad.

Los liberales costarricenses del siglo xix supieron deslindar los campos de manera inteligente y respetuosa, pero con gran decisión, entre la Iglesia y el Estado, entre la fe y la democracia.

Nuestros gobernantes respetaron la religión mayoritaria de los costarricenses, pero no permitieron que la iglesia le fijara rumbos a la libertad y a los derechos ciudadanos.

También nuestros gobernantes mantuvieron el principio de un Estado fuerte, con capacidad para decidir, organizar y prestar los servicios públicos mínimos que demanda una buena orientación democrática.

Por el planteamiento liberal se llegó a la democracia y por la democracia llegamos al socialismo democrático. Esta es la ley histórica de la evolución política de la actualidad.

En la sociedad capitalista, dirigida por el afán de lucro exclusivamente, los pueblos están desamparados y solamente saldrán de su explotación cuando puedan liberarse a sí mismos.

Cada clase social entiende la vida a su manera. Y la que domina económica y políticamente a una sociedad, impone su forma de entenderla, es decir, su propia moral.

Por eso a nuestras sociedades se les impuso la costumbre de que los bienes y servicios pertenecen a los empresarios y que los trabajadores solamente tienen derecho a su salario.

Cuando un trabajador pide algo más que su salario, estalla el empresario reclamando sus derechos y dice: están atentando contra la democracia y la libertad.

Desde su punto de vista personal, incluso desde el punto de vista histórico, tiene razón el empresario: esta sociedad se forjó para que él viviera bien.

En un momento determinado, toda forma de explotación se justifica porque la costumbre le ha dado condición natural.

A una sociedad le fijan rumbos morales los pequeños grupos que dominan el poder económico y político.

No se puede ser abiertamente antiliberal.

El capitalismo, en cierta etapa de su desarrollo, ha corrompido libertades y ultrajado derechos.

El liberal trasnochado e inculto se declara enemigo a muerte del socialismo, y el marxista dogmático a ultranza, también se declara enemigo a muerte del liberalismo. Los socialdemócratas deberíamos decir: defendamos con todas nuestras fuerzas el auténtico liberalismo político si queremos llegar a etapas superiores del socialismo, es decir, de la democracia.

El capitalismo moderno proclama y defiende la libertad para todos y niega todo tipo de esclavitud, pero sabe que se derrumbará si desaparece la explotación.

La avaricia y el afán de lucro, fundamento del sistema capitalista, no son ni han sido nunca fuentes de libertad.

Cuando hablamos de democracia política, estamos hablando de liberalismo. Y cuando hablamos de democracia económica y social, estamos hablando de socialismo.

Luchamos contra esa clase de capitalismo convertido en empresa transnacional, sin patria ni fronteras, con capacidad para transformar la producción en monopolio, la libertad en vasallaje y la soberanía e independencia de las naciones en simple letra muerta de las constituciones.

El neoliberalismo económico y la democracia moderna no pueden subsistir armónicamente, porque hablan lenguajes distintos y se refieren a formas de entender la vida y la libertad de manera contradictoria.

Dice el chileno Radomiro Tomic: “O la democracia transforma el capitalismo con los votos o el capitalismo destruye a la democracia con las balas”.

O realizamos la democracia plena o el sistema estallarà en mil pedazos por la intransigencia antidemocrática de quienes continúan confundiendo capitalismo con democracia.

Solo hay una razón para liberar la economía -y esto por tiempo limitado- y es cuando las empresas entran seriamente en crisis.

Originalmente, la democracia liberal creó un capitalismo de pequeñas y medianas empresas que armonizaba la organización política con las estructuras económicas.

Pero esa estructura la ha roto el neocapitalismo con sus grandes empresas, que imponen sus productos a los pueblos por la publicidad. Meditando sobre esto. Maurice Duverger exclama: “Es extraordinario el paralelismo entre la publicidad comercial que impone un producto a los consumidores y la propaganda totalitaria que impone un gobierno a los ciudadanos”.

Necesidades sin satisfacer y consumo sin necesidad son dos de las grandes causas del desastre económico que estamos viviendo.

El liberalismo clásico no puede aplicarse ahora, tal y como fue diseñado, pero sí la defensa de la libertad.

La democracia real, la que cambió al estadista por el técnico y al pueblo por una masa de consumidores de fácil conducción, está lejos de la verdadera democracia.

El libre mercado casi no tiene que ver con la democracia ni con la libertad.

El núcleo de la doctrina liberal clásica es el de una sociedad garantizando derechos políticos a un hombre convertido en ciudadano.

Por eso, bien podemos afirmar enfáticamente que todos los demócratas somos liberales por definición original.

El demócrata conceptual desemboca en el socialismo, pero entendiendo que siempre existió un liberal antes de ser socialista y que siempre habrá un liberal después de serlo.

En la democracia económica y la democracia social encontramos directrices no comprendidas en el liberalismo original, pues en ellas juega complicidad favorable el socialismo.

Lo que apreciamos en la era del neocapitalismo es que al humanista hombre de estado lo desplazó el tecnócrata y al ciudadano consciente el ávido consumidor.

A nombre de lo que ahora entendemos por neoliberalismo, pretenden someternos a todos, con derechos, libertades y soberanías, a una forma de vida que nada tiene que ver con la democracia.

La circunstancia actual nos obliga a los socialdemócratas a desarrollar un nuevo proyecto democrático a partir de una inaceptable democracia real.

Entender que la inmoralidad imperante, la doctrina de la tecnología y la ciencia como fuerzas productivas y la empresa privada como dueña de esa producción y de ese gran sector de poder público, forman parte indisoluble de la democracia real.

El nuevo proyecto político ha de partir, de una democracia inmoral, hacia la construcción, otra vez, de una democracia moral.

Los liberales deshumanizaron la producción, los demócratas tenemos que humanizarla de nuevo.

Es posible que tendríamos que comenzar por escribir en las pantallas de todas las computadoras las tres clásicas palabras que se pronunciaron hace más de doscientos años: libertad, igualdad, fraternidad.

Y de éstas, subrayada, la última, que es una voz mística, religiosa, eterna, que ha de servir de unión entre los hombres porque nace de la conciencia histórica de todos los pueblos del mundo:
FRATERNIDAD.

El liberalismo inventó un nuevo calendario que tiene solamente el mes de agosto, en nombre del lucro que se obtiene aprovechando la ocasión.

En una universidad rusa, en cierta ocasión, una doctora en historia me dijo, totalmente convencida, que Lenin había sido el filósofo más grande que había producido la humanidad. Eso se llama dogmatismo ideológico.

El mismo dogmatismo que podemos apreciar ahora cuando algunos, en nombre del liberalismo,

apoyan, sin condición alguna, esa rara democracia que se han inventado para sí los grandes inversionistas internacionales.

Ninguna dictadura del mundo ha podido asesinar una verdad. “Mire usted, me comentaba un sacerdote ortodoxo en un monasterio recién abierto en las afueras de Moscú en enero de 1990, con una pequeña ventana que abrieron a la libertad, renace la fe, exactamente igual a lo que sucede a los árboles que brotan maravillosamente en los primeros días de la primavera”.

A partir del momento en que las dictaduras comunistas desaparecieron como tragadas por la tierra, la iniciativa política pasó exclusivamente a los alegres liberales que se sintieron dueños del mundo.

Frente al Estado liberal que nos quieren imponer, debemos defender, como algo que nace de nuestra propia esencia cultural y humanística, el Estado social y democrático de derecho.

Algunos que siempre pertenecieron a la extrema izquierda hasta 1990, con la caída del comunismo, se pasaron rápidamente a la extrema derecha, pero conservan algo de lo cual no se pueden desprender. Cuando eran comunistas, le declaraban la guerra a la socialdemocracia, y ahora que son liberales a ultranza, también le declaran la guerra a la socialdemocracia.

No hay mayor liberal que un socialista converso, aunque no se haya dado cuenta de su actual ubicación.

¿Que el ICE y el INS no están a la altura de los tiempos? Eso es argumento de pulpero y de cazador de fortunas.

Algunos que quieren vender nuestras instituciones solo están pensando en negocios particulares.

Existe una cultura de la riqueza y una cultura de la pobreza; una política de la abundancia y una política de la miseria.

Cuando el representante del país rico solicita colaboración de los pobres, no dice que está en marcha una tarea común, sino que solo firma tratados si se acepta, sin protesta, la política de la abundancia y se olvida la necesidad de los marginados.

Hay derechos y verdades que es necesario exponer a la luz pública. Y cuando nos sentamos a la mesa del diálogo democrático, debemos llevar en nuestra cartera la palabra dignidad. Eso nos permitirá responder

“NO”, cuando nos exijan colaborar con la política de los poderosos.

Vivimos días de negocios, de ganancias, de beneficios, de leyes que se aprueban en nombre de un falso derecho que algunos reclaman como suyo, para vender, pactar y comprar según sus propios intereses.

Los demás, los “muchos”, se ajustan a ese materialismo absoluto porque les han hecho creer que esa es la verdad económica, política, moral y patriótica.

Pienso que la ley única del beneficio y la libertad de comercio sin control son dos de las grandes mentiras de nuestro tiempo.

El liberalismo creó la democracia moderna original, pero también permitió la expansión de un capitalismo feroz. O sea, que ha sido santo y pecador al mismo tiempo.

Cuando nos exigen la libre competencia sin control alguno, debemos responder con seguridad: primero hablemos del derecho de los pueblos a vivir decentemente.

De toda la confusión, dos temas son claros: que los neoliberales quieren dismantelar el Estado y reducirlo a la mínima expresión, sin leyes ni instituciones reguladoras, y que la libre empresa jamás puede sustituir un Estado libre, fuerte, soberano y equilibrador de la justicia social.

El capitalismo ha montado la libertad individual sobre la mentira de una igualdad que se enuncia pero que no se vive.

Información y comunicación

En la democracia, la soberanía pertenece al conjunto de los ciudadanos que conforman la nación. Por eso, la democracia es un régimen de opinión pública: cada ciudadano tiene derecho a informarse y a discutir. Del contraste de razonamientos sobre asuntos de interés general, surge una corriente mayoritaria que da legitimidad. Pero en la práctica, no todos los ciudadanos tienen similar posibilidad de ejercer el derecho a informarse y a expresarse. Aunque en teoría el voto iguala el derecho a decidir que tienen los ciudadanos, en realidad la voluntad del voto se forma a través de la opinión pública controlada por un puñado de privilegiados.

La socialdemocracia lucha por disminuir la brecha comunicacional entre esos privilegiados y el común de los ciudadanos. En Costa Rica, la socialdemocracia decidió que el Estado desarrolle las telecomunicaciones como servicio público. Sin éxito, propuso que la televisión fuera un servicio público de entretenimiento, información, educación y cultura, no el vehículo de propaganda comercial y dominación cultural que es. También quiso poner a funcionar dos diarios, para balancear la influencia de la prensa plana. A comienzos del siglo xxi, la lucha es por extender a todos los beneficios de la Sociedad de la Información y el Conocimiento: conexión a Internet en banda ancha para cada hogar, escuela o empresa.

Los medios de comunicación multiplican la capacidad humana de oír, de hablar, de mirar. En 1948 las naciones Unidas reconocieron el derecho a la libertad de opinión y de expresión. Ahora se requiere el reconocimiento del derecho a comunicar, que incluye el derecho a elegir cuándo comunicarse, con quién y cómo hacerla, a través de qué tecnologías y de cuáles operadores; el derecho a acceder redes y servicios en condiciones ventajosas de oportunidad, disponibilidad, seguridad, calidad, precio; el derecho a participar como receptor y como emisor: el derecho al diálogo o la comunicación interactiva; y el derecho a la privacidad, a decidir cuándo no comunicarse o con quién no comunicarse, vale decir el derecho a la defensa de la intimidad, integridad y dignidad.

Ciudadanos activos, democracia viva. Para ello se requiere igualar las posibilidades de comunicación. Esta es misión de la socialdemocracia moderna.

ARMANDO VARGAS ARAYA
Ex ministro de Información y Comunicación
Escritor y periodista

No podrá haber democracia verdadera sin la debida información popular acerca de los grandes y graves problemas a que tiene que enfrentarse la humanidad en nuestro tiempo.

Estamos en la época más desarrollada de la información y del conocimiento. Nunca antes hubo tanto cambio en tan poco tiempo.

La atención y la imaginación de la juventud están en la tecnología y bastante lejos de las humanidades.

Si la ciencia y la tecnología no son morales, ¿cómo podemos hacer para que los jóvenes piensen en la moral?

El diálogo de la comunicación actual es aquella forma de expresarse, por un medio, de acuerdo o en consonancia con la sensibilidad y el sentimiento de los pueblos.

Comunicar, en nuestro tiempo, es proporcionar al pueblo razones suficientes para que aprenda a luchar por la justicia, por la libertad y por una vida democrática.

Raúl Regó, director de “A República”, diario de Portugal, dijo hace algunos años: “Hoy queremos hacer de Portugal una sociedad libre y democrática... y para eso es imprescindible que haya una prensa libre y responsable que interprete fielmente las aspiraciones de la sociedad”.

Y el editor brasileño Julio de Mesquita Neto manifestó, hace treinta años, lo siguiente: “No estoy de acuerdo con la supuesta necesidad de sacrificar la libertad a favor del progreso material. El concepto de libertad es indivisible, siendo inaceptable una delimitación a la libertad de prensa”.

El periodista verdadero, el que está compenetrado del espíritu misionero de la profesión que ha escogido, siempre está luchando por informar debidamente al pueblo. Allí está la esencia de su apostolado, el sentido moral de su actividad.

En todas las constituciones democráticas del mundo, la libertad de prensa debería estar sintetizada en la siguiente declaración: EL ESTADO GARANTIZA EL DERECHO A LA INFORMACIÓN.

Se es libre en el tanto en que se pueda saber lo que está sucediendo. La libertad, hoy, es conocimiento del diario acontecer.

Y en otra ocasión, Raymond E. Dix, que era Presidente de la Sociedad Interamericana de Prensa, declaró: “Primero, y ante nada, el pueblo debe estar totalmente informado. De lo contrario el sistema democrático está destinado a fracasar”.

Informar no es tan sencillo, porque requiere, además de vocación de periodista auténtico valor para enfrentarse a los intereses que claman para que no se digan las verdades.

Por la comunicación y el conocimiento, aparece en todo lugar un tipo de hombre que piensa, que siente, que percibe, que ansia y desea un mundo de justicias realizadas.

La comunicación, por el momento, ha traído una pacífica beligerancia.

Tampoco nada tiene que ver la democracia con la propaganda y la información en manos de comerciantes al servicio de esa forma de producir y de crear necesidades que obligan al consumo masivo.

La información pública, sin restricciones, es la forma más segura de combatir la corrupción.

En una época de convulsión universal, el profesional de la comunicación no es ni se puede admitir que sea una persona pasiva y neutral que notifica todos los días fríamente lo que está sucediendo.

No es un simple vendedor de noticias el profesional de la comunicación. En el momento del despertar de los pueblos hacia su propia libertad, el comunicador es, y debe ser, un hombre comprometido.

En época de derechos pisoteados, de combatientes asesinados, de pueblos masacrados, de eternas noches sin amaneceres, la información no puede concretarse a simples datos estadísticos.

Y ante el holocausto de los pueblos, ya casi no interesa saber cuántos hombres han sido cobardemente ametrallados sino cuántos hombres más amanecen dispuestos a defender decididamente a los luchadores.

¡Dura y difícil tarea profesional la de los periodistas de nuestro tiempo! ¡Dura y difícil compromiso el de los dueños de los medios de comunicación: vivir de la noticia como medio de subsistencia, pero frente a la obligación de hacer la diferencia entre informar decentemente o comerciar con el suceso que origina la viril decisión de un combatiente que entrega su vida por la confirmación de los derechos de todos los hombres.

El derecho a la información adquirió característica de independencia, sobresaliendo sobre todos los demás componentes de lo que hasta ahora entendíamos por libertad de prensa, para adquirir la condición que tiene en la actualidad, como uno de los derechos humanos fundamentales.

Esto es así, porque la libertad de pensamiento, que comprende las libertades de opinión y expresión, son derechos individuales. En cambio, la libertad de información es un derecho social.

El que defiende la libertad de informar y de estar informado, defiende el derecho de saber lo que sucede en el trasfondo de nuestras sociedades, así como lo que debe suceder en ellas.

La Asamblea General de las Naciones Unidas, ha dicho que la libertad de información debe ser considerada “como un derecho humano fundamental y la piedra de toque de todas las libertades, así como un factor esencial de cualquier esfuerzo serio para fomentar la paz y el progreso del mundo”.

Ya no habrá una verdadera libertad de pensamiento mientras no exista una objetiva y veraz información.

La libertad de prensa es parte de los derechos humanos y, de esa libertad, la información es su esencia fundamental.

Tal vez el deber de todos los intelectuales que trabajan en los medios de comunicación es entender,

como Thomas Paine en su célebre manifiesto del “Sentido Común” que, como “la libertad está proscrita en toda la redondez de la tierra”, debemos “acoger a la fugitiva y preparar a tiempo un asilo para la humanidad”.

Lo que el periodista y el dueño del medio han de entender es cómo mantener el sabio equilibrio entre lo que están obligados a publicar y lo que no se debe publicar. No todo lo que sucede es publicable y no toda forma de publicar es aceptable.

Hay, debe haber una manera de transmitir la información que no ofenda al público y que no despierte sospechas.

De vez en cuando al periodista se le sube a la cabeza cierta deleznable popularidad que va adquiriendo y de repente cree que puede fijarle rumbos intelectuales, políticos y morales a la empresa para la cual trabaja y al país. Que es cuando el periodista olvida el origen de su profesión y el objetivo de su actividad, que es la de informar. El periodista no es un predicador ni un reformador social. Es, solamente, un individuo que traslada la información al pueblo.

Si el periodista manipula la información con intención de beneficio partidario, manipula, a su vez, la libertad de prensa depositada en sus manos y la buena fe del público que está creyendo en él.

Ya no es posible hablar de democracia, ni teórica ni real, si no hablamos de comunicación, si no entendemos que es imprescindible democratizar los medios de comunicación.

Toda prensa es política, la de un partido porque, por su propia naturaleza, está al servicio de ese partido, o la de un país que ha estatizado todos los medios de comunicación y los destina para decir lo que a sus gobernantes interesa que se diga.

Pero hay una prensa política más sutil, que es la que existe en los países capitalistas, la cual defiende el sistema y a toda su estructura institucional.

Entonces, si la prensa defiende la estructura y fines del capitalismo, no es condenable por esa sola razón, ya que el capitalismo es consecuencia de la democracia liberal. Pero es conveniente afirmar que esa prensa no es esencialmente neutral.

Cualquier medio tiene derecho a defender una democracia capitalista o una democracia social. Lo único que necesitan los ciudadanos es saber qué es lo que defiende cada medio.

Es más peligrosa la prensa que se autodefine como imparcial y apolítica. Prefiero a la que está definida como parcial y defensora de un tipo determinado de política. En el fondo, toda prensa tiene su perfil político, y eso, por sí mismo, no la descalifica moralmente. Es un derecho.

A los dueños de los medios y a quienes los dirigen, les sucede lo mismo que a los políticos, que comienzan con muchos bríos y terminan con mucho frío. Cuando el medio se convierte en buen negocio, sus propietarios y sus directores adquieren el comportamiento de las altas burguesía, confirmando la siguiente ley sociológica: quien no vive como piensa termina pensando como vive, y este pensamiento se trasmite al medio.

Sin embargo, en las democracias que funcionan bien, hay una influencia de medio a sociedad y de ésta al medio. Un periódico conservador influye a la sociedad pero ésta motiva al medio democráticamente. Hemos apreciado con frecuencia que el medio conservador, en muchas

ocasiones, se convierte en el verdadero factor de control de las desviaciones desde el poder. ni escritor francés Henri Gobard decía hace algunos años: “Si nuestra lengua, nuestra música, nuestras películas, nuestras canciones mismas, nuestra ropa, nuestros modelos, si todo nos llega desde hace cuarenta años de Estados Unidos, entonces uno puede preguntarse: ¿En qué nos hemos transformado? ¿Cuál es nuestra pertenencia cultural?”.

De la misma manera los latinoamericanos tenemos que preguntarnos: si todo, la lengua, la música, los libros, la tecnología, la ropa, los modelos de desarrollo, toda clase de Información, la forma de vida, nos viene de Estados Unidos, de Europa, de Japón, ¿en qué nos hemos transformado? ¿Qué somos?

Tener conciencia de esa circunstancia es comenzar a dar el primer paso para que los medios de comunicación masiva estén al servicio de la civilización sin restricciones, y no de la interpretación particular que quieran hacer de ella.

Mucha culpa tienen los medios de que nos hayamos convalidado en una sociedad consumidora. Y digo culpa, porque ese tipo o forma de vida convierte al hombre en un Instrumento para ser usado y explotado.

Históricamente la comunicación es una necesidad muy reciente, consecuencia de la última guerra mundial. Desde un punto de vista primitivo y simple, comunicar es crear un estímulo para obtener una respuesta.

Y la respuesta es comercial: arte publicitario elemental para vender.

Pero en nuestros días, comunicar debe significar informar.

La comunicación ya no puede ser una rama de la publicidad porque la información, que de ella ha de derivarse, es parte de los derechos.

Comunicar es dar argumentos al pueblo para que pueda encontrar mejores caminos para satisfacer sus necesidades.

La comunicación es parte del derecho a la cultura y educación de los pueblos.

La comunicación es tan importante como que no podemos hablar seriamente de un aceptable proyecto de desarrollo planificado de un país si en él no está contemplada.

Al respecto, la UNESCO ha dicho: “Que es necesario establecer infraestructuras gubernamentales de carácter administrativo, técnico, de investigación y de formación, para formular, aplicar y evaluar las políticas de la comunicación”.

Se necesita, entonces, una política nacional de la comunicación. Y se necesita, porque es a través de la comunicación como se puede consolidar y garantizar la mejor entendida libertad de prensa, camino que marca la técnica y la ciencia modernas.

La definición de una política nacional de comunicación es parte importantísima de la acción soberana de un país. Y esa política ha de darse cuando un gobierno se decida a determinar y defender sus propias vías de progreso.

Una política de la comunicación, como parte de un adecuado plan de desarrollo nacional -desarrollo económico y social, no solo económico- presenta la oportunidad de formular escalas de prioridades sociales específicamente en lo cultural.

Planificar las comunicaciones debidamente, es promover el desarrollo nacional y consolidar, al mismo tiempo, la identidad cultural de un país.

“Un sistema de comunicación democrática debe hacer que llegue a cada ciudadano toda la información que necesita para su actividad, cultura y entretenimiento, de la manera más oportuna, económica y eficaz”.

La información es poder, dicen los sociólogos políticos. Si queda en manos de empresarios y comerciantes, es poder de minorías selectas. Si es parte de la planificación estatal, es poder de los pueblos.

Bien podríamos decir de una sociedad: dime cómo utilizas el sistema de comunicación y de información y te diré la clase de régimen político que tienes y el grado de libertad de que disfrutas.

La publicidad totalmente libre, causa dos males a la democracia: a) puede controlar, y en cierto modo controla, a los medios de comunicación, y b) ayuda a la supeditación del país subdesarrollado al país altamente industrializado.

Las agencias de publicidad solo tienen un objetivo: “Transformar en clientes efectivos a los posibles compradores, en grandes cantidades y alta velocidad”.

Teniendo libertad para publicar en donde lo desee, la agencia de publicidad tiene facultad para decidir el tipo medio que debe existir en una sociedad, que siempre será el más conservador.

Hay que legislar para fijar controles, orientar, planificar y distribuir equitativamente ese bien de la sociedad moderna que se llama información.

Debe existir libertad en la empresa privada, pero teniendo en cuenta que la libertad del empresario nunca puede estar por encima de la libertad de los pueblos.

El dueño del medio, el dueño de la agencia de publicidad, deben tener toda la libertad, pero con un tope: su libertad termina donde comienza la libertad del pueblo.

La comunicación verdadera es directamente proporcional a la información.

La libertad que han de encontrar los grupos populares en la legislación del futuro se conquistará con la rapidez deseable, en tanto que esos grupos tengan acceso completo a la información objetiva.

No es que existimos por pensar, sino que pensamos porque, de pronto, nos damos cuenta de que existimos.

Periodista es el profesional que sabe defender diariamente su visión cultural con una gran dosis de valor personal, porque solamente en esa fusión puede darse el periodista que merece ser considerado como tal.

VI

Ley y justicia

La ley es producto del Estado, el cual ha nacido para satisfacer necesidades sociales. Una ley que no contemple este fin, es injusta. Pero hay más, la ley no es todo el derecho, pero el Derecho, como valor social, debe buscar satisfacer el orden y la justicia en sociedad.

Dentro de la filosofía socialdemócrata, el Estado debe propiciar normas jurídicas que permitan lograr la justicia distributiva, que se concibe como la búsqueda de una solidaridad permanente.

El verdadero derecho nace de la igualdad: todos los hombres deben ser tratados como iguales. De este modo, el Estado debe, por medio de las normas jurídicas, corregir las desigualdades sociales y económicas entre los diferentes habitantes.

Las leyes deben tener diversos contenidos, pero todas dirigidas a lograr las plenas oportunidades para todos. Este es el sentido que ha de tener presente el juez -entendido como la "sana crítica"- si piensa, a la hora de aplicar la ley, en la lógica, en la conveniencia y, ante todo, en la justicia.

El bien común es el de todos, sin menosprecio de ninguna clase, de ningún sector social. Las leyes formalmente son sanas, pero su aplicación es a veces viciada por abusos, excesos o desviaciones de poder. La ley debe ser aplicada a todos y sin distinción. La socialdemocracia, como ideología política, no puede desconocer el Estado y las normas jurídicas deben tener, como orientación única, el interés social para lograr que el poder político sea realmente democrático.

La ética pública y la ética moral demandan que nadie puede aplicar la norma en beneficio propio. Hacer lo contrario sería entrar al reino de la tiranía.

ENRIQUE ROJAS FRANCO
Doctor en Derecho y
Catedrático universitario.

La norma jurídica para que sea digna de respeto y devoción ha de ser aquella que responda a la satisfacción de una necesidad social.

No habrá una ley en beneficio de las mayorías si esas mayorías no están representadas en los órganos de decisión.

La ley de mercado se puede reducir a la siguiente frase: todo para los de arriba, nada para los de abajo.

La libertad de los pueblos está en el derecho del porvenir, en el orden social deseable que habrán de construir.

En toda sociedad, el derecho es el instrumento de una política. En la sociedad que desea el pueblo, el derecho será el instrumento de la justicia, de la libertad, de la solidaridad y de la paz.

La idea del derecho continúa siendo anterior al derecho positivo, pero no como ficción del derecho natural, sino como consecuencia de la toma del poder por el pueblo.

Con el transcurso del tiempo, la ley que protege un derecho se convierte en ley que defiende un privilegio.

La ley, para que sea aceptable, ha de ser la que responda a la satisfacción de una necesidad social.

La lucha socialdemócrata está dirigida a romper la legislación que oprime para sustituirla por una legislación que libere.

Mientras un hombre con pensamiento de trabajador no esté presente en los organismos de decisión, no habrá leyes que respondan a las necesidades del pueblo.

La estructura de la ley puede necesitar un técnico; pero el alma de la ley es del pueblo.

La ley, o es una cadena o es un poder liberador.

Pero una cosa sí es cierta: si las leyes las hacen los pueblos siempre será en beneficio de la libertad y no de la opresión.

Nuestra lucha es por la ley. Fundamentalmente por la ley del porvenir.

Para el pueblo latinoamericano, la democracia verdadera es la que él pueda construir. Por eso no acepta una institución que no lo proteja ni una ley que no responda a la satisfacción de una necesidad.

El estado jurídico aceptable es aquel que pueda garantizar y solucionar las necesidades de los pueblos.

La libertad para los pueblos está, y estará siempre, en la norma legal que no se ha creado todavía.

Real es lo que existe sin lugar a dudas. Lo real es verdadero, aunque no sea justo. La realidad nada tiene que ver con la justicia.

El régimen político que establece la constitución de un Estado es su legalidad. Pero la legalidad no siempre es una defensa de los derechos fundamentales del ciudadano en una democracia.

Una legalidad que permite la suspensión indefinida de libertades y derechos puede conducir a la más legal violación de los derechos.

Como del mar proviene la vida y del mar depende la vida, reglamentar los derechos del mar es parte de una necesaria inquietud de sobrevivencia.

En nuestro mundo, todo hombre que piensa en la justicia ya está, en cierta forma, en actitud beligerante.

La paz, la paz del hombre y de las sociedades, necesita de una realidad de justicia.

El juez, para que lo sea de verdad, es un hombre que conoce la ley, que la aplica porque tiene facultad para ello. Pero debe entender que en esa aplicación está de por medio un alto principio moral del cual depende el equilibrio de la sociedad.

El fin del derecho es realizar la justicia, base fundamental de la paz en la sociedad.

El derecho no es solo la norma que organiza y sujeta, sino el principio que inspira y sirve de guía a todos los hombres.

El abogado que somete su actuación a ese fin señalado, es posible que no llegue a ser un próspero hombre de negocios, pero nunca será un rábula.

La ley es el producto de la presión. Y dependiendo de quién presiona, puede convertirse en una presión más.

Cuando pidamos justicia, pensemos que la democracia tiene energías propias que nos permiten creer en la posibilidad de realizar los mejores proyectos por los no siempre fáciles caminos de la paz.

Del compromiso de mantener el régimen jurídico saltamos a la obligación de reformarlo.

En la representación tradicional, toda ley era voluntad popular, pero toda voluntad del pueblo no era ley. Hoy, organizado el pueblo, está en capacidad de convertir su voluntad en ley, o de imponerla, aun cuando no se convierta, jurídicamente, en ley.

La igualdad económica y social no existe. Por esta razón, cuando hablamos de luchar contra la pobreza, estamos hablando de terminar con el desequilibrio social mediante leyes que sean, asimismo, desequilibradas.

La sociedad desigual, si piensa en una justicia para todos, debe aprobar leyes desiguales.

Ante la protesta del público por una sentencia, un juez norteamericano manifestó: “La ley es el débil intento del hombre por codificar la decencia... y la decencia es lo que sus abuelos enseñaron a sus padres”.

Es posible que en Costa Rica, ahora, sea de imprescindible necesidad volver a escuchar a los abuelos porque pareciera que es procedente, otra vez, codificar la decencia espiritual de la nación, aquella actitud colectiva de dignidad, tanto en los actos como en la palabra.

Ha sido principio consagrado por nuestra legislación y la costumbre política nacional, la presunción de honradez de un ciudadano mientras ante un tribunal no se pruebe lo contrario. Pienso que este principio es sagrado y no se debe violar jamás ni aun en nombre de una sana intención de aclarar graves desviaciones hacia la arbitrariedad de ciertos sectores sociales.

Desde el punto de vista institucional, el delito que comete un miembro de los supremos poderes puede causar conmoción social pero, bien conducida la investigación por las vías legales, no destruye la institución. Lo que sí causa serios daños y, en ocasiones, irreparables, es el escándalo que se monta a propósito de la comisión de un delito.

Pero, además, un escándalo de esta categoría acarrea una consecuencia negativa, y que es la posible malicia que nace del propio escándalo, lo que podría inducir a muchas personas a pensar que entre los defensores de la moral, se ha infiltrado algún diablillo revestido con la casulla que perdió por su camino algún despistado abate.

La democracia se gobierna tanto por la legislación positiva como por la ley no escrita que todos conocemos por la conciencia que tenemos de la vergüenza que acarrea su transgresión.

No todo lo moralmente bueno es esencialmente justo.

Pero el bien tiene que ver directamente con la justicia. Quien hace el bien es justo y hace justicia.

El gobernante que se preocupa por hacer el bien común, se apega a las normas estrictas de los principios generales del derecho y a valores universales de la moral.

Tal vez la justicia, en su máxima expresión, sólo consiste en la preocupación por hacer el bien, para lograr el bien común.

En democracias demasiado apegadas a la ley pero que presentan realidades de gran pobreza y desequilibrio social, bien podemos pensar que alguien ha secuestrado la justicia para esconderla en la ley.

Una ley que acumula injusticias durante mucho tiempo provoca el desorden.

Llega un momento en que no se puede aceptar que el aplicar la ley está por encima de la estabilidad social.

Ningún juez, con buen sentido, puede aceptar la siguiente interpretación extrema de la ley: “Hágase justicia aunque perezca el mundo”.

El objetivo democrático no es la ley, como estructura, sino la justicia y la moral.

El buen gobernante labora con una legalidad que recibió y con otra legalidad que debe crear. Este es el valor básico de la democracia y el eterno principio de ayudar a los que sufren injusticias.

Donde hay sociedad democrática, hay derecho; pero no hay derechos sin poder ni poder sin derecho.

La ley debe ser el reflejo de la realidad social en el momento de ser promulgada. Es una norma para esa realidad. El derecho debe ser un ordenamiento jurídico para una época determinada.

Al envejecer la ley, pierde consistencia porque su lógica es directamente proporcional a su tiempo.

Una ley que se quiera aplicar cien años después de promulgada, seguirá siendo ley, pero posiblemente ya no sea derecho.

El derecho es un ordenamiento normativo, conjunto de disposiciones, consecuencia del poder legítimo, que reglamenta las condiciones de convivencia de la sociedad y que permite el concierto, el hacer las cosas bien para lograr la paz.

El derecho es la espiritualidad de la ley, su alma, el ideal que en esa ley dejó impreso el legislador.

El derecho es ley escrita promulgada; pero entendiendo que, al perder la ley su propia realidad, deja de ser derecho.

Una ley, fuera de su propio tiempo, no puede garantizar la necesaria sobrevivencia de la sociedad. Por lo tanto, no podrá ordenar las cosas bien ni asegurar la paz.

En el Estado moderno, el derecho se identifica con la ley pero, con el transcurso de los años, no siempre la ley se identifica con el derecho.

La gran tragedia de algunos jueces está en que, al interpretar la ley, solamente la aplican, dejando fuera el derecho.

Solo el derecho garantiza la justicia. La ley, en ocasiones, nada más la señala.

La dirección legal hacia la justicia ha de encontrarla el juez porque solamente así puede abrazarse con el derecho.

Cuando la ley ya no señala el sendero de la justicia, perdió toda razón de ser; está fuera de tiempo y de lugar.

El Estado es producto de la ley y la ley consecuencia del Estado. Un ordenamiento jurídico que sirve de estructura a un Estado, pero que ha dejado atrás al derecho, es Estado, pero ya no es de derecho, aun cuando el orden jurídico se mantenga vigente.

En algunos países el derecho lo define la jurisprudencia, por lo que el derecho es la decisión del juez y no el resultado de la norma.

En países como el nuestro, el derecho siempre ha de ser producto de la ley y no de la sentencia del juez. El juez aplica, pero no crea.

Cuando no existía derecho escrito, el juez interpretaba la costumbre y creaba el derecho. En el Estado moderno, la ley es la fuente del derecho y lo resguarda por un tiempo determinado, pero luego se le escapa en busca de una nueva ley. Mientras tanto, el juez aplica la ley, pero no el derecho.

La ley, oportuna en su tiempo, ampara el derecho y garantiza el equilibrio y la coherencia. Cuando la ley queda fuera de época, produce el desorden y la violencia porque en ella el derecho ha desaparecido.

El legislador que no tiene preocupación por el derecho traiciona al pueblo y quiebra la esencia misma de su mandato.

Una ley sin derecho incita al juez a crearlo, invirtiendo los fundamentos generales de la democracia.

La Sala Constitucional, pretendiendo sustituir al legislador, es una aberración y un trastorno institucional.

El legislador, o dicta la norma oportuna para su tiempo, o colabora con su silencio a destruir el Estado de derecho.

Defendemos solamente aquellos instrumentos legales que el país ha creado para dignificar a los costarricenses.

Para los socialdemócratas la libertad está implícita en el derecho, pero no en el derecho creado, en el derecho positivo, sino en el derecho por crear.

Los socialdemócratas somos un ejército de legisladores, de constructores de nuevas sociedades a través de las reformas legales.

VII

Globalización

Si bien la globalización no puede caracterizarse como un fenómeno completamente nuevo, sí es evidente que los flujos comerciales y financieros en la economía mundial alcanzan una importancia y un dinamismo inédito y que estas transformaciones cuantitativas son de tal magnitud que, de hecho, han provocado una transformación cualitativa: el surgimiento y consolidación de una dimensión supraterritorial de las relaciones sociales, que es a lo que nos referimos cuando hablamos de "globalización". En efecto, desde el punto de vista económico, el aspecto fundamental de la globalización, el que le otorga status propio, es la consolidación de un sistema global de valoración de las relaciones sociales y económicas, que se refleja en la existencia cada vez más definida de lo que podríamos llamar precios globales. Ese es el sentido profundo del estribillo con el que este proceso adquirió carta de ciudadanía en el mundo económico: "*get prices right*", que se convirtió en el mandato para que los países se ajustaran a los criterios globales de eficiencia económica. De esta forma, el proceso de globalización parece estar cuestionando la propia autonomía de los sistemas políticos nacionales, presionando por una nueva unificación de los sistemas de poder, y subsumiendo con mayor fuerza al poder político dentro de la institucionalidad y la lógica del poder económico: el mercado, los precios y la rentabilidad. Es en ese contexto que debemos ubicar el reto que enfrentan los sistemas políticos nacionales de nuestros países latinoamericanos, el reto de defender y reconstituir la democracia como un espacio para la toma de decisiones colectivas a escala nacional, pero con una clara comprensión de que vivimos en una economía cuya dinámica está cada vez menos determinada por lo nacional. Y es un reto fundamental porque de nuestra capacidad para tomar esas decisiones dependerá que la integración de nuestros países con la economía global descansa en ese tipo de crecimiento vía pobreza -*poverty-led growth*- que ha sido tan típico a lo largo de la historia de América Latina, provocando por esa vía una creciente fragmentación y desintegración social interna... o que descansa en nuestra capacidad de reconstituírnos como países socialmente integrados y altamente productivos en los que el crecimiento, las oportunidades y el bienestar alcanzan a todos. Las oportunidades están ahí, pero las amenazas -y los intereses- son más fuertes que nunca.

LEONARDO GARNIER RIMÓLO
Doctor en Economía
Ex ministro de Planificación

Con la globalización hemos perdido valores tradicionales, como, por ejemplo, la soberanía.

Hemos entrado tenebrosamente, es decir, oscuramente, a una etapa cultural muy particular: estamos globalizados.

Estamos reviviendo, a mayor escala, lo que a principios del siglo XX se llamó imperialismo.

Hay bastantes diocesillos de esa economía de la globalización. Pero no podemos, ni debemos inclinarnos, otra vez, ante una nueva máscara de un viejo y renacido imperialismo.

La globalización es una dimensión del canibalismo salvaje.

El marxismo no pudo unir a todos los obreros del mundo para destruir el capitalismo, pero éste se destruirá a sí mismo a través de la globalización, logrando unir a los antiobrereros que son los desocupados.

Durante los primeros veinte años del siglo XXI la humanidad habrá retrocedido doscientos años. Jean Valjean bien podría ser su dios.

Se calcula que para el año 2012 habrá siete mil ochocientos millones de habitantes en el mundo, de los cuales seis mil millones vivirán en la pobreza y la miseria. Esa será la consecuencia de continuar la globalización.

Los globalizadores de la economía piden que desaparezcan las estructuras del Estado para convertirlo en estado-policía que garantice el disfrute de los bienes y la seguridad a la minoría de propietarios.

La globalización no es un fenómeno histórico, consecuencia natural de la evolución de una democracia. Si así fuera, deberíamos recibirla con los brazos abiertos.

La globalización es un ataque a la democracia.

Cuando preguntamos si se está de acuerdo con la globalización, lo que estamos preguntando es si se está de acuerdo con desmantelar el Estado, único defensor que tienen los débiles. Si se está de acuerdo con fortalecer más a los poderosos. Eso es lo que se está preguntando.

Lo que se está preguntando, en fin, es si estamos de acuerdo en terminar con la democracia para que el capitalismo salvaje impere por encima de derechos y libertades de los pueblos.

Algunos dirigentes políticos, de todas partes, de tanto andar con malas compañías, comienzan a aceptar como correcto lo que piensan los dueños del capital financiero mundial.

El pensamiento globalizador se resume así: todo lo que beneficia al empresario beneficia a la sociedad; el pobre sitúese bajo la mesa del glotón, que éste, en un descuido, dejará caer algunas migajas al suelo. De no existir el glotón, el pobre nunca podrá comer.

La globalización fue creada el 27 de setiembre de 1995, por 500 políticos de primera línea y líderes económicos y científicos de los cinco continentes, “para indicar el camino del siglo XXI, en marcha hacia una nueva civilización”.

Esa nueva civilización es totalitaria, pues funciona bajo la siguiente obligación: someternos a todos incondicionalmente a las bárbaras leyes del mercado sin control, a ese nuevo mundo del capitalismo total, dejando atrás moral, principios y dignidades.

No estamos en un mundo liberal sino en un mundo bestial. La sociedad liberal clásica se caracteriza porque crea y permite el mercado, pero, a la vez, lo regula. O sea, que es una sociedad de mercados autorregulados.

El globalizador no ve en las sociedades más que un amplio campo de intercambios, de inversión y de ganancias.

La globalización es un eclipse que ha creado una vasta zona universal de oscuridad, que impide el paso de la luz de la filosofía, de la razón, de la cultura y del humanismo.

El hombre globalizado ha capitulado espiritualmente.

A los millones de trabajadores despedidos, que no tienen posibilidad de trabajar en el futuro inmediato, la globalización no solo les ha robado el pan, les ha robado también la esperanza.

En este mundo, se hace difícil distinguir un caballero de un delincuente, sobre todo cuando éste tiene más capital que movilizar que aquél.

Las deudas internas y externas de nuestros países bien pueden ser adquiridas por el dueño del capital ilegal que, al transformarse en nuestro acreedor, se legaliza y entra a formar parte de los honorables del mundo.

Abraham Lincoln dijo, hace casi ciento cincuenta años, una frase profética: “Eliminad los aranceles y apoyad el libre comercio y nuestros trabajadores serán reducidos al nivel de siervos y pobres”.

Y un destacado banquero neoyorquino manifestó: “Los mercados financieros mundiales son hoy un peligro mayor para la estabilidad que las armas atómicas”.

Y el financista George Soros, que ha hecho grandes negocios financieros, mundiales, pero que prevé el peligro, ha manifestado: “La globalización podría llevarnos a un colapso como el de los años treinta. Podemos tener una economía de mercado, pero no podemos tener una sociedad de mercado”.

Y el economista Jeremy Rifkin, ex asesor de Clinton, ha denunciado que en este siglo xxi el 20% de la población activa bastará para mantener en marcha la población mundial y “el 80% restante tendrá grandes problemas, estamos iniciando una nueva fase de la historia humana, caracterizada por la decadencia del trabajo... El camino hacia una economía prácticamente sin trabajo ya está a la vista”.

La globalización enriquecerá abrumadoramente a este veinte por ciento y empobrecerá, también abrumadoramente, al ochenta por ciento restante.

El sociólogo Ulrich Beck afirma que “los defensores de la oferta y la demanda no son más que fundamentalistas que ponen en evidencia su analfabetismo democrático”.

La obligación del Partido Liberación nacional frente al asalto a la democracia que estamos viviendo, debe ser: 1) recuperar la primacía de lo político sobre lo económico; 2) consolidar un Estado fuerte que defienda al pueblo; 3) confirmar el derecho a un mínimo de bienestar para todos; 4) defender siempre nuestro proyecto político; 5) evitar entregar todo el poder económico a las empresas porque les estaríamos entregando también el poder político; 6) entender que la globalización es una trampa contra la democracia, y 7) unirnos para volver a dar la cara valientemente, decididamente, para que no haya un solo costarricense obligado a reclamar que no tiene esperanza ni ilusión por su futuro.

El fenómeno apreciable en nuestros días es el traspaso que ha hecho el capitalismo de todas las fronteras -geográficas, económicas, legales y sociales-, para convertirse en un proyecto mundial que beneficia, exclusivamente, a los pocos dueños del capital financiero mundial.

Ante la claudicación de los líderes de izquierda, yo digo: el liberalismo actúa como lo que es, la socialdemocracia como lo que nunca debió de haber sido.

Ahora, quienes verdaderamente están votando, están dirigiendo, están gobernando, son los mercados. Cuando el mercado vota, desaparece el ciudadano.

Al observar lo que está sucediendo, casi nos atreveríamos a decir que la democracia se convirtió en un gran tapete verde de una inmensa mesa de juego en donde llegan a depositar sus fichas los mafiosos y narcotraficantes del mundo, revestidos de la más solemne legalidad.

Quien domina los mercados financieros y las redes de información, domina el mundo.

El orden del mundo actual no ha sido transformado por una ideología, una nueva religión o una distinta filosofía revolucionaria, pero sí por una técnica superior a cualquier filosofía, doctrina política o religión.

Históricamente, las revoluciones las hicieron siempre los pobres contra los ricos, los desposeídos contra los dueños de todos los poderes, los hambrientos contra los satisfechos.

Ahora, el nuevo liberalismo ha invertido la historia y plantea una revolución al revés: los ricos le declaran la guerra a los pobres públicamente, descaradamente, reclamando leyes de privilegio: todos los derechos para los poderosos, todas las obligaciones para los miserables.

Ante la globalización, podemos decir: la presencia de los dinosaurios ha ocasionado un preocupante silencio mundial. Y ante ese silencio, de dirigentes, de partidos políticos, concluir meditando: no se aprecia en el horizonte de nuestro tiempo la honda del joven David defendiendo a los buenos por la amenaza de los filisteos.

Ahora nos dicen que la globalización es irreversible, no existe, ni ha existido jamás, un acontecimiento social y político que sea irreversible.

Siempre los explotadores de pueblos compraron tiquete de ida y vuelta.

En el Congreso de los Estados Unidos, José Figueres dijo: “Como no se puede escupir a una política se escupe a quien la representa”.

Pasamos por una época conflictiva y de grandes dudas acerca de lo que debemos hacer y de cómo debemos actuar.

Nos han cambiado nuestros sueños de libertades por la pesadilla de las cosas.

El esfuerzo de hoy, de todos los hombres que piensan, está en la necesidad de recuperar horizontes, que es lo que nos enseñaron todos los grandes que construyeron esta República.

Ni el hombre más poderoso del mundo en este momento, el que tiene capacidad para mover su ratoncito de la computadora y manipular las finanzas mundiales y ganar, en un día, mil millones de dólares, tiene capacidad para arrancar, del corazón de un ciudadano bien plantado, en cualquier parte del mundo, su vocación de libertad y el conocimiento que tiene de ser titular de todos los derechos.

Cuando alguien nos pregunta: ¿qué podemos hacer? debemos responderle: volver nuestros ojos al pueblo, a la única fuente de inspiración que tenemos y debemos tener.

Allí están las ideologías y las verdades totales, en el pueblo y en sus necesidades.

Quien aprende a mirar hacia abajo, pero sabiendo que existe la luz, no se pierde jamás.

¿Qué debemos hacer? Algo sumamente simple pero que casi todos han olvidado: gobernar para el pueblo.

¿Somos socialdemócratas?, ¿decimos que somos socialdemócratas? Pues a luchar por los derechos de los campesinos, de los trabajadores de este país.

Y si alguien nos dice que esto no se puede hacer en este nuevo mundo que nos han globalizado, gritémosle: ¡A la globalización, un pueblo en pie, se la apea de un sombrero, y si es el pueblo costarricense, de un chonetazo!

La violencia social y globalizada está a la vuelta de la esquina. Mañana amaneceremos en medio de una gran explosión.

El economista John Keneth Galbraith dice: “Pasamos por la etapa cultural de la satisfacción. Los satisfechos, en las elecciones, votan por la permanencia de su propia satisfacción, pero en contra de la satisfacción de los insatisfechos. No están de acuerdo con la satisfacción universal”.

“En todas las propuestas de reformas económicas y sociales -dice Galbraith- los opulentos invocaron barreras constitucionales para evitar la necesaria intervención gubernamental en la economía”.

Si el hambriento pide trabajo, es un revoltoso, si el gran empresario despide a miles de trabajadores, es un inteligente hombre de negocios.

Toda opresión causa un miedo distinto y cada miedo origina una diferente violencia.

Si no retrocedemos en busca de un nuevo estado de bienestar, el miedo a la inseguridad globalizará la violencia.

El banquero Morgan, en Estados Unidos, decía que si se destruía a los banqueros se destruía la civilización, ignorando que lo único que destruye una civilización es la imposibilidad de vivir decentemente de las grandes mayorías.

Poco piden los pueblos ahora, solamente un poco de seguridad: tener un pequeño trabajo para obtener diariamente una pequeña comida.

Pareciera que vivimos una época en la cual se hace necesario encontrar una ubicación en el término medio -que no es el lugar del centro- sino el que marca un equilibrio entre una máxima aspiración y un mínimo aceptable, en política como en economía.

En este momento se hace necesario encontrar un razonamiento adecuado a un mundo distinto en el cual juegan papel destacado la globalización, un Estado totalmente desregularizado y la corrupción generalizada.

La globalización ha variado el equilibrio de fuerzas que en alguna medida los países avanzados en materia social habían logrado, al favorecer desmedidamente al capital y perjudicar gravemente al trabajo.

Ni el Estado todo poderoso del socialismo de hace cien años, ni el Estado inexistente del liberalismo actual.

Si la explotación es globalizada, la violencia que tendrá por respuesta también puede serlo.

El capital financiero mundial obliga a los gobiernos a divorciarse de los intereses nacionales, o sea, a abandonar su compromiso con el pueblo. Nace entonces, con caracteres muy vivos, la ingobernabilidad.

Ya no hay oligarquías nacionales tomando decisiones, ahora existe sola una oligarquía mundial, transnacional, consecuencia de la globalización. En verdad, lo que se ha globalizado es la concentración del poder, la capacidad de tomar decisiones a niveles mundiales, marginando casi violentamente a los gobiernos y a las diversas voluntades nacionales.

Cuando el poderoso propone un tratado a los pequeños países empobrecidos, fija de antemano las normas a seguir, por lo que éstos, o aceptan sin chistar, o quedan fuera, en algunos casos bajo amenaza directa.

Ahora nos quieren hacer creer que el mercado, con libertad absoluta y total, es el valor más grande que debemos aceptar y defender porque, supuestamente, los que lo dirigen han sido designados por Dios para cuidar y administrar todos los bienes de la tierra.

Pero pienso que no podemos admitir con ligereza que únicamente es demócrata quien defiende, como precepto de fe, que la democracia solo existe en el país en donde se respete ese falso valor.

Cuando la gran empresa transnacional, cuyo presupuesto es diez veces superior al de todos los países centroamericanos juntos, nos pide, en nombre de la libre competencia, que hay que romper los supuestos monopolios estatales, deberíamos responderle: ¿cómo puede competir libremente un

canario con el gavilán?

La situación es al revés. Cuando la poderosa empresa adquiere la propiedad de un servicio en un país pequeño, por definición, por la propia razón del poder, se transforma en monopolio porque nadie puede competir con ella.

Primero nos pidieron rebajar el Estado a la mínima dimensión de gendarme, derogando toda clase leyes y reglamentos de control y poder. Ahora, ya sin Estado controlador, nos sacan a relucir la total libertad de comercio. Primero, nos desarman y luego nos conquistan. La única forma de evitar que nos traguen, es manteniendo el poder regulador del Estado.

Deberíamos decir: Las leyes de comportamiento comercial las fijamos nosotros porque es la única forma de conservar nuestra democracia representativa y el derecho que cada cuatro años entregamos a nuestros gobernantes, libres y soberanamente, para que decidan y resuelvan.

Decía Weber: “Una extinción del mercado presentaría el despotismo puro y simple del poder burocrático”. Pero yo digo: Una extinción del poder regulador del Estado presentaría el despotismo puro y simple del poder del mercado.

Un buen planteamiento socialdemócrata, en cuanto, a estos temas, podría ser el siguiente: aceptar que la democracia actual no puede prescindir del capitalismo pero, al mismo tiempo, exigir que debe ser democrático y no despótico.

Es decir, un capitalismo que respete las leyes y buenas costumbres de la democracia representativa.

Lo que no entienden los que andan presionando por la libre empresa sin restricciones es que, si quiebra la democracia, quiebra también el capitalismo. A menos que se esté pensando en la dictadura de derecha, dentro de la cual el capitalismo puede funcionar muy bien al tener ambos energías similares.

La codicia desbordada, que es la fuerza del capitalismo actual, se transforma en avaricia y concluirá rompiendo el saco, no puede la democracia sobrevivir si solamente atiende a los intereses del mercado y olvida las necesidades básicas de la sociedad.

Ahora, un hombre de la derecha de un partido de derecha como el republicano de los EE.UU., el señor Kissinger, con relación a la globalización, nos dice algo que pocos dirigentes de la socialdemocracia se atreven a decir: “Es inevitable que, sobre todo en el mundo en vías de desarrollo, haya una sensación de intranquilidad, la impresión de estar a merced de fuerzas que ni el individuo ni el gobierno pueden ya influenciar”.

“Las consecuencias económicas y políticas de la globalización han sido extremadamente graves para los países en vías de desarrollo”.

“Las débiles y quebradizas economías y estructuras sociales de la mayoría de los países en vías de desarrollo son desproporcionadamente vulnerables”.

“Una serie de empresas se integra a la economía global y pasa a manos de grandes corporaciones internacionales. El resto, excluido de la globalización, emplea la mayor parte de la mano de obra con los salarios más bajos y las perspectivas más negras”.

Pero la dirigencia de la mayor parte de los partidos socialdemócratas declaran que la globalización es la salvación de nuestros pueblos y los tratados comerciales que firmamos con los EE.UU. consecuencia de esa globalización, son favores que los gobernantes norteamericanos le están haciendo a los pueblos miserables de América Latina.

En la práctica histórica mundial, cuando una gran potencia solicita a países marginados firmar un tratado comercial, siempre ha sido en perjuicio de los pobres. El poderoso no solicita un acuerdo comercial para perjudicarse a sí mismo. Ni tampoco en actitud fraternal para favorecer a los más necesitados. En materia comercial, la codicia siempre ha pisoteado a la adversidad.

Cuando el representante de los Estados Unidos viene a Centro América y nos dice que ese tratado sólo beneficios traerá a nuestros pueblos, debemos mirarlo con ojos de campesino desconfiado y responderle que mejor vamos a esperar a que se despejen los nublados del día.

Si hay libertad completa, el grande se come al chico y esa ha sido siempre ley de la naturaleza. Libertad completa de los espacios pide el halcón, pero la paloma entiende que esa libertad va en contra de su propia libertad y de su vida. Ningún halcón pide libertad para proteger a la paloma.

En el derecho internacional público deberían existir cláusulas de estricto cumplimiento, en las cuales se establezca que los pequeños también tienen acceso a la propiedad de ciertos bienes que los grandes deben respetar. Y ha de ser así porque la sociedad humana no puede regirse por leyes naturales de la selva.

Todavía estamos en una época en que la libertad de comercio que pide el poderoso es para su propio beneficio, realidad que deben entender los países marginados para poderse defender.

Por solo el hecho de que un gobernante como George W. Bush está proponiendo este tratado, debemos desconfiar, ya que cada cual tiene cara de lo que es. ¿Tiene el señor Busch buenas intenciones, de ayuda, de solidaridad para los indios centroamericanos? Solo un liberal muy dogmático, un bobo o un vivo, dicen que sí.

Ante ese tratado, solamente debemos preguntarnos: ¿Se trata de un acuerdo comercial que verdaderamente garantice el tránsito equitativo de bienes y servicios o, por el contrario, detrás de este tratado se encuentra una potencia mundial abriendo rutas de paso, como puentes hacia verdaderos mercados?

¿No está totalmente claro que Estados Unidos no renunciará a su ayuda proteccionista para los agricultores norteamericanos? Y si esa ayuda se mantiene, ¿cómo puede decirse que entramos en una leal competencia entre sus productos y los nuestros?

Son crudas realidades y dudas sumamente razonables. No estamos contra Estados Unidos, pero sí contra la política exterior del presidente Bush, un señor que no le debería merecer confianza a ningún ciudadano del mundo.

No nos merece fe la propuesta de apertura en el ramo de las telecomunicaciones porque, en esa petición, apertura se equipara a entrega incondicional.

VIII

Moral

Cuando se habla de moral en la política, lo más frecuente es que las personas se refieran al tema de la corrupción, a la utilización del poder político para obtener riqueza y hay razón para que así suceda puesto que muchos de quienes han alcanzado posiciones de poder por la vía democrática o por la de la fuerza, han saqueado la hacienda pública o han utilizado el poder político para construir sus fortunas. En el mundo entero, en regímenes de todos los signos políticos y en todos los tiempos abundan funestos ejemplos de malversación de los dineros del pueblo y abuso del poder. Estas acciones constituyen hoy en día delitos penalizados debidamente por la mayoría de los Códigos Penales: malversación de fondos, tráfico de influencias, peculado, negociaciones incompatibles, son conductas tipificadas y penalizadas en la mayor parte de los países. El reto, entonces, es que la aplicación del rigor de la ley sea una realidad. Es procurar la desaparición de castas que se vuelven intocables so pretexto de poseer poder político. La valentía es la exigencia de la moral política en este aspecto.

Sin embargo, no se puede restringir el concepto a ese campo delictivo. La moral política encierra una idea mucho más amplia, La moral política tiene que ver con los fines y los propósitos por los cuales se aspira a acceder al poder y con su cumplimiento. Y esos fines y propósitos no pueden ser otros que la construcción de una sociedad libre, solidaria y equitativa. El fin último de la acción política ha de ser el ser humano, ha de ser la creación de condiciones y de oportunidades para que las personas, todas, mejoren su calidad de vida, conforme los adelantos de la civilización lo van permitiendo. Ha de ser la creación y distribución de riqueza para que la ciudadanía entera disfrute de salud, educación, vivienda, dentro de un ambiente de respeto absoluto a sus derechos humanos.

Cualquier acción y omisión, ya sea administrativa, legislativa o del ámbito de la administración de la justicia, contrarias a esos fines, son contrarias a la moral política, idealismo, trabajo y congruencia son las exigencias morales en este segundo aspecto.

CARMEN MA. VALVERDE ACOSTA
Sria. General del
Partido Liberación Nacional
Filóloga, ex diputada

El pensamiento está íntimamente ligado al sentido moral que la forma de vida nos impone. Por eso, un burgués piensa como burgués y un obrero como obrero.

Ideología política y moral bien pueden considerarse como categorías históricas.

La moral no se inventa, se encuentra. La ideología no se crea, se descubre.

El principio elemental, el origen básico de un necesario planteamiento ideológico y de un adecuado comportamiento moral es admitir que mantenemos un determinado grado de explotación.

Los derechos del pueblo están en contradicción con los derechos del burgués. También la moral del derecho burgués es distinta a la moral del derecho proletario.

Es posible que el objetivo no esté en encontrar una moral para imponerla a un grupo gobernante sino en encontrar a un grupo gobernante con una moral aceptable.

Tal vez lo que no producimos es una capacidad en las esferas de decisión respaldada por una actitud moral que permita gobernar decentemente.

Por sí mismos, los principios no son capaces de crear una actitud moral respetable en los gobernantes.

La moral, el gobernante la encuentra cuando aprende a mirar hacia abajo y no hacia arriba, hacia el pueblo y no hacia la burguesía.

Todo lo que una sociedad va creando, como estructura y costumbre, se legitima de tal manera, que llega a ser como la única forma de vida que esa sociedad debe aceptar.

Pero debemos tener presente que esa justificación defiende la moral que impera en los sectores dominantes.

La legitimidad que da consistencia al gobierno de los pueblos, no es solamente legal; también es moral.

La miseria, la ignorancia y la explotación le dan al hombre un tipo de lógica»y una clase de moral que le impiden cambiar el vicio por la virtud.

Tiembla la conciencia de los pueblos cuando a un científico que fabricó la bomba fl, se le ha concedido el Premio Nobel de la Paz.

La conciencia es una propiedad espiritual del hombre que le permite tener conocimiento para apreciar el bien que debe hacer y el mal que puede evitar.

Para poder encontrar un asidero de verdades profundas, el joven de hoy, altamente preocupado por los problemas sociales, no debe permitir que nadie se constituya en su propia conciencia.

Debemos aprender que nuestro punto de orientación, siempre, debe ser nuestra conciencia y, en ella, lo que de conciencia histórica podamos tener.

En ciertos ambientes políticos es difícil hablar de moral, no porque estén en juego principios éticos fundamentales, sino porque está en tela de juicio la inteligencia.

El obrero y el campesino nunca hablan de su moral, no porque no la conozcan, sino porque la dan por sentada como categoría espiritual de su propia clase.

Según nuestra capacidad económica, así será el filtro que tengamos a mano para juzgar a la sociedad. No digo que hay filtros buenos y malos. Solamente afirmo que son distintos.

Un juez ha dicho: “No existe un derecho constitucional para morir”. Pero el guerrillero que lucha conscientemente por un ideal, viola la ley haciendo efectivo el derecho a morir con dignidad.

Ateo no es quien no cree en Dios sino el que niega la existencia de Dios.

Cuando el ateo manifiesta que no cree en Dios está en conflicto con su no creer.

Cuando un hombre afirma frecuentemente que es muy honrado, de inmediato respondemos: no tanto cuando lo afirma. Y cuando un hombre afirma todos los días que él es un consumado ateo, de inmediato respondo para mí: no tanto cuando lo afirma.

Pareciera que los hombres hemos necesitado siempre de la hipocresía para mantener el equilibrio de las apariencias aceptables.

La inmoralidad es aceptable en el tanto en que no llegue a las páginas de los periódicos. Pero cuando se publica, ya ofende nuestros principios.

La transgresión de la moral en nuestras sociedades se califica, no por el vicio que tengamos, sino por la publicación que se hace de ese vicio.

En ocasiones el moralista se convierte en un mojigato que ampara la hipocresía y se hace cómplice de cierta ramplona gazmoñería.

Pareciera que siempre necesitamos de la estrella para evitar rendirle culto al sol; de un hombre, para no pensar demasiado en Dios.

El valor de un hombre puede medirse por su voluntad para enfrentarse a las pequeñeces y mentiras de su tiempo.

Y que con otras palabras lo expuso así, hace unos años, un profesor: la libertad individual determina la responsabilidad personal, y esa responsabilidad no podemos disminuirla por supuestas influencias sociales.

El sentido moral, la actitud moralizadora es universal. Lo que varía es el grado y el enfoque, según la civilización y las costumbres.

En una perspectiva de acción, algunas iglesias y ciertos sacerdotes progresistas, pareciera que

abandonan una teología sin hombre para abrazar una antropología con Dios.

Mal debe andar la conciencia nacional cuando han brotado tantos doctores especialistas en hermenéutica moral.

Entre la lógica del tiempo y la moral de los principios, el temor y el valor juegan su papel.

Somos el producto de nuestro valor y de nuestro miedo antes que resultado de los conceptos y la moral.

Como dice una canción popular reciente, apenas si alcanzamos a ser nuestra “miedosa valentía”.

La moral de un país se mide por la proporción de los ciudadanos que no pagan correctamente los impuestos.

Cuando se resquebrajan los fundamentos del hogar, se tambalea la sociedad, pierde punto de mira una nación.

Al político, la simple insinuación contra su honor, ya le perjudica.

Nadie necesita una placa para que la posteridad reconozca su virtud. El patriotismo no necesita placas.

Cada época tiene un temor que nos persigue. Sócrates dijo, “Conócete a ti mismo”, y en esto queda comprendido, naturalmente, el “conoce tus miedos”.

Quien denuncia la deshonestidad del funcionario público pero guarda silencio por la injusticia social que vivimos, no es un hombre moral.

Existe una moral del privilegio, que es siempre una moral de defensa y una moral de las necesidades sin satisfacer, que es siempre una moral de ataque, que es democrática, porque tiende a romper el privilegio.

En la producción, como todo en la vida, deben existir principios morales fundamentales que se deben respetar.

Es peligrosa toda forma descontrolada de producir porque hay bienes que se producen a costa del hambre, la miseria y la muerte de millones de seres humanos.

Una forma de producir que no sea en beneficio, goce y disfrute de todos los hombres, es contraria a la moral.

La democracia se sustenta en un concepto estrictamente moral. Cuando el pueblo pierde totalmente la fe en sus gobernantes y en la institucionalidad imperante, se derrumba la base moral que le sirve de sustento.

El Estado no define ni defiende la moral. Somos nosotros, los individuos, los que tenemos un concepto de la moral que nos sirve, fundamentalmente, para defendernos de nosotros mismos.

La tentación del hombre es a retroceder hacia la arbitrariedad. Todos diariamente tenemos

intenciones de cometer actos ilegítimos y contrarios a los principios morales. Es una fuerza permanente que nos tira hacia atrás. La diferencia entre un hombre moral y otro que no lo es, está en que el primero no cede a esa fuerza que lo impulsa a regresar y el segundo sí.

Con relación a la corrupción, escuchamos con frecuencia afirmar que es un asunto de partidos políticos. Y así, no pocos dicen: Si los liberales gobiernan, no hay corrupción, si lo hacen los socialdemócratas, sí la habrá.

Por esta razón, un destacado periodista liberalísimo, manifestó: “Mientras menos poder tenga el Estado para asignar recursos, menos será la tentación corruptora. Hay que podar la discrecionalidad de los funcionarios”.

¿Y si la delincuencia la apreciamos, como la estamos apreciando, en la empresa privada, tendríamos que afirmar, entonces, que se debe limitar el poder empresarial al mínimo, reduciendo la disposición de recursos a los ejecutivos, podando toda discrecionalidad, para terminar así con la corrupción?

Este no es un problema de partidismo político: la corrupción no aparece porque la socialdemocracia promueve un control estatal mayor para evitar la excesiva concentración de poder económico en pocas manos.

El mal no está allí, en ese necesario y justo control, como no terminará tampoco porque pongamos fin a esa filosofía política y abramos las puertas a la primitiva oferta y demanda en el trabajo, en el comercio, en la industria y, sobre todo, a la explotación.

El aumento de la delincuencia no tiene su origen en una ideología política: es más profunda, y tiene raíces que los sociólogos políticos deben descubrir.

De nuevo salta el interés y la necesidad de establecer, pero ahora universalmente, principios elementales de ética porque hay que promocionar, otra vez, el bien común.

La proyección social del Estado depende, en gran medida, de la calidad moral de los particulares.

Pero hay otro tipo de moral que esa sociedad mantiene en forma latente y que es la moral del explotado.

IX

Valores

La humanidad vive una época contradictoria, dual en buena medida de progreso, en buena medida de confusión y crisis.

Se trata de un periodo tan fluido que no se ha podido definir bien, algunos lo llaman post industrial, otros post modernista. En fin, que lo que queda claro es que vivimos una época llena de contrastes, de avances y crisis, que parece ser un largo periodo de transición. Pero insisto, no se conoce el destino de esta transición.

La globalidad, como hecho aceptado, incluye velocidad en los cambios, nuevos mecanismos y masivos flujos de información, y ante esa nueva realidad, los seres humanos parecen estar desamparados, a veces inciertos, otras tensos, lo que los lleva a actuar constantemente, muchas veces en una actividad febril en todos los ámbitos del quehacer humano. El activismo en la música, en el trabajo, en el deporte, en el transporte y movimiento que se vuelve un objetivo en sí mismo, se mueven, se agitan de manera frenética.

Lo que no parece estar claro es el rumbo hacia el que se va... Y menos aun cuando se desconocen los valores que sustentan esa febrilidad. Es un frenetismo físico, estresante, tenso, vibrante, soberbio a veces, sin sentido holístico.

Por esa razón para los que luchamos por ciertos valores, los que se encuentran en el quehacer intelectual, espiritual, o que tienen una actividad profunda y humanística ante la vida, el tema de los valores es crucial para comprender y actuar en la sociedad contemporánea.

Si el tema de valores tiene gran relevancia en el plano individual, todavía es mayor su importancia cuando se quiere influir positivamente en el devenir de la sociedad, buscar y ofrecer alternativas de desarrollo cultural, económicas y sociales.

En esa perspectiva, los valores son esenciales en la vida de las organizaciones, de los partidos políticos, del funcionamiento de las instituciones.

En ese sentido, la noble acción del ser humano en los sistemas políticos, por medio de agrupaciones y partidos políticos, solo se explica y sustenta en los valores fundamentales que atraen y comprometen a los asociados y partícipes de la organización.

LUIS GARITA BONILLA
Doctor en Economía
Catedrático

Ex Rector de la Universidad de Costa Rica
Ex Presidente del Colegio de Ciencias Económicas de Costa Rica

Los valores son una consecuencia del desarrollo natural de las sociedades y factores representativos de una cultura, de una civilización.

Los valores no se pueden universalizar porque no es aplicable una misma escala de valores para varias civilizaciones.

Con el cambio del sistema de producción nacen ideologías con valores propios que suplantán los sacros valores tradicionales, encontrándonos, así, con nueva moralidad.

Tal vez, lo que debemos apreciar es el cambio de valores de una sociedad a otra, de una forma de vivir a otra completamente diferente.

El advenimiento de nuevos tiempos trae consigo un proceso de desadaptación de los valores tradicionales.

No tenemos capacidad para adaptarnos al cambio con la misma velocidad con que éste se opera.

Los significados espirituales y religiosos son los valores propios de una cultura.

Históricamente, en Costa Rica, el ciudadano se formó en la escuela, sede de reproducción de los valores y orientaciones sociales.

El hombre moral y el ciudadano consciente, aprendieron en la escuela costarricense la costumbre de ser demócratas.

De esta manera, la escuela costarricense ha sido un aparato al servicio de la ideología democrática.

La estabilidad política que tenemos es un valor en sí mismo al que todos tenemos la obligación de defender.

¿Qué es lo que debemos enseñar a los niños en las escuelas desde el punto de vista de los valores de una cultura que se transforma aparatosamente todos los días?

En la sociedad moderna los valores privados cambian constantemente. ¿Podemos decir lo mismo de los valores públicos o nacionales? ¿Qué sucede con la libertad, la solidaridad, la justicia, la paz y otros más que podemos considerar como valores superiores?

La ley en una democracia es valor si está al servicio de los pueblos. De esta manera» la libertad que contienen esa ley es valor si el marco que la delimita permite su disfrute a toda la sociedad.

Los valores superiores están íntimamente vinculados a la ley, pero no precisamente a la ley que forma el derecho positivo, sino a la ley que se ha de dictar. La libertad, los derechos y todos los valores, son el derecho del futuro, el orden político y social deseable.

Y esto es así, porque todos los derechos y valores no son tanto una condición como un proceso. No

son, sino que van siendo.

No es posible recuperar los valores tradicionales de una sociedad campesina para mantenerlos en la sociedad urbana actual.

La Costa Rica rural desapareció totalmente, y con ella, toda una manera de vida que no volverá jamás.

No podemos volver a la yunta de bueyes y a la cocina de leña.

¿De qué campesino estamos hablando ahora y de cuáles valores? Se nos fue nuestra Costa Rica idílica y bucólica. La podemos llorar, pero jamás volverá. Es la ley de los tiempos, de nuestros tiempos.

El tiempo marca valores y el espacio también.

No obstante, debemos pensar que hay valores permanentes, pero siempre como aspiraciones, y que son los que produce nuestra propia etapa cultural.

El profesor español Gregorio Peces Barba afirma que los valores superiores de un ordenamiento jurídico son la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político, pero que “justicia” debería ser el valor superior porque tiene como contenido material los conceptos de “libertad” e “igualdad”.

Los valores superiores indicados representan la síntesis liberalismo-socialismo como las grandes ideologías que están en la base de la democracia moderna.

El derecho es un fenómeno cultural que aspira a realizar unos valores.

La cultura define valores superiores; si el derecho los recoge los eleva a objetivo de la ley, por lo que el derecho pasa a ser la máxima expresión cultural de un pueblo.

El ordenamiento jurídico que contiene valores superiores, mantiene en alto el ideal ético, ese necesario contenido moral del Estado y de la sociedad.

De esta manera, el valor superior es siempre un valor a realizar, como la misma democracia y todo lo que ella representa.

El valor, los valores de una sociedad, así entendidos, son valores, no para rescatar un pasado sino para conquistar el futuro.

Vivimos una época de difícil interpretación para los viejos que no podemos desprendernos de nuestros valores heredados, a la par que nos sentimos incapaces de transmitirlos a nuestros hijos.

Para los jóvenes, sus valores culturales no han nacido todavía.

Es un mundo tan confuso que se nos quiere hacer creer que es mejor hacer un negocio que defender un valor cultural.

El mundo de los valores siempre está más allá de los objetos.

Para algunos costarricenses, la patria es la bandera, el himno nacional y un territorio que no pertenece a quienes verdaderamente cultivan la tierra.

Pero en dimensión nuestra, de personas que no estamos conformes con una realidad de miseria y de explotación, la patria está prendida de la ansiedad y de la esperanza de los pueblos.

Antes que presente o pasado, patria significa futuro.

En alguna forma, el término de patria viene de padre; pero, en el fondo, significa descendencia.

La patria, más que lo que nos han dejado nuestros padres, significa lo que dejaremos a nuestros hijos.

Si patria es un concepto de nacionalidad, de pueblo vinculado a un territorio y a una tradición, en esencia, es la relación consciente que ese pueblo tiene con sus más auténticas ansiedades y esperanzas.

Para nosotros, el concepto de patria ha de tener una marcada inquietud bolivariana: “como una verdad dinámica en la cual se conjuga el aliento de todos los instantes de su vivir”.

“La patria es un deber de consecuencia con su tiempo y con su medio; consecuencia con su generación”.

Así, la patria es el pueblo, la totalidad social de la cual se procede y a la que se debe servir con preferencia.

El sentido patriótico ha de tener una vinculación ética fundamental.

“El hombre, de honor -decía Bolívar- no tiene más patria que aquélla en que se protegen los derechos de los ciudadanos y se respeta el carácter sagrado de la humanidad”.

La patria es territorio, es tradición y es amoroso recuerdo pero, más que todo, es sacrificio, es entrega y pueblo con disfrute de derechos.

La patria ha estado presente siempre en toda la expresión espiritual de un pueblo en su lucha histórica por la libertad, la verdad y la vida.

Si es cierto que la democracia comienza con la palabra tolerancia, los intelectuales tenemos que entender que en nuestras sociedades todavía es un delito pensar, y más delito todavía sentir y mantener consecuencia con lo que se cree.

Tolerar no es solamente permitir. Es reconocer el derecho que tiene otro hombre a pensar en forma distinta a como pensamos nosotros.

“Mi hermano el turco, mi hermano el chino, mi hermano el judío, mi hermano el siamés”, dijo Voltaire.

La máxima virtud democrática es la tolerancia. Aunque sintamos repulsión por lo que los demás piensan o crean, si respetamos y consideramos ese pensamiento y esa fe, somos tolerantes.

El asenso en cualquier etapa de la democracia lleva implícito un grado de consenso con la tolerancia.

Los conceptos morales, políticos y económicos siempre son relativos.

Pareciera que nuestra época está marcada por una acción sobre los valores negativos. Nos hemos colocado la coraza de los antivalores. Nos definimos por lo que no somos.

La solidaridad es un grado de avance social y de engrandecimiento espiritual.

La solidaridad se mide muy bien en la institución que vela por la salud y cuyo lema podría ser: aquí reciben servicios aquellos que han contribuido y aquellos que no han contribuido del todo.

Tolerancia religiosa la define nuestra Constitución Política al admitir que se permite “el libre ejercicio de aquellos cultos que no se opongan a la moral universal ni a las buenas costumbres”.

Sin embargo, no faltará quién sostenga que una religión inventada en los Estados Unidos, basándose en manifestaciones alucinógenas provocadas por el uso de la LSD, no se opone a la moral universal ni a las buenas costumbres.

La única forma de demostrar la buena fe del acusante en asunto de interés nacional es que éste, previamente, nos abra las puertas de su casa.

Vivimos de los valores que inventamos. En una civilización de mentiras, somos seres imaginarios que necesitamos de una ficción que nos sirva de respaldo en nuestro mágico mundo para mantenernos en pie.

Lo dijo una vez mi amigo Milton Salazar al preguntarle al Presidente de la Corte Suprema de Justicia: “Señor Presidente: ¿conoce usted de una verdad que expresada públicamente no sea considerada como una injuria o una calumnia?”.

Pocos valores hay tan controversiales como los morales y democráticos; por esta razón necesitan de la pública y constante discusión y controversia

Hay que discutir verdades relativas para encontrar fundamentos estables.

La intolerancia es como un virus que se oculta un tiempo, pero se manifiesta en el momento en que haya clima apropiado para reverdecer. Por eso, el demócrata siempre ha de estar en guardia contra la intolerancia.

Miles de libros prohibidos y quemados; millones de personas guillotinas, fusiladas, ahorcadas, exterminadas, quemadas, por no estar de acuerdo con los que administraban la iglesia o con los que administraban el Estado.

Pueblos partidos en dos, fascista una parte, democrática la otra; o protestante la primera y católica la segunda, pero todos dispuestos a partirse el cráneo si no se aceptaba su verdad política o su fe.

Dos frases históricas de intolerancia: Religiosa: cuando se dictó una orden pontificia para “combatir contra todo lo que ha sido pensado y llevado a cabo fuera de la Iglesia”, y Política: cuando el fascista despótico y prepotente manifestó: “Cuando me hablan de inteligencia, saco el revólver”.

Y una frase de tolerancia total. De Benjamín Franklin, quien al emitirse la constitución norteamericana manifestó: “Creo en lo que aquí está escrito, pero pienso que podrían no ser verdades absolutas”.

El aprender a razonar, y algo de razón tiene que haber en la fe, lleva implícito el siguiente límite: “El triunfo de una verdad no debe cerrar el camino al fatigoso proceso por medio del cual se alcanza la verdad”,

¿Y cuál sería el razonamiento aceptable en cuanto a religiones y doctrinas políticas? Uno, y solamente uno: definiendo mi fe Y creo En mi verdad, pero acepto Y tolero que otros piensen lo contrario.

Los valores que heredamos de nuestros padres han quedado perdidos en los vericuetos de la desorientación ideológica, la pobreza que nos invade, la rampante inmoralidad, las crecientes necesidades que la propaganda comercial nos impone y los partidos políticos que no saben qué deben hacer frente a una realidad distinta.

La eficacia, el beneficio y el utilitarismo en que se fundamenta el capitalismo actual, no son los ejemplos de una sociedad integrada en los valores de la democracia.

Base de la tolerancia es la siguiente ley: defendamos lo que creemos con honradez y valentía, pero pensemos que podemos estar equivocados.

No debemos seguir permitiendo que el comercio y el afán de lucro internacionales nos destruyan, cambiando nuestra autoctonía por valores importados que distorsionan sensiblemente todo lo que nos da consistencia espiritual.

La libertad política prospera cuando en un país se permite la tolerancia como práctica de toda relación social, como costumbre.

En buena doctrina, el liberalismo aceptó la legitimidad de opiniones opuestas, al admitir que bien puede tener razón quien no concuerda con nosotros.

Somos tolerantes en el tanto en que podamos creer que la verdad no siempre está dispuesta a acompañarnos en nuestra concepción intelectual.

Y hasta el espiritualismo religioso sostiene ahora que varios caminos pueden conducir a Dios, y no solamente la vía de una religión.

Largo camino ha tenido que recorrer la humanidad para llegar a esta conformidad, al armónico acuerdo que ha producido la razón por encima de toda clase de pasiones y fervorosos preceptos.

Que ha sido el mismo sendero para alcanzar la democracia. El principio del gobierno de las mayorías tiene por base la tolerancia. Admitimos, toleramos, que la mayoría debe gobernar. Se elige a quienes han de dictar las leyes y todos, después, estamos dispuestos a someternos a ellas aún cuando no las aceptemos.

El concepto de respeto a la ley, de gobernar según la legislación aprobada, es ejemplo de máxima tolerancia.

También el pluralismo político es parte esencial de la democracia en la actualidad, consecuencia de esa sabiduría que excluye la solución única, sustituyéndola por la existencia de varias opciones. De esta manera, el pluralismo se convierte en tolerancia cuando acepta que no hay una sola verdad.

El dogma levanta la bandera de la única verdad, el pluralismo político supone la concurrencia, con la propia, de otras corrientes filosóficas y políticas. Toda pretensión de exclusividad es antidemocrática.

La libertad política se da cuando aceptamos el pensamiento distinto y la posibilidad de que pueda triunfar, y cuando hemos terminado con la presencia de un pensamiento único con pretensiones de tomar el poder.

Entender esto es algo así como adquirir conciencia de nuestra propia conciencia que es, según un principio de filosofía oriental, facultad propia de los sabios. Y, en lenguaje democrático, sabiduría suprema de los pueblos.

Tolerar no es solo permitir, es también una actitud de diálogo con aquellos que son diferentes. Y también, una decisión de rectificar cuando consideremos que nos hemos equivocado. El Papa Juan Pablo II dio lección de tolerancia cuando solicitó perdón, en España, por los crímenes y errores de la Inquisición, y al mundo, por las sentencias aberrantes y persecutorias del Santo Oficio.

Los valores nacen y desaparecen con el nacimiento y desaparición del último objeto técnico producido.

Derechos

Los Derechos Humanos están íntimamente unidos a la condición del ser humano, no se puede ser libre si estos derechos no existieran, como lo estableció la Convención Americana de derechos humanos que se celebró en Costa Rica en 1969.

Además del derecho a la vida, contamos con los derechos políticos, económicos y sociales, a los que se unen los culturales y los del ambiente. Estos últimos garantizan a las futuras generaciones un mundo donde el ser humano pueda contar con una educación que le permita ganarse la vida dignamente, a lo que se le agrega en el mundo contemporáneo la necesidad de cuidar el medio ambiente, no sólo para que la humanidad pueda sobrevivir sino para poder respirar aire no contaminado.

En esta gama tan amplia de los derechos del ser humano, creemos oportuno destacar que la Ley Fundamental de enero de 1825 dedicó los primeros títulos a los derechos del ciudadano, algo totalmente inusual en aquella época. Además, abolió los fueros militares y eclesiásticos y sentó el precedente de que todos deben ser juzgados por una misma ley, sin distinción del grupo al que pertenecían. Cuando se creó el ejército y se restableció el fuero militar, ya habían pasado 10 años y los costarricenses se habían acostumbrado a tener una sociedad más inclinada a lo civil que a lo militar. Fue esto lo que permitió al final la abolición de la pena de muerte en 1882, y en el siglo xx la defensa a la vida que se hizo en la Constituyente de 1917, el Código de Trabajo y las Garantías

Sociales en la década de los cuarentas y el perfeccionamiento del Habeas Corpus en la Constitución de 1949, además, claro está, de las instituciones que tenían como objetivo velar por la seguridad social.

Así, a pesar de las flagrantes violaciones y hecatombes que presenció la humanidad a través del siglo xx, fue sin duda el siglo de gran avance en los derechos humanos. Hubo un adelanto espectacular cuando se generalizaron para los varones y se les otorgaron a las mujeres y a los niños. Algunos dirán que estos grupos ya estaban dentro de ellos, pero no es así, todos sabemos que la libertad, sin educación, es casi ilusoria. Además, el siglo xx también presenció la creación de tribunales internacionales para juzgar los crímenes en contra de la humanidad.

Los menores de edad constituyen el eslabón más débil de los derechos humanos. Pero no sólo en las guerras son el grupo más desprotegido, lo son cuando la crisis económica se acrecienta y las instituciones son sometidas a regulaciones externas o se les desvirtúan sus funciones y cuando no hay políticas sociales claras. Todos estos son males que hoy sufre Costa Rica y que van en contra del avance de un verdadero sistema democrático que se debe fundamentar en los derechos humanos y no solo en el voto.

CLOTILDE OBREGÓN QUESADA
Catedrática, escritora,
Máster en Historia

Los derechos del hombre son los derechos de los pueblos.

Se legisla para libertades futuras, para futuros derechos, por lo que el ejercicio de la democracia marcha paralelo a la utopía.

Los pueblos piden el ejercicio efectivo de la democracia y el goce y disfrute de todos los derechos.

¿Qué es el fascismo? No entremos en detalles teóricos. Pensemos que es un estado de violencia irrespetuosa contra la dignidad humana y los derechos del hombre, y pensemos bien.

Debemos continuar puliendo el sufragio, pero también los derechos y la libertad.

Del trasfondo de nuestra historia sacaremos ese espíritu batallador y ese gran sentimiento solidario y fraternal para compartir esfuerzos y esperanzas, derechos y libertades, y para defender virilmente lo que somos.

Algunas sociedades han llegado a formar dos tipos de hombres diferentes: los que defienden sus derechos y los que ya no tienen conciencia siquiera de la existencia de derechos.

En una, ocasión, Henry H. Kissinger dijo la siguiente barbaridad: “Creo que la paz es posible en ausencia del respeto a los derechos humanos”.

Para los pueblos, la paz como ausencia de guerra mundial, no es paz, no es su paz. Para los pueblos, la paz solamente tiene sentido sobre el reconocimiento de los derechos humanos.

¡Que me demuestre alguien si un hombre sin derechos no es una declaración de guerra!

Cuando decimos que luchamos por la democracia social y económica, estamos afirmando que luchamos por los derechos de los hombres, por los derechos del pueblo.

Cuando los miserables no tienen conciencia de la causa de su miseria, su ignorancia los empuja a hacer suya la causa de los opresores.

Es imperativo histórico mantener fidelidad a importantes tradiciones costarricenses, como son el respeto a los derechos humanos, a las libertades básicas, a la democracia representativa, a la dignidad, a la soberanía y a la paz.

Prefiero decir derechos simplemente, y no como se dice ahora, derechos humanos, como si hubiera otros derechos que no fueran humanos.

El antecedente de una declaración de derechos de los hombres lo encontramos, ya no precisamente en los “derechos sagrados, naturales, imprescriptibles e inalienables” que aprobó la Revolución Francesa el 29 de agosto de 1789, sino en el preámbulo de la Constitución de Virginia del 29 de junio de 1776.

Recordemos también que la Declaración de la Independencia Americana proclama que “los hombres son iguales y fueron dotados por el Creador de derechos inalienables, entre ellos, la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”.

Aquí, en esta Declaratoria, se establece el principio básico del gobierno democrático, que no tiene otro objeto que procurar la seguridad y el bienestar de todos.

La doctrina del derecho divino en que se fundamentó el poder vitalicio de los reyes fue sustituida por la tesis del derecho natural contenida en los textos constitucionales de las revoluciones americana y francesa. El concepto ha variado y hoy hablamos de derechos que se pueden y deben conquistar.

De la misma manera, la doctrina de que todos los hombres han sido creados iguales, ha evolucionado hasta nuestros días en que aceptamos la combatiente tesis de que deben ser iguales.

Jefferson creó un nuevo concepto a la función que originalmente debe tener el gobierno, ideada por Locke -defensa de la vida, la libertad y la propiedad de los hombres- por la defensa de la vida, la libertad y “la búsqueda de la felicidad”, dándole así una dimensión universal a la naciente doctrina de los derechos del hombre.

Si queremos encontrar un símbolo de la lucha por los derechos humanos, sin remontarnos demasiado en la historia, quizá debemos abrazarnos emocionadamente con Jefferson, ese filósofo social que nos hizo entender que el gobierno democrático es fácil y sencillo, si reconocemos y respetamos los derechos de los pueblos.

Cuando hablamos de derechos humanos nos estamos refiriendo, no a una institución jurídica determinada, sino a una forma de entender la vida en convivencia pacífica y armónica, solidaria y fraternal.

Cuando hablamos de derechos humanos no estamos hablando de derecho positivo, sino de una filosofía que debemos adoptar para buscar y encontrar la felicidad.

Cuando hablamos de derechos humanos no estamos hablando del Derecho, sino de la dignidad del hombre, de la justicia, de la equidad y de la más estricta moral.

Poder

En la obra "Teoría Constitucional e Instituciones políticas", Vladimiro Naranjo Mesa afirma: "...Las instituciones sobre las cuales reposa el sistema democrático -elecciones periódicas y libres, separación de los poderes, protección de las garantías individuales y las libertades públicas, principio de legalidad, pluralidad de partidos, libertad de expresión de las diversas corrientes de opinión- tienen una finalidad primordial; impedir que el poder político sea arbitrario y hacer que las libertades individuales sean respetadas y mantenidas, en la medida que ellas no atenten contra la libertad de los demás". El sistema democrático, también afirma el autor, no es "...incompatible con la existencia de un régimen socialista democrático, que respetando los principios básicos del sistema, busque adelante por las vías constitucionales y democráticas, las necesarias reformas de la estructura económica y social de un Estado".

Sin duda, la organización del Estado costarricense responde a aquellos principios. Costa Rica tipifica un claro ejemplo de República democrática, libre e independiente, cuyo gobierno popular, representativo y responsable lo ejercen tres poderes distintos e independientes entre sí: Legislativo, Ejecutivo y Judicial y a los cuales se les prohíbe delegar, en cualquiera de los otros, el ejercicio de funciones que les sean propias. Son entonces estos principios consagrados en los artículos 1 y 9 de la Constitución Política, la clave para entender con exactitud los alcances del pacto social trabado entre los costarricenses. Creímos siempre que estos principios habían evolucionado durante el transcurso de su corta historia republicana, hacia un sólido tejido institucional garante de los derechos y las garantías individuales, sociales y políticas de todos los que habitan en su territorio. Así, dentro del marco de la paz y la libertad, los costarricenses escogimos el camino que condujera a estimular la producción y el más adecuado reparto de la riqueza.

Entenderlo de otra manera y dejar de lado la misión enaltecedora que el pueblo encomienda a los representantes electos; por él, para que ejerzan el poder de manera equitativa, justa, decente, equilibrada y con absoluto respeto de la Constitución y la Ley, es golpear los cimientos de nuestra democracia. Significa tener que callar y permanecer indiferentes frente a acciones que borran el principio básico de la división de poderes, y con ello, la existencia de frenos y contrapesos como mecanismos de control efectivo a los excesos del poder. Significa también ignorar la invasión grosera de funciones propias de la Asamblea Legislativa por parte del Poder Judicial y el Poder Ejecutivo y viceversa. Pero más grave aún es el silencio cómplice de los partidos políticos, en lo que se percibe son arreglos bajo cuerda para distribuirse magistraturas dóciles, impunidad, negocios turbios con el Estado y saqueos a la hacienda pública.

ELÍAS SOLEY SOLER
Abogado
Ex presidente de la Asamblea Legislativa
Ex embajador y Contralor General de la República

Cuando el pueblo adquiere la conciencia de su propio poder y desea usarlo para confirmar sus derechos, se habla entonces de crisis de la democracia.

La mayor confrontación social de nuestro tiempo lo da un poder legal cada vez menor y un poder de hecho cada vez mayor.

Se puede gobernar desde el poder legal y se puede gobernar desde el poder de hecho.

La socialdemocracia debe usar siempre el poder que tiene para transformar la sociedad, así el legal como el de hecho.

Cuando el poder de hecho es superior al legalizado, significa que los centros de decisión se han desplazado hacia sus lugares de origen.

En todas las épocas ha existido una tendencia desde el poder que ha tratado de imponer un solo pensamiento, en ocasiones religioso, en otras político, y ahora, finalmente, económico.

Debemos saber dónde está el poder y cómo debe usarse.

Hay que tener el poder, pero hay que saber que se tiene.

No basta con saber que se tiene el poder; lo importante es entender cómo y para qué debe usarse.

El pueblo, origen y principio de todas las libertades. El pueblo, de donde viene el poder y hacia donde debe estar dirigida toda la acción del poder.

En Costa Rica muchos compañeros nuestros están creyendo que la democracia es el gobierno del pueblo y por el pueblo, pero para los empresarios.

En ocasiones parece difícil entender que la fuente del poder político y económico está en el pueblo, que el ejercicio del poder económico y político lo debe tener el pueblo y que el disfrute de todo lo que produce el poder económico y político no puede ni debe tener otro titular que no sea el pueblo.

Decía Luis Alberto Monge: “La concentración del poder económico en pocas manos está contrapuesta al correcto sentido de la democracia”.

Para el conservador liberal el poder económico ha de estar siempre en manos privadas, aunque sea todo el poder. Para ellos, mientras sea privado, hay libertad.

Enemigo es el que tiene en sus manos el poder para destruirnos a todos, independientemente de las manifestaciones que haga de ser demócrata, comunista o fascista.

¿Pero no se nos había dicho que la función del socialismo es cabalmente la de transferir el poder, de los gobernantes a los gobernados?

El concepto de pueblo, como titular del poder, es relativamente moderno.

Toda organización popular tiene poder y el pueblo se organiza para usarlo.

El Estado necesita de una estructura de poder que le da el pueblo y que reside en el pueblo.

El poder es una facultad humana, de los hombres que, además de estar organizados, entienden para qué lo están.

El poder no está en la institución, ni en la ley, ni en la simple estructura. No es la forma lo que contiene el poder sino todo lo que está detrás de ella.

El poder está en la base popular y se presenta como energía, como arma, cuando los hombres comprenden que tienen hambre y que con ese flagelo se puede terminar.

El poder, cuando llega a la conciencia de los pueblos, es mágico, porque se puede ejercer desde cualquier lugar, porque está ahí, en las manos del pueblo.

Se puede gobernar de arriba para abajo o de abajo para arriba.

Es versátil el poder, elástico, acondicionable a toda clase de situación.

Cuando el pueblo se olvida de sus derechos, el poder es sustraído por los grandes ladrones de la historia que lo usan en su provecho.

Pero cuando el pueblo recobra su memoria, entonces el poder vuelve a sus manos, a su origen histórico y natural.

Quien quiere legitimar el poder que ejerce, necesita, en este momento que vivimos, referirlo a una concepción democrática, es decir a un determinado tipo de gobierno popular.

Esta división entre poder legal y poder de hecho, es la característica máxima de la sociedad democrática de nuestros días.

De este fenómeno se deriva el siguiente razonamiento: el poder legal puede no corresponder al poder de hecho y ser inferior a él.

Un poder legal, divorciado del poder de hecho, tiende a desaparecer, provocando así una crisis institucional.

La lucha política es la lucha por el poder. Y, en este momento, la lucha por la forma de ejercerlo.

El poder no es más que un medio para introducir, en la sociedad, la vida democrática.

El poder solo tiene por objetivo la intervención estatal para democratizar la sociedad.

Se ha de sentir responsabilidad social en la misma proporción en que se adquiere poder.

Tradicionalmente, los cambios de estructura del Estado los hacen quienes tienen el poder en cada nación. Pero ahora el poder sale de las fronteras y el cambio se ordena desde el exterior; entonces

los países pobres han perdido el derecho soberano a su propia orientación democrática.

Si no hay un buen ejemplo desde el poder, desde todos los poderes, públicos y privados, aumenta peligrosamente la desconfianza ciudadana en el sistema.

La soberanía ha sido como el rostro jurídico del poder, la forma de legitimar la fuerza. El Estado es soberano en el tanto en que puede ejercer el poder.

La soberanía marcha conjuntamente con el Estado moderno a partir del gobierno democrático. Democracia y soberanía casi son términos intercambiables.

El Estado, lógicamente, tiene el poder público. Pero ahora, recientemente, desde ese poder, no siempre se toman las verdaderas decisiones.

Desde hace varias décadas, las decisiones que afectan a las sociedades parten de otros poderes particulares, nacionales e internacionales. Por eso debemos preguntarnos dónde está la soberanía en nuestro tiempo.

¿Puede existir soberanía si las grandes decisiones que afectan económica y socialmente a los pueblos se toman por organismos y corporaciones lejos de los aéreos centros de poder de cada país?

El poder de decisión, en el mundo moderno no es democrático. Nadie elige a los señores que lo detentan y que son los que pueden organizar, decidir e imponer.

Un gobierno democrático que no tiene poder, ¿es democrático? Los pueblos eligen a un gobierno para que pueda mantener el bienestar general. Si no tiene poder, ¿qué bienestar nacional puede garantizar?

En la democracia el poder no es un hombre ni un conjunto de hombres, sino una fuerza viva al servicio de una idea.

La democracia poco evolucionada es aquella que pretende reflejar, en el poder, el orden existente; la democracia de mayor avance busca, a través del poder, el orden deseable.

En las democracias avanzadas, el poder es el instrumento creador del derecho del futuro, confundiéndose así con ese derecho, o sea, con la libertad del pueblo a través de la norma que consolida el orden que el pueblo está deseando.

El poder es el medio para romper la barrera entre el pasado y el futuro.

Educación y cultura

Uno de los derechos fundamentales del ser humano es el acceso a la educación y a la cultura. Sin embargo, en los planes que preparan y presentan los partidos políticos para su futura gestión gubernamental, estos dos pilares o están ausentes o carecen de un planeamiento eficaz para su desarrollo. No solamente eso sino que el Poder Ejecutivo, cuando elabora los presupuestos anuales, destina un porcentaje ínfimo a la educación y a la cultura.

En agosto del 2004 se realizó, en Barcelona, España, el Forum Universal de las Culturas. Uno de los debates más importantes se centró en las reformas necesarias en el ámbito del derecho internacional para que el acceso a la cultura de todo ciudadano se equipare al mismo nivel que los derechos civiles, políticos, económicos o sociales. La coordinadora de ese encuentro apuntó que la cultura es la dimensión más olvidada en el campo de los conocidos derechos humanos.

Y desde Costa Rica, ¿qué podemos decir? Somos felices herederos del pensamiento de importantes personajes como Roberto Brenes Mesen, Carlos Gagini, Ornar Dengo, Joaquín García Monge, Rodrigo Fació, José Figueres Ferrer y tantos otros que expresaron su preocupación por el desarrollo del ser humano, tomando como base importante la educación y la cultura, pero, como siempre, volvemos a caer en los errores y carencias mencionados al principio.

Es necesario recalcar en la importancia del recuerdo de nuestra historia, del quehacer de los trabajadores de la cultura, estimulando la creación y el desarrollo de entidades culturales, pero con bases sólidas, facilitando la confrontación de los artistas y los escritores dentro del medio nacional e internacional.

Es importante recordar que la educación y la cultura no están únicamente circunscritas al ámbito de las escuelas, colegios y universidades o de las instituciones estatales o privadas, sino que el hogar es la base indispensable para este desarrollo y son, precisamente, los padres de familia los llamados a inculcar en los pequeños el interés por las cosas superiores del espíritu.

La protección del patrimonio cultural que comprende desde edificios hasta paisajes y recodos en nuestros caminos debe ir de la mano con el desarrollo moderno que exigen las sociedades del presente.

Si se evade el materialismo imperante en nuestro medio y se apela a sus mejores valores y al interés por recobrar y mejorar la Costa Rica que el pueblo merece, obtendremos la respuesta a las preocupaciones que nos aquejan.

INÉS TREJOS ARAYA
Periodista
Ex vice ministra de Cultura
Escritora

La verdadera reforma a la educación nacional no está en los métodos de enseñanza de las ciencias y las artes, sino en la actitud que debe mantener el ciudadano dentro de su propia sociedad.

La reforma a la educación es un acto político de la mayor envergadura y no un asunto esencialmente técnico, porque en ella está inmersa la transformación total de la sociedad.

La democracia en la educación llega como una consecuencia de la democratización del sistema de producir y distribuir la riqueza de un país.

La revolución —pacífica o violenta— transforma las mentes y de allí nacerá una forma distinta de educar y culturizar.

La universidad puede ser la conciencia crítica de una nación, pero jamás será el centro de toda su transformación social y política.

Ya sería suficiente transformación la que se operare si de los centros de educación superior salieran ciudadanos cívicamente formados, éticamente bien orientados.

El cambio que necesita una sociedad lo realiza el pueblo con universidades o sin ellas.

La universidad no cambia nada, a no ser que esté en capacidad de brindar ciencia y cultura a toda la población. Pero mientras las universidades sean centros de minorías seguirán impartiendo ciencia y cultura para esas minorías.

Un filósofo decía que el alma no tenía inteligencia sino solamente memoria. Aprendamos a llevar, en la memoria del alma, la conciencia de lo que fuimos para aprender a conservar lo que somos y tenemos,

La máxima obligación de toda academia, de todo liceo, es conservar esa memoria y mantener esa conciencia despierta, pensando en que siempre debemos mirar hacia la luz. Esa es la máxima responsabilidad de la universidad.

Cultura es conocimiento y, por lo tanto, memoria.

No es posible hablar con alguna profundidad de cultura sin desembocar en la idea de civilización.

“El desarrollo económico depende del desarrollo de la educación; y no se puede hablar de una cultura para todos como conocimiento a transmitir, sino de una educación con capacidad para crear una cultura”.

En una democracia como la nuestra, la autonomía universitaria es un valor relativo cuyo ejercicio está condicionado por las posibilidades del Estado para satisfacer las necesidades de la sociedad.

Nacemos sujetos a una estructura mental y espiritual que no podemos romper si no deseamos retar al mundo.

La cultura no es solo el conjunto de conocimientos que la humanidad ha podido aprisionar. También es el uso que hace de esos conocimientos.

Hemos llegado a formar una cultura de guerra; una cultura al servicio de la muerte. La inteligencia, la razón y la moral nos impulsan a rechazar ese patrón cultural.

Los hombres tenemos nuestra condición, que es lo que somos como historia y como esperanza, como raíz y como follaje.

Somos nuestra propiedad: naturaleza que define, caracteriza y clasifica. Somos lo que somos y lo que seremos.

La escuela debe enseñar como enseña la vida misma: naturalmente. Una escuela que dé vida, seguridad y amor.

La escuela ha de ser un centro en donde el niño puede vivir como niño para que así, algún día, pueda vivir como hombre.

Pareciera que es cierto que la escuela costarricense dejó de ser modelo, al admitir solo una práctica elemental de transmitir conocimientos, olvidándose de formar mentes y espíritus adecuadamente en la juventud.

En este momento el planteamiento humanístico de los buenos gobernantes se ha perdido totalmente.

Educar no es solamente enseñar, también es dirigir. Es una manera de conducir a los jóvenes, perfeccionando sus facultades intelectuales y morales con un objetivo claramente preconcebido: formar un ciudadano con capacidad de razón y con bases éticas muy fuertes.

El problema fundamental está en que la tecnología tomó una gran delantera a los estudios humanísticos. Se perdió el interés por la lectura.

Hay conciencia nacional como para saber que la democracia costarricense no avanzará en este siglo que se inicia si no existe un buen proyecto para una nueva educación.

En cuanto a cultura, lo importante es su democratización, la oportunidad general que pueda ofrecerse.

La difusión cultural es un servicio público, el mejor de todos, y la renta se mide en el futuro, en la expresión espiritual, cívica y moral del pueblo.

Es la forma de vivir la que nos da los parámetros morales educativos y culturales. Cuando se cambia esa forma de vivir, varían tales parámetros.

Tecnología y ciencia

Más que en cualquier época pasada, el desarrollo económico, la creación de riqueza, la producción y el bienestar humano se basan ahora en el avance de los conocimientos científicos y tecnológicos. Las últimas décadas han presenciado una verdadera revolución en estos campos, aunque no siempre para beneficio de la humanidad ni el mejoramiento de la calidad de vida. Por el contrario, buena parte de los avances científicos y tecnológicos han venido a aumentar la capacidad destructiva del hombre, mediante la invención de sofisticados instrumentos de guerra y exterminio, el enriquecimiento de grupos minoritarios, o extravagantes y dispendiosos gastos de consumo superfluo, perpetuando la dominación de los países fuertes sobre los más débiles, así como la desigualdad social. Pareciera que los valores de convivencia pacífica, respeto al derecho ajeno, uso equitativo de los recursos y solidaridad humana no han avanzado al mismo ritmo que el armamentismo, el consumo suntuario y la desaforada carrera por acaparar, para unos pocos, el fruto de los avances científicos y tecnológicos.

La social democracia preconiza un modelo de desarrollo en condiciones de paz, justicia y democracia, donde la ciencia y la tecnología sean herramientas para el combate a la pobreza, promover el bienestar humano y crear una sociedad más justa y equitativa. Nuestros países deben establecer políticas nacionales científicas y tecnológicas que tiendan a estos objetivos. La computación, la informática, la red de internet avanzada, la alta tecnología aplicada a la producción industrial y agropecuaria, la medicina nuclear, la biotecnología, los fármacos para erradicar enfermedades seculares, deben estar al servicio de todos. Los países más adelantados deben estar dispuestos a compartir los resultados de sus investigaciones y descubrimientos científicos y tecnológicos en beneficio de la humanidad.

RODOLFO SILVA VARGAS
Ingeniero civil,
Ex ministro de Obras Públicas
Ex embajador en Washington
Ex director de la Oficina de Planificación

Es inmoral pretender organizar a una sociedad, adelantándola en los campos técnicos, científicos y culturales, con el objeto de producir para explotar a naciones más atrasadas.

Una incontrolada y avariciosa tecnología puede terminar con el medio ambiente necesario y vital.

Pero la universidad tiene su misión: evitar que la ciencia y la tecnología sirvan únicamente para enriquecer a grupos minoritarios y no prestarse para copiar un modelo civilizador inaceptable que se le impone desde el exterior.

La ciencia y la tecnología no tienen relación alguna con los valores.

A toda civilización la caracteriza un grado de tecnología que ha logrado adquirir, desde el arco y la flecha al ordenador actual y sus consecuencias.

Con la transformación tecnológica han variado las leyes históricas conocidas, lo que causa un desequilibrio notable. Ya que el cambio se produce durante el transcurso de una misma generación.

Si la labor de gobierno fuera un asunto que puedan resolver los técnicos, todos los problemas sociales estarían resueltos en nuestra época de la tecnología y de la prepotencia de los tecnócratas.

Pareciera que la base espiritual de nuestro tiempo está en la lógica científica y, para los grandes conglomerados sociales, en la técnica, que es como el pecado sabatino de la ciencia.

En la legislación penal debería incluirse el delito etnológico e imputar ese delito a las agresiones de las empresas contra el medio ambiente exterior y el medio ambiente interno.

Tal vez, antes que en una política que defienda nuestros recursos naturales y promueva la investigación científica, debemos pensar en una política que controle, organice y oriente el ingreso de la tecnología.

Para citar solamente dos casos, de las decenas que podrían citarse, podemos decir que nuestras sociedades han cambiado totalmente su organización y los fundamentos de valor y moral, primero, con la invasión del bolígrafo, la rockola y el radio de transistores, y luego, con la televisión, los satélites y la internet.

Es conveniente pensar si debemos usar toda la tecnología moderna para progresar o si es procedente el uso de una técnica más económica.

La desigualdad ya no es solo la consecuencia de la relación trabajadores-empresarios, sino que entra en juego también la tecnología como otro factor de suma importancia que provoca escisiones profundas entre unos y otros.

La tecnología que impone la sociedad altamente industrializada a un país pobre sin que éste tenga capacidad de control, puede convertirlo en proletario internacional.

El niño de hoy, producto de la tecnología y la propaganda, es un ser humano cargado de artificiales necesidades.

No es la violencia que se trasmite en la TV lo que realmente destruye las naturales y sanas ilusiones de la infancia, sino un tipo de producción y una clase de propaganda sin fundamento moral aceptable.

El jefe de estado puede ser un hombre culto, pero no gobierna porque tiene las manos atadas por el tecnócrata nacional y, sobre todo, por el internacional.

El tecnócrata en el poder es un atentado.

Pocos se atreven a desmentir al economista que pide aumentar los impuestos como única forma de solucionar los problemas económicos y fiscales.

El tecnócrata domina en las esferas del poder cuando la sociedad ha dejado atrás al humanista deliberante y al ciudadano agrupado en núcleos de pueblo.

El tecnócrata sin pueblo, pero con masa de consumidores, es un autócrata.

¿Cuántos de nosotros estamos dispuestos a cargar a nuestra cuenta los costos de nuestros derechos, de nuestra democracia y de nuestra libertad?

La tecnología es la ciencia de los despistados y la verdad de todo lo perecedero.

Igual que la mala moneda desplaza a la buena, el tecnócrata ha desplazado de la acción pública al humanista.

La economía del pequeño país democrático que marginalmente vive tocando todos los extremos de la pobreza, no debe ser planificada por el técnico graduado en el gran país desarrollado, porque ambos están frente a realidades distintas.

Nunca antes un estadista de verdad permitió que un técnico traspasara las fronteras de simple consejero -que es a lo que debe estar reducido- para tomar las riendas de los asuntos públicos.

El técnico en el poder, al propiciar tesis esencialmente conservadoras, es un peligro, porque envuelve en su manto de respetabilidad puntos de vista políticos y sociales que nada tienen de respetables.

Los técnicos hacen esfuerzos supremos porque las instituciones públicas estén dirigidas por managers, pensamiento que se repite para hacer creer a los ciudadanos que los intereses del Estado y de las empresas son coincidentes. Pocos dudan ahora de que lo que conviene a las empresas conviene al Estado.

Cuando pensamos que el obrero, el trabajador, como representante de un sistema, ha ido desapareciendo en un mundo en que la tecnología sustituye al trabajador por un especialista altamente calificado, que está muy lejos de aquel obrero de mediados del siglo XIX, es cuando debemos meditar en los cambios que se deben hacer.

La era industrial terminó con la milenaria etapa agrícola, y la tecnología moderna con la estructura

clásica industrial. Todavía hace cien años, en Estados Unidos, el sesenta por ciento de los trabajadores estaba en los campos. En la actualidad, ese porcentaje llega al dos por ciento. En el sector industrial pasa lo mismo: del sesenta por ciento que llegó a absorber la industria, ahora apenas llega a un diecisiete por ciento. La tendencia es hacia la desocupación.

Por esto algunos tratadistas del derecho laboral manifiestan que es un error pensar en políticas sociales con base en el aumento de la ocupación porque la estructura de la producción actual no lo permite.

Por la forma en que la tecnología es usada en la sociedad moderna, tenemos que admitir que está contra la verdadera cultura, porque todos tenemos derecho de vivir de conformidad con normas culturales y no con directrices técnicas exclusivamente.

Es parte de nuestro quehacer soberano el fijar políticas para decidir la forma y la oportunidad en que podemos ir aceptando la penetración técnica y científica en nuestros países.

Costa Rica ocupa el primer lugar en América Latina en programas de televisión importada, con un ochenta y cinco por ciento. ¿Qué tipo de educación y cultura le estamos dando a un niño que pasa más horas frente al aparato de televisión que en las aulas escolares?

¿Y ahora con la computadora?

Crisis y violencia

Con la gentileza que lo caracteriza, mi amigo Enrique Obregón me pidió algunas cuartillas en las cuales las palabras crisis y violencia tuvieran alguna relación. Por esos días en que la violencia trocaba viejas costumbres e incluso eran escasos quienes buscaban crisis hasta en campos poblados por gente pacífica, como mi propia patria.

Primero tengo que aclarar que no soy sociólogo y carezco de las herramientas científicas que dan las ciencias sociales y políticas para tratar el tema propuesto en una forma clara y completa, como sí lo han hecho a través del tiempo grandes autores.

Las palabras crisis y violencia han sido compañeras entrañables desde el inicio de la civilización y aun antes. Lamentablemente nada ha cambiado mucho desde entonces. Ciertamente han existido grandes saltos y avances en las artes, las ciencias y la cultura. Sin embargo, a la par de estos logros, existe cada día con más fuerza el fantasma de la deshumanización, donde las armas son cada vez más sofisticadas y los juguetes de los niños tienden a convertirlos en observadores frustrados de un mundo que confunde lo imaginario con lo real. Esto mismo pasa con los adultos, que embebidos en una borrachera de gratificaciones materiales, han dejado de soñar y por ende, de crear.

La ambición desmedida, el éxito, la codicia y el poder son los grandes dioses de estos tiempos. Estos mismos dioses fueron los que llevaron a los pueblos a derrumbar imperios. Y así seguirá siendo hasta que existan nuevamente las palabras equidad, justicia, igualdad y fraternidad en los corazones de todos.

La ilegitimidad del sistema político, el no saber a dónde vamos como sociedad, la carencia de líderes mundiales de visión y verdaderamente comprometidos desinteresadamente, no nos traerá la paz. Tampoco la tendremos mientras exista la pobreza, el hambre, la exclusión social, el desempleo, las tierras en manos de unos cuantos y esta educación mediocre que cree que el hombre solo es una computadora que guarda datos en su memoria.

Pero a pesar de todo soy optimista. Hay crisis sanas que pueden no llevar a la violencia sino a la reflexión. A hacer un alto en el camino, a retomararlo y a recrearlo. Pero eso depende de la seriedad con que asumamos el compromiso por parte de cada ciudadano, de cada uno de los distintos grupos sociales y de la sociedad como un todo.

ROBERTO FERNÁNDEZ DURAN
Ex diputado; presidió la Comisión de Ordenamiento Fiscal
Ex director del diario La República

Toda crisis tiene soluciones. Solamente hay que entender que no vendrán de afuera.

En una democracia con cierta tradición, cuando se presenta una crisis, tanto el sindicato como el partido se aterran un tanto a la legalidad. Y cuando se acentúa la crisis, es el movimiento de masas el que tiende a saltarse la legalidad, pasando por encima de los sindicatos y de los partidos.

El Estado capitalista, en la crisis, se defiende, y esa defensa no implica la aprobación de medidas y políticas que tiendan a mejorar la vida, las condiciones de trabajo y la dignidad de las grandes masas de trabajadores.

En cuanto a la democracia, en verdad, lo que llamamos crisis no es más que una transformación natural de un grado de democracia a otro superior.

La mal llamada crisis se manifiesta por el surgimiento de nuevas emergencias.

El estado de conciencia que adquiere la sociedad de sus derechos y libertades, produce nuevas demandas y entonces, la élite gobernante declara nerviosa que se está en tiempo de crisis.

Decía Jean-Paul Sartre: “Los europeos no han podido hacerse hombres sino fabricando esclavos y monstruos”.

Pero la historia nos deja una lección: los esclavos y monstruos, en un momento determinado, solamente tienen el recurso de la violencia para librarse de su estado de servidumbre.

El opresor, frente a la violencia, saca a relucir la justicia, la democracia y hasta fundamentos de la religión.

El explotador se acuerda de la verdad y de Dios cuando el pueblo aprende a defender su condición de hombre a través de la mirilla de un fusil.

Por eso recordemos, con Sartre, que “toda violencia nueva es suscitada por los viejos crímenes rezumados”.

El estado de violencia, de esta manera, puede ser un simple estado de necesidad.

Es imposible, en una sociedad como la nuestra, que los pequeños grupos que mantienen el poder acepten la moral de los esclavos y de los monstruos tranquilamente.

Van cambiando los tiempos y la violencia se presenta en todos los rincones de nuestra sociedad. Es la violencia nueva suscitada por los viejos crímenes rezumados. Crímenes de la oligarquía y crímenes de los partidos que pudieron defender al pueblo y prefirieron defender los privilegios.

La violencia social siempre es una respuesta contra la injusticia.

Los que juegan a fantasmas en materia de política social se olvidan que pueden despertar, un día

cualquiera, con un revólver apuntándole en mitad de la frente.

La violencia no siempre es rechazable porque es parte de la energía democrática. La democracia es hija de la violencia revolucionaria. La libertad de todos los pueblos del mundo es hija de la violencia popular, no hay nadie más violento que un hombre esencialmente justo frente a una dictadura feroz.

Hace bastantes años, un Ministro inglés dijo lo siguiente: “Mientras existan los sistemas represivos del gobierno de minoría blanca, las poblaciones negras de África sólo tienen a mano la violencia y la lucha armada”.

¿Hay un derecho reconocido en el mundo que no sea la consecuencia directa de un brazo armado y de un justo enardecido?

El desempleo no es consecuencia de una crisis. Es sistema que se acentúa o agrava con la crisis.

La crisis de un sistema no es más que la presencia de fuerzas que tienden a desplazar las viejas ramas por brotes nuevos.

Cuando se habla de crisis de la democracia, en verdad se está hablando solamente de crisis de la producción imperante.

Crisis sufriría la democracia si se estancara, si permaneciera reducida a su estructura liberal.

“Crisis” para el dueño de los privilegios, para el que se ha acostumbrado a enriquecerse con el trabajo de sus obreros, es la época de perder todo el poder para explotar. Para él, la crisis es un atentado contra su libertad.

Cuando hablamos de crisis del parlamento, de lo que estamos hablando es de crisis de los representantes que no saben interpretar los deseos de los pueblos y se convierten, por lo tanto, en sus opositores.

Lo que llamamos crisis, en el fondo, no es más que el proceso de transformación de una democracia clásica a una democracia moderna en la que el pueblo no permite que el poder se le escape de sus manos.

Lo grave no es que una sociedad entre en crisis sino la incapacidad que los diferentes sectores políticos muestren para aplicar la medicina adecuada al mal.

La crisis es siempre contra el statu quo, por eso se mide por la conciencia nacional hacia el cambio.

Cuando se habla de crisis, recuerdo las palabras de Ortega y Qasset: “En los momentos de crisis no sabemos lo que nos pasa, cuando precisamente eso es lo que nos pasa, que no sabemos lo que nos pasa”.

Ni los políticos ni los economistas saben lo que está pasando, y por eso sucede lo que esta sucediendo.

Revolución y cambio

El concepto de revolución es complejo, y ha provocado numerosos debates en el pensamiento político a lo largo de los últimos siglos: desde los debates clásicos de la Segunda Internacional, hasta los más recientes, provocados por el colapso del capitalismo de Estado totalitario que durante tanto tiempo encarnó el bloque soviético.

Por eso, definir el concepto teórico de revolución y su relación con la socialdemocracia moderna, es una tarea necesaria para precisar rumbos prácticos de acción política inmediata, en esta oscura hora mundial en que se globaliza, no la democracia, la justicia, la cooperación y el desarrollo SOSTenible, sino la explotación, la pobreza, el hambre y el terror.

Muestro concepto de revolución es preciso y radical: entendemos por revolución una profunda transformación de las estructuras políticas, sociales, económicas y culturales de la sociedad, que transfiera el poder social y político de manos de la minoría que actualmente lo detenta, a manos de las grandes mayorías populares. El cambio estructural y la efectiva y definitiva transferencia del poder social y político son sus características esenciales, y en ese sentido, la socialdemocracia es claramente revolucionaria, desde que no surgió como un intento gris de administrar mejor el capitalismo, remendando con parches el viejo orden social para que subsista soportablemente por unos años más. La socialdemocracia expresa una vigorosa voluntad histórica dirigida a transformar integralmente el régimen capitalista, para crear un orden social nuevo, que le otorgue prioridad al trabajo sobre el capital, a las necesidades colectivas sobre el interés individual, a los derechos humanos sobre el derecho de propiedad. La socialdemocracia es revolucionaria porque combate no solo los abusos, sino los usos del sistema capitalista, su lógica esencial, sus principios y valores, y pretende crear un orden social nuevo y distinto, sustentado ética y políticamente en nuevos valores de inclusión, respeto mutuo, participación y cooperación, en lugar de los viejos valores, ya caducos, de exclusión, competencia, explotación y marginación, esenciales en el sistema capitalista.

MARCELO PRIETO JIMÉNEZ
Abogado
Ex diputado
Ex embajador en México
Ex presidente Ejecutivo del INA
Ex alcalde de Alajuela

No son los intelectuales sino los sectores populares más desplazados los que verdaderamente constituyen la vanguardia de las sociedades.

Son los pueblos los que hacen revoluciones y realizan cambios, con intelectuales o sin ellos.

El tener conocimiento de lo que ha sucedido y puede suceder no nos da categoría para creer que podemos dirigir a las sociedades en su proceso de cambio. A muchos intelectuales este error les ha costado la cabeza.

Las propias leyes de desenvolvimiento del cambio van creando conductores naturales a los pueblos.

Una sociedad no puede prefabricar dirigentes en los laboratorios de las universidades para tenerlos listos cuando los cambios se presenten.

La verdadera confrontación social que crea condiciones propias para el cambio está en el taller, en la industria o en el jornalero sin tierras de los campos.

En épocas revolucionarias, cuando ya el obrero y el campesino están armados, todavía los intelectuales están diciendo que se debe esperar porque la hora no ha llegado todavía.

La conciencia de su propia necesidad la está encontrando el hombre de nuestro tiempo en la organización popular antes que en el campus universitario.

La universidad debe estar al servicio del cambio y, eventualmente, al servicio de una auténtica causa revolucionaria. Pero la universidad no es el cambio ni tampoco la revolución.

El cambio, cuando se opera, es un triunfo contra todos los factores de opresión.

Debemos tener conciencia de la necesidad del cambio. De lo contrario, no tenemos conciencia de nada.

¿Los revolucionarios del 48, nos aburguesamos? Yo digo que sí, a pesar de todas las conquistas sociales y los logros democráticos.

El galopante anticomunismo que invadió el mundo inmediatamente después de la última guerra mundial, detuvo el proceso revolucionario natural de los pueblos latinoamericanos.

La revolución viene de abajo hacia arriba, de la base hacia la cúspide. No existen revoluciones de conos invertidos. Todavía nadie ha inventado la revolución desde los escritorios.

En la realidad, cuando la revolución de verdad se da, sucede con frecuencia que a los intelectuales que pretendieron hacer una revolución pero que nunca la hicieron, son los primeros a quienes los albañiles, prostitutas y carniceros les cortan la cabeza.

En Patio de Agua una vez Eugenio Fonseca Tortós manifestó lo siguiente: “En materia de

revolución lo importante no es que lleguemos a aceptar una precisa definición, sino a saber, cada uno de nosotros, si a la hora de las verdades estamos dispuestos a calzarnos los pantalones del alma”.

Por lo general las revoluciones se presentan, se dan en los pueblos, independiente de lo que quieran o piensen los hombres inteligentes, cultos y de buena fe.

En ocasiones frecuentes, los intelectuales que dominan principios doctrinarios de las ciencias políticas creen que, por esta razón, ya pueden ser conductores de pueblos y guías revolucionarios.

Llenas están las cárceles y los cementerios de intelectuales de esta clase en América Latina.

En materia revolucionaria no se puede retar impunemente a las oligarquías.

El intelectual cree que un buen planteamiento teórico puede despertar la conciencia dormida de los pueblos. Pero la historia demuestra lo contrario: el levantamiento de los pueblos despierta la conciencia dormida de los intelectuales.

El sistema, la institucionalidad, deben ser revisados diariamente, porque la ley consolida una aspiración que ha dejado de serlo, una libertad que ya no existe.

La democracia moderna produce un ciudadano insatisfecho de todo lo conquistado.

En el combate contra la dictadura, en ocasiones es difícil hacer la diferencia entre un revolucionario y un criminal. La diferencia no está en el método que se escoja para combatir sino en la causa que origina la acción desesperada.

Revolucionario no es tanto quien piensa en lo deseable como la voluntad para realizar lo posible.

Al final, el revolucionario consciente de que él hace la historia -él, el pueblo- no entiende cómo no tiene cabida en esa historia, está fuera de ella: es el no de su razón afirmativa.

Un poeta lo es en el tanto en que responde a su vibración espiritual y emotiva, y que deja de serlo cuando cree que puede cambiar esa vibración por la ideología política.

Un pueblo tiene derecho a recurrir a la sublevación y a toda clase de violencia cuando su natural expresión de poder no sea respetada.

Como la política es el arte de lo posible, revolucionario es el que plantea el cambio dentro de lo posible y por los medios correspondientes a esa posibilidad.

Revolucionario no es el que lucha por realizar el final del planteamiento teórico sino el que es capaz de dar el paso hacia adelante que las condiciones permitan.

Por eso, un teórico no siempre es un político y mucho menos un revolucionario. Pero un revolucionario siempre tiene que ser un político.

Claro que hay momentos en que se puede correr, y saltar, y hasta volar. Pero son pequeños instantes en la vida de los pueblos.

Lo demás, lo de todos los días, es el paso corto, calculado, inteligente, de brioso corcel sofrenado por el bozal y la mano fuerte del jinete.

Revolucionario es el que sabe contener su impaciencia justiciera en las constantes épocas en las que no se escuchan los clarines de la subversión.

Lo revolucionario no es pedir lo más radical, sino aquello que hace posible el paso a etapas posteriores.

Cuando todo ha fallado, la violencia revolucionaria es lo único a lo que se puede recurrir.

La palabra revolución es la que más definiciones contradictorias tiene.

Nunca han participado los pueblos en una revolución para defender principios ideológicos.

El pueblo, en su etapa de explotación, jamás ha tenido una ideología determinada. Pero cuando la revolución se da, sí tiene una conciencia de clase que lo impulsa a luchar por la justicia y la libertad.

Ser revolucionario en un país pequeño es muy difícil. La acción directa es suicidio y convivir con la realidad puede considerarse como claudicación.

Leo la noticia, y me invade un dolor que viene de lejos, cargado de luchas, esfuerzos y sacrificios. Un dolor repleto de esperanzas frustradas. Un dolor nuestro, histórico, indoamericano. Escueta la noticia, sencilla, casi natural: los campesinos mejicanos continúan esperando por un pedazo de tierra en propiedad.

Con Zapata y Villa se asesinó la última esperanza de la primera revolución del siglo XX... para dar inicio a la primera contrarrevolución.

Quien adquiere una posición en el mundo en que vive conforma un estado de conciencia hacia el mundo del futuro, por lo que se convierte en un desertor de su tiempo y de su propia estructura social.

Daniel Oduber nos decía muy bien: "De nada nos serviría anunciar un cambio imposible, irreal, que vendría a hacer imposible el cambio real".

Cuando un pequeño grupo, generalmente culto, piensa que puede actuar en contra de la forma de ser de su pueblo, se engaña. Nadie se puede situar por encima de su propia emoción histórica.

Nadie sabe mejor que un ignorante hombre del pueblo lo que una sociedad ansia.

Todas las revoluciones del mundo han sido intervencionistas. No ha existido una auténtica revolución metida dentro de fronteras precisas. La revolución, cualquier revolución, participa de un espíritu universal. Es su ley natural.

¿Es contrarrevolucionario aceptar la legalidad nacional y luchar, dentro de ella, por la justicia y la liberación total de los obreros? Me parece que no.

Sedicioso no es solamente el que se rebela contra el orden público sino el que promueve la sublevación de las pasiones.

Insultar, agredir a las instituciones democráticas, es actuar sediciosamente.

Destruir la fe que todos debemos tener en nuestros fundamentos republicanos y en la autoridad legítimamente constituida, es manifestarse subversivamente.

Desde su prisión en Boston, Bartolomé Vanzetti, decía: “La violencia aparece cuando se ha cargado demasiado peso sobre las espaldas de la gente. ¿Hubo acaso una época en que un hombre se pronunciara por la hermandad de los hombres y por una vida mejor y, no lo acusaran de incitar a la violencia?”

Debemos saber que la burguesía liberal, con frecuencia, se une con el pueblo contra una férrea estructura de poder. Pero, de inmediato, se unirá con las más oscuras oligarquías para aplastar al pueblo cuando éste inicia su ascenso al poder.

Nadie ha defendido nunca, mediante exposición doctrinaria, el derecho a la agresión económica. Pero sí hay teorías de todas las corrientes ideológicas, que defienden la violencia popular frente a todo tipo de agresión.

La ley de oro de la historia de la humanidad, que el estallido de la violencia solamente se puede evitar con la justicia social.

Por el momento, pienso que ha pasado el optimismo revolucionario y se aprecia un sentimiento de incapacidad para construir sobre las cenizas.

En la década de los cuarentas hubo en Costa Rica dos etapas perfectamente definidas: la lucha civil, de la mayoría del pueblo, cuyo máximo exponente fue Rafael Sotela Bonilla, y la guerra armada que dirigió José Figueres.

Sin la lucha civil del pueblo, jamás pudo haberse dado el ambiente para la guerra civil.

No fue un día, no fue una semana, fueron meses, muchos meses, que Rafael Sotela Bonilla, diariamente, en la mañana, a medio día, en la noche, gritó, reclamó, denunció, al crimen y a los criminales, al robo y a los ladrones, al fraude y a los defraudadores. Los señaló con nombres y apellidos, valientemente, exponiendo su vida y la de sus familiares. Un hombre que tuvo el coraje de levantar la bandera de la más auténtica dignidad nacional, sin desmayar un solo día, hasta que estalló la guerra civil.

Su voz era fuerte, segura, patriótica, valiente. Un hombre que desde su pequeña radioemisora particular denunció el fraude, el crimen y la corrupción, solidarizándose públicamente con el campesino que, abrazado patrióticamente a la urna electoral, murió asesinado cobardemente por la policía gubernamental.

Estrategia

Estrategia es la técnica al servicio del logro de un objetivo. En política de gobierno, es la técnica que se puede aplicar para poner en marcha un proyecto determinado de gobierno. Si se está en la oposición, los términos pueden variar.

Desde el punto de vista socialdemocrático, la estrategia es un procedimiento, una forma de actuar para alcanzar el fin propuesto. Según esta perspectiva, casi podríamos decir que la importancia máxima que debemos dar a la acción política, está en el procedimiento, y no precisamente en los fines, ya que éstos se sobreentienden; en cambio, la forma de alcanzarlos siempre encuentra opositores, tanto dentro como fuera de los partidos.

Por la estrategia se define un estadista. Don Pepe Figueres, por ejemplo, no fue tanto el líder que definió objetivos finales, como el que supo dar el paso adecuado en el momento oportuno. Su conocida definición de que la socialdemocracia es el gobierno del cambio permanente y de que el partido socialdemócrata es la agrupación que promueve ese cambio, está enmarcada dentro de esa concepción estratégica.

El gran fracaso de partidos políticos ideológicos de nuestro tiempo lo podemos apreciar en su falta de capacidad para fijar, con claridad, los procedimientos adecuados. La desorientación que sufren los ciudadanos en nuestro tiempo está precisamente allí, en la inexistencia de un camino previamente señalado por el cual podamos transitar.

La socialdemocracia en la actualidad solamente podrá sobrevivir si sus dirigentes máximos tienen la capacidad para señalar, no tanto lo que desean hacer, como el camino que escojan para llevarlo a cabo.

CARLOS MANUEL VICENTE CASTRO

Doctor químico-clínico

Farmacéutico

Ex diputado

Ex ministro de Gobernación

Fundador del grupo "RAÍCES"

En ocasiones es difícil hacer la diferencia entre la acción aceptable y la claudicación.

Lo procedente es regresar a nuestras trincheras históricas.

Debemos empezar por reparar los horcones de la casa y no por construir una piscina.

Pretendemos una revolución reformando la ley.

Tenemos un ramo de olivo dispuestos siempre a ofrecer, pero en nuestra trastienda guardamos celosamente un bien aceitado fusil.

No hay dogmas. No existe una lista preconcebida y aprobada de objetivos; nadie ha fijado jamás una estrategia única que debemos aceptar.

Gobernar bien es lograr que la mayoría de la población se identifique con los propósitos del grupo gobernante.

Son cambiantes los objetivos y los procedimientos socialdemocráticos según los países y las épocas.

Debemos aceptar a la audacia como aliada con el objeto de dar el paso que el momento histórico nos permite y nos pide que demos.

Debemos señalar metas y procedimientos con claridad y decisión.

Tal vez, en nuestra política socialdemocrática, no hemos tenido directrices completamente claras, por lo que la adecuada estrategia y el oportunismo han estado entremezclados.

Como la meta final de la democracia es siempre inalcanzable, démosle mayor importancia a los métodos para alcanzarla.

Lo importante no es luchar por los absolutos imposibles sino por las conquistas posibles.

La inteligencia política nos enseña que el ejercicio de la democracia es el arte de aprender a ceder. Ceder no es claudicar, sino caminar más lentamente, pero con gran seguridad.

Si pensamos seriamente en la conveniencia nacional, mucho de lo particular, sea personal o de agrupaciones políticas, se tiene que abandonar.

Principio que resaltó Fernando Moran, Ministro de Asuntos Exteriores de España, al afirmar lo siguiente: “En España todos aprendimos a ganar porque todos aprendimos a ceder”.

Es en la praxis del ejercicio del poder donde se aprenden las tácticas, estrategias y procedimientos.

No existe un solo tratado de procedimientos; nadie ha escrito el texto de las estrategias políticas, ciencia que se aprende solo a partir del ejercicio del poder.

El verdadero estadista se mide, no tanto por lo que quiere hacer, como por el camino que escoja para realizarlo.

En un momento determinado, antes que la justicia, podría tener prioridad la consolidación de la democracia política.

Este juego de las máximas aspiraciones y de las crudas realidades, provoca en los partidos socialistas democráticos grandes confrontaciones internas, para cuya lucha tampoco nunca estuvieron preparados.

Es una verdad que entresacamos de nuestro paso por el poder: nuestros verdaderos enemigos no son tanto los naturales ideológicos como nosotros mismos.

Tal es el caso de la organización sindical afín, que continúa luchando por reivindicaciones de clase, casi sin hacer distinción entre amigos o enemigos en el poder.

Lo mismo sucede con ciertos sectores de intelectuales, que no entienden por qué, en ocasiones, hay que ceder tanto.

Es difícil apartar el peso histórico que arrastran los partidos socialistas, pues comenzaron a organizarse, antes que para tomar el poder, para protestar por la injusticia y la falta de libertades. Ya en el poder, muchos continúan protestando.

El ejercicio del poder enseña también que hay que respetar ciertas tradiciones populares.

Razón tenía don Miguel de Unamuno cuando aconsejaba a los gobernantes marchar de espaldas hacia adelante, mirando firmemente a la historia.

En España se pudo encontrar la vía democrática por el sendero de la paz porque hubo capacidad para poner el talento paciente al servicio de la buena voluntad.

Estrategia es el arte de descubrir las posibilidades del momento, conocer las leyes del tiempo.

Hoy, cada continente, cada sector, cada país, tratan de encontrar un procedimiento propio a su geografía social y a su tiempo.

En los momentos de transición, que son casi todos los momentos de las sociedades humanas, no se plantean como solución los fines ulteriores sino los medios posibles.

Pienso que la política es el arte de los procedimientos, de la manera cómo podemos realizar los fines, campo en el cual reina el desacuerdo.

Cada vez más la lucha deja de ser el sacrificio de unos cuantos para adquirir contorno de multitudes y marcos de pueblos organizados, tanto dentro como fuera de las fronteras.

Cada coyuntura histórica desarrolla su propia y particular estrategia.

Cada etapa histórica que se vive tiene su propia capacidad de resistencia, por lo que el dirigente sindical y el dirigente político deben conocer ese grado de resistencia para saber hasta dónde

pueden presionar y cuándo debemos unirnos en la armonía para la sobrevivencia.

Es imprescindible conocer el conveniente equilibrio entre el derecho de actuar para una justa reivindicación social y la obligación de mantener la vigilancia necesaria para conservar nuestra forma de vida que garantiza derechos y libertades fundamentales.

Todo lo referente a la ideología de la democracia ha de pasar, necesariamente, por el tamiz de las diversas realidades de la actualidad.

José Figueres no es tanto el héroe destacado que transformó la institucionalidad de Costa Rica, sino el estadista sabio que enseñó la forma de salvar la democracia.

Tanto en lo militar como en lo político, la doctrina generalmente se acepta, pero la estrategia hay que imponerla.

En política, como en las guerras, se fracasa por el empleo de malas estrategias y no por el enunciado teórico.

Entre un gobierno liberal con debilidades democratacristianas y un partido socialdemócrata de verdad, no puede haber cogobierno.

Mercados

La teoría económica señala con claridad que los mercados, cuando operan de manera competitiva, algo que desafortunadamente ocurre en muy pocas ocasiones, maximizan el uso de los recursos y generan eficiencia en el sistema económico, rio obstante, también la teoría económica indica que los mercados, aun funcionando en condiciones de competencia, tienden a la concentración del ingreso y de la riqueza. Esto se debe fundamentalmente al hecho de que la propiedad de los factores de producción se encuentra desigualmente distribuida entre los miembros de la sociedad.

Es por esta razón, entre otras, que resulta indispensable la intervención del Estado para lograr una más equitativa distribución del ingreso que contribuya a garantizar niveles de vida decorosos para las personas y una mayor cohesión social, La aceptación de un modelo de desarrollo basado en la libertad irrestricta de los mercados y la mínima intervención del Estado significa renunciar al uso de los instrumentos de política económica que permiten afectar la distribución del ingreso y la riqueza.

Desde la socialdemocracia reconocemos la necesidad de que el Estado intervenga en el funcionamiento de los mercados para cumplir al menos cuatro funciones fundamentales:

- a) Redistribuir el ingreso y la riqueza. Esto se puede lograr mediante diferentes mecanismos, pero el más importante es la política fiscal. El establecimiento de un sistema impositivo progresivo que tenga como propósito una mayor justicia y equidad, así como la planificación del gasto público con el fin de atender tanto las necesidades de la producción como la de los sectores sociales más débiles, representan herramientas esenciales de una política pública socialdemócrata.
- b) Garantizar la prestación de servicios universales. Hay ciertos servicios que por su importancia y trascendencia representan derechos para los ciudadanos: la salud, la educación, la remuneración digna del trabajo, el agua potable y las telecomunicaciones, son algunos de ellos. Esos servicios no pueden ser tratados como mercancías. El Estado tiene la responsabilidad de hacer realidad que todos los habitantes tengan acceso a esos servicios, que se materialicen esos derechos.
- c) Promoción social. El desarrollo social no puede dejarse al azar o a la buena fortuna, no puede ser un fenómeno que ocurra de manera espontánea. El Estado tiene la responsabilidad de fomentarlo. Debe enfrentar de manera decidida la marginación y la exclusión, combatir la indigencia y apoyar a los sectores sociales desvalidos, es decir, debe hacer efectivo el respeto a la dignidad humana.
- d) Crear ciudadanía. Implica concebir al ciudadano como un ser social y no solo como un actor en el mercado. Conlleva cimentar valores que permitan la convivencia en un marco de respeto, tolerancia y solidaridad. Significa, por una parte, que las personas conozcan sus derechos y tengan la posibilidad de exigir su cumplimiento y, por otra, que sean conscientes de sus deberes como miembros de la comunidad y estén dispuestas a asumir los compromisos que eso exige. Crear ciudadanía es también abrir espacios de participación a las organizaciones sociales e instaurar mecanismos de democracia directa como la consulta popular y el referendo.

JUAN MANUEL VILLASUSO ESTOMBA

Master en Economía

Catedrático

Ex ministro de Planificación Económica

Director de! Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad de Costa Rica

Lo único de cierto en cuanto a economías de mercado es lo que apreciamos diariamente: Que cada día los ricos son más poderosos y los pobres más miserables.

Los mercados votan y quienes firman los cheques hacen las leyes.

Nos impusieron la ley del mercado, y esta ley de hierro nos aprisiona porque no es la ley de la libertad de los pueblos sino la de los grandes empresarios internacionales.

Los socialdemócratas no somos enemigos del mercado. Solamente hacemos la siguiente distinción: no estamos de acuerdo con la economía de mercado pero sí con una economía con mercado.

En la economía de mercado no se admite la intervención del Estado; en la economía con mercado, la intervención del Estado es fundamental.

El capitalismo es un modo de producción que se fundamenta en la propiedad privada de los medios de producción y en el sistema de mercado que solo persigue la ganancia.

No se puede admitir que el fin de la democracia es solamente el lucro particular, totalmente libre y sin normas de control.

El mercado que destruye la solidaridad social y la justicia distributiva, es inmoral.

Los que aspiran a una sociedad de mercado necesitan terminar con los principios democráticos. Una sociedad de mercado totalmente libre suprime la justicia social y los derechos de los pueblos.

El capitalismo llevado a su grado extremo de ferocidad es el que impone el mercado como única ley.

El comercio bien entendido y mejor regulado, es progreso. Pero vender el país en nombre de la inversión extranjera como única solución de sobrevivencia, es solo incapacidad y falta de vergüenza.

Toda acción de gobierno y de producción debe colindar necesariamente con la moral.

La empresa privada no puede ser una estructura ajena a la democracia. El demócrata exige un fin social al sistema de producir. Si el mercado no contempla ese fin, es antidemocrático.

Un empresario que pide para él toda la libertad, está pidiendo todo el poder y todos los derechos.

La armonía social demanda un poder central equilibrado y justo y una forma de producir justa y equilibrada. En esto consiste la libertad.

XVIII

Desarrollo

Crecimiento y desarrollo son dos conceptos que se encuentran, se confunden a veces, tienen diferente connotación.

Creer es adquirir aumento, volumen, es ganar altura, es aventajar; se aplica generalmente a los órganos: le crecieron las manos, los pies, la nariz, las orejas, el cuerpo aumentó su estatura, creció.

En economía se dice: creció la tasa de redescuento, la producción, el circulante, creció el Producto Interno Bruto (PIB) etc., etc.

Desarrollo es acrecentarse, mejorar, enriquecer, enaltecer, progresar, crecer armónicamente (económica, social, cultural, políticamente), como un cuerpo en su totalidad, contemplando todos sus órganos como un todo.

En síntesis; entendemos o interpretamos el crecimiento como el aumento en tamaño o en extensión de los órganos o componentes de un todo, vistos individualmente.

Desarrollo es el aumento de todos los componentes de un cuerpo, los cuales no se pueden mirar, contemplar, ni estudiar por separado, sino integralmente, en su conjunto, relacionados los unos con los otros armónicamente.

En economía es: "evolución progresiva hacia mejores niveles de vida" contemplando, en esa evolución los componentes de la sociedad humana tales como la cultura, la ciencia, la educación, la política, la producción, el consumo, el transporte, la energía eléctrica, la informática, las comunicaciones y otras tantas disciplinas que conforman, que componen esta humanidad.

Contemplando lo anterior, desarrollo en democracia es el progreso colectivo, es el aumento de la prosperidad de una comunidad alcanzada en libertad, buscando lo justo, lo equitativo, el mayor beneficio para todos, armónicamente, equilibrada e integralmente.

Con la libertad en democracia, contemplando el gobierno para el pueblo, por el pueblo, y con el pueblo, se puede alcanzar el desarrollo, la prosperidad, más fácilmente.

El "desarrollismo" es una mala práctica pues propone, "propugna el desarrollo meramente económico como objetivo prioritario" y no toma en cuenta los otros componentes productivos de la sociedad.

Es una práctica de los neoliberales quienes olvidan, frecuentemente, lo social en su pensamiento y acción, que muchas veces rozan, se mezclan con el marxismo-leninismo, produciendo confusión cuando dicen que aman y quieren la libertad, aun cuando comulgan con la tiranía del mercado y es su deseo dejarlo gobernar a sus anchas.

Desarrollo en democracia en un ámbito absoluto de libertad, donde se contemple siempre la justicia social y la solidaridad humana, sería una fórmula justa, equitativa y real para desarrollar y equilibrar

este mundo tan desajustado.

Son los principios de la Social Democracia: Libertad, Justicia, y Solidaridad.

¡Que estupenda trilogía para vivir en paz!

RUFINO GIL PACHECO
Licenciado en Ciencias Económicas y Sociales
Contador Público Autorizado
Catedrático

El crecimiento en manos del capital financiero internacional no es crecimiento porque no beneficia a los pueblos.

El desarrollo que se planifique ha de tener en cuenta a los pueblos, a la naturaleza y a la soberanía de las naciones.

Pero nunca, jamás, podemos decir, de buena fe, que desarrollo es enriquecimiento para los empresarios apoyados y defendidos por el Estado.

Cuando hablamos de desarrollo, ciertamente estamos hablando de economía, pero también de valores y derechos, de oportunidades y de libertad.

Desarrollo es cambio; es permitir que la sociedad avance en beneficio de todos.

En un momento determinado, en una nación subdesarrollada, es posible que destinar el monto del presupuesto nacional para producir arroz y frijoles está por encima de la necesidad de producir abogados, ingenieros y maestros.

¿Tenemos necesariamente que fijar, como metas de nuestro desarrollo, el llegar a ser, algún día, fabricantes de aviones, automóviles y ametralladoras?

El ahorro es la fuente de la riqueza, dice el poderoso del norte. Pero el pobre, que no puede pensar en el mañana porque solo tiene energía y capacidad para pensar en el pan de cada día, no puede sacar una moneda a la angustia, un centavo al hambre. El pobre solo puede ahorrar su propia miseria.

En una encuesta en Suecia, se preguntó al pueblo en qué desearían gastar su dinero. Un alto porcentaje contestó: en salud, al cuidado de los ancianos, la educación y en mejorar el ambiente. Si esa pregunta se hiciera a un porcentaje alto de los centroamericanos, posiblemente contestaría: ¿cuál dinero?

El conflicto es un estado natural en las sociedades modernas. Es consecuencia de una forma determinada de producir. Esconder el conflicto en una inexistente armonía, es un error que tarde o temprano se pagará muy caro.

El salario es proporcional al sistema que se vive. Una economía desviada, de privilegios, produce salarios injustos. El tipo de economía decide la clase de salario.

Como el sistema económico no es justo, hay que luchar por un salario lo más cercano a la justicia.

La democracia comienza por el salario, porque allí es donde se inicia la justa distribución de la riqueza.

El desarrollo tiene que ver con el hombre, todo lo demás es secundario.

En cuanto al desarrollo, aplicamos las estrategias de la socialdemocracia: cada país, cada historia, cada tradición marca los procedimientos aplicables.

No habrá desarrollo independiente del simple crecimiento económico mientras persista la carrera armamentista mundial.

Si hablamos de los cambios que deben hacerse para que la administración pública funcione bien, debemos preguntarnos de qué tipo de desarrollo estamos hablando.

Podemos hablar de una administración pública sumamente eficiente para los empresarios particulares pero que no da oportunidades de desarrollo para los sectores laborales.

Cuando hablamos de la eficiencia en la administración pública debemos saber si se está pensando en la riqueza de pocos o en el bienestar general.

Tardíamente vamos descubriendo que lo que es bueno para el país altamente desarrollado es malo para los países atrasados y que eso que llaman libre competencia es libertad para el grande y prisión para el pequeño.

Los países pobres son los proletarios de la economía mundial y los que tienen que pagar las consecuencias de los desastres económicos que de vez en cuando afectan a los países desarrollados.

El poderoso siempre tiene facultad -y piensa que derecho- para trasladar el pago de sus deudas al miserable.

Hemos llegado a un momento en que ya casi se lucha solamente por el pan de cada día.

Debemos comenzar a pensar que la planificación del desarrollo es parte de la acción soberana que nuestros países tienen frente a sí.

Los economistas no son más, no deben ser más, que simples técnicos al servicio de los verdaderos conductores de los pueblos. Pero hacerlo al revés, como se está haciendo ahora, depender todos los planes de desarrollo del criterio técnico y demasiado estrecho de los economistas, es una peligrosa medida que está poniendo en peligro nuestra propia estabilidad y seguridad hacia el futuro.

Los jefes de las oficinas de planificación han de ser los mejores políticos, aunque sean los peores economistas.

Dejar la planificación del desarrollo de un país exclusivamente en manos de los economistas, es como responsabilizar a los simples mecánicos de la construcción y mercadeo de una gran fábrica de automóviles.

“Para qué queremos tractores si no tenemos violines”, manifestó con lucidez de estadista José Figueres. Es decir, para qué queremos crecimiento económico si no tenemos desarrollo; para qué queremos grandes y florecientes empresas, si no estamos pensando en el hombre, en su libertad y disfrute amplio, completo y total de las riquezas y recursos de un país, en beneficio de todos sus habitantes.

El Dr. Rodrigo Zeledón, científico costarricense, afirma: “El desarrollo de tipo reflejo, que se produce al influjo de los adelantos técnicos que nos vienen de afuera, no es el verdadero camino del

proceso al que deben aspirar nuestros pueblos. Aparte de producir desequilibrios peligrosos de diversa índole en nuestras sociedades, es un desarrollo ficticio, trasplantado, oneroso...”

Y agrega el Dr. Zeledón: “Desearía dejar patente una vez más, para los que llevan sobre sí la responsabilidad de procurar nuestro modelo de desarrollo, que todo país necesita cultivar la ciencia, como necesita cultivar las diversas manifestaciones del arte, de la literatura y de la música: con sentido universal al mismo tiempo que con sentido propio y autóctono.

Sindicatos

El poder, en sí mismo, no es bueno ni es malo, simplemente es una necesidad en toda organización política. Adquiere aceptación democrática por la orientación moral y el sentido social que le da quien lo ejerce.

Para los socialdemócratas, el poder tiene valor si el que lo ostenta mantiene legitimación popular y una clara orientación hacia la libertad. En este sentido, es dable afirmar que la orientación ética y social del poder solamente la afirma quien lo usa, cuando su acción va dirigida a vestir a los desnudos, alimentar a los hambrientos y dar techo a los necesitados.

Cuando los gobernantes ejercen su poder teniendo en cuenta la moralidad en la acción de gobierno, para mejorar la vida de los ciudadanos, estamos en presencia de una sociedad que vive en democracia.

El pueblo que ama la democracia, debe mantener instrumentos para garantizar su libertad. Los sindicatos son instancias para asegurar ese objetivo fundamental.

Los sindicatos que actúan con sentido democrático en la sociedad, son herramientas apropiadas en favor de la paz. Y su poder adquiere valor cuando, quienes lo dirigen, se preocupan por mantener una orientación moral y un concepto social de la democracia.

La participación de los ciudadanos en organizaciones sociales es para proteger su libertad y confirmar sus derechos. As., el poder del sindicato, como instrumento social y reconocido por todos los sectores del poder es garantía de una sociedad en democracia y libertad. ''

RICARDO CASTRO CALVO
Ex dirigente de la Juventud Liberacionista
Ex diputado

Los sindicatos, los partidos políticos y las cooperativas, deben ser los fundamentos sobre los cuales se ha de construir la democracia.

Las cooperativas, los sindicatos y los partidos políticos pueden constituirse en grupos de presión que aceleren el progreso nacional.

Mientras los sectores organizados de trabajadores no se integren dentro de los partidos, éstos seguirán siendo instrumento de las oligarquías.

No habrá democracia en un país moderno si la organización de trabajadores no toma conciencia de su propia responsabilidad liberadora.

La culpa de la existencia de gobiernos anti-pueblo, no es de las oligarquías solamente, sino de las organizaciones populares que no entienden que nadie regala poder, ni derechos ni libertades.

La ideología de la clase trabajadora es la misma que sustenta la democracia.

No puede haber diferencia alguna entre la ideología del pueblo y la ideología de la democracia.

Cuando la clase trabajadora está defendiendo su ideología, por definición, está negando la verdad y la moral del sistema capitalista.

En un momento determinado, una confederación de trabajadores puede tener más poder que la Asamblea Legislativa.

Como todas las grandes conquistas sociales, el sindicato nació imponiéndose por la fuerza y haciendo uso de un método que todavía hoy es controversial: la huelga.

Las altas clases sociales rechazan aún el sindicalismo y sus métodos. Pero esto no es nuevo. Solo recordemos que Turgot, Ministro de Hacienda de Luis XVI manifestó: “La fuente de todo mal está en la misma facultad de asociarse y de reunirse en gremio otorgada a los artesanos de un mismo oficio”.

La idea del sindicato como arma en poder de los trabajadores para conquistar sus derechos, nunca estuvo presente en los conceptos liberales.

El movimiento obrero y el movimiento político socialdemócrata son hermanos.

Un sindicato que sostenga que debe mantener independencia absoluta, en su acción, de los patronos, gobiernos, partidos políticos, sectas filosóficas y otros poderes exteriores, no sabe en el mundo en que está viviendo ahora.

Cuando se piensa en reformas sociales se debe aceptar la interrelación sindicato-partido, así como la interrelación sindicato-gobierno. Esto es fundamental.

Por esta razón, el dirigente político de izquierda ha de saber que solo podrá marchar hacia adelante si cuenta con el apoyo y el poder de la organización de los trabajadores.

El poder de los trabajadores, presente en un partido socialdemócrata, impide que las oligarquías propias del partido le impongan rumbos inconvenientes al país.

Si los empresarios dudan del gobierno, los sindicatos pueden dudar de los empresarios.

Partido creado para la agitación unido al sindicato sin conciencia democrática no son más que la antesala del más claro fascismo.

El desempleo lo produce una economía que se fundamenta en el afán de lucro y no en el espíritu de justicia.

Si queremos hablar de justicia laboral, tenemos que comenzar por admitir que el trabajo no es una mercancía sino un derecho que no puede estar sujeto a las leyes de la oferta y la demanda.

Es un contrasentido real e histórico hablar de sindicatos patronales.

Un sindicato patronal es algo más que un grupo de presión. Es casi un atentado institucional.

La libertad comienza con el reconocimiento del derecho que tiene un trabajador de asociarse con otros trabajadores para defender independientemente sus intereses comunes.

El dirigente sindical ha de luchar para que se le dé libertad, pero esa libertad no puede usarse para destruir la República.

Aun cuando los sindicatos estén equivocados, el poder público jamás debe usarse para destruir las organizaciones de trabajadores. Podría ser un error político y un paso en falso de la democracia.

El motor de la democracia moderna lo constituyen los trabajadores organizados en sindicatos y partidos políticos. Si alguna inestabilidad o crisis vemos en la democracia, debemos atribuir la a esta característica trascendental.

¿Con qué base moral le vamos a pedir a un dirigente sindical que espere un tiempo más cuando entramos a una etapa histórica de desesperación nacional?

¿Con qué base calificamos al sindicalista como incapaz si ninguno de nosotros da muestras de capacidad para estar a la altura de nuestro tiempo?

Se viene hablando, desde hace algunos años, de reinventar el trabajo, o sea, una forma de laborar que le permita al hombre, por primera vez en la historia, disfrutar de lo que verdaderamente le pertenece: su libertad.

Esto quiere decir que, de repente, la necesidad se puede confundir con la solidaridad y, entonces, podemos distribuir los puestos de trabajo mediante el siguiente procedimiento: menos horas de trabajo y más trabajadores. Los trabajadores podrán disfrutar del ocio y las empresas serán subvencionadas por el Estado.

Los socialdemócratas costarricenses respetamos el derecho a la huelga de los trabajadores, pero no

creemos que la explotación se puede terminar a través de la lucha económica que plantea la huelga.

Igualdad y oportunidad

Mi infancia y adolescencia transcurrieron en las décadas de los cuarentas y cincuentas del siglo pasado. A partir de 1948, año en que don Pepe ganara la Revolución, empezaron los gobiernos del signo socialdemócrata. Aunque era muy joven, pude percibir la diferencia entre lo que era la caridad que acentuaba la diferencia de clases y lo que la igualdad de oportunidades significaba para la dignidad de las personas. En mi caso personal, un buen día en que la maestra se dio cuenta de que no veía los números en la pizarra, me envió al Centro de nutrición, donde, sin preguntarme de donde provenía, me dieron mi primer par de anteojos. La escuela fue declarada gratuita. Los colegios de secundaria proliferaron también en forma gratuita para todo el mundo. Sin ninguna alharaca porque era mujer, fui aceptada en la Facultad de Ingeniería, donde además disfruté de exoneración de pago cuando demostré mi pobreza. Cuando alguien de mi familia lo requirió, recurrimos a los servicios médicos de la Caja Costarricense del Seguro Social.

Poco a poco me di cuenta de que la igualdad de oportunidades no era solamente crear las posibilidades sino también las condiciones para poder utilizarlas a plenitud. A causa de todos aquellos actos -que hoy nos parecen casi mitológicos-, nunca sentí vergüenza por mi origen humilde, sino el orgullo de pertenecer a un pueblo libre y soberano, donde la igualdad de oportunidades no era una frase libresca o una aspiración imposible, sino la realidad cotidiana de mi generación.

CLARA ZOMER REZLER
Catedrática Ingeniera Civil
Ex Presidenta Ejecutiva del IMAS
Ex Presidenta Ejecutiva del INVU

Desarrollo es oportunidad y oportunidad es democracia.

El paro obrero, masivo e indefinido, es un crimen contra la democracia.

El desempleo sistemático pone en duda la verdad de un sistema y la moral de la sociedad.

La libertad a la explotación y a la miseria no es una categoría espiritual defendible a la luz de ningún principio moral aceptable.

Un sistema político que no puede satisfacer las necesidades de empleo de las masas obreras no es ni puede ser un sistema democrático.

Una estructura económica y política que no garantice a los trabajadores un mínimo vital aceptable, carece definitivamente de las más elementales libertades.

Tiene vigencia todavía una vieja afirmación de la FAO: “Las dos terceras partes de la humanidad padecen de la común enfermedad de la pobreza y el hambre; la otra tercera parte vive desde un bienestar aceptable a un bienestar insoportable”.

De cada tres hombres que habitan la tierra, dos no tienen casa, ni trabajo, ni pan todos los días.

El obrero de bajos salarios, el trabajador desocupado, el hombre que vive atemorizado por falta de seguridad y por la ausencia de oportunidades, es el moderno esclavo de la actualidad.

Y cuando hablamos de igualdad pensemos tan solo en las oportunidades.

Se habla de igualdad ante la ley, pero ¿qué quiere decir esa igualdad? Sencillamente que la ley se aplica para todos de manera imparcial, y no que todos han de recibir partes iguales.

El buen gobernante y el buen juez, al aplicar la ley, son imparciales, ratifican la igualdad ante la ley, pero la ley, por sí misma, puede ser parcial, es decir, injusta y falta de equidad.

Se piensa en la igualdad de oportunidades para llegar a la igualdad de la satisfacción de las necesidades. Pero la desigualdad es un hecho natural y social que no puede evitarse. Esa desigualdad solo puede equilibrarse con ley desigual, no puede haber justicia con leyes iguales para sociedades desiguales.

Solo podemos hablar de una mayor igualdad ante la ley cuando ésta sea desigual.

La democracia moderna debe aceptar que si existe una distribución desigual por naturaleza y por desarrollo social, el Estado debe intervenir imponiendo leyes de distribución desigual.

Igualdad es nivelación de oportunidades.

Como expresó Rousseau, “igualdad quiere decir que ningún ciudadano sea tan rico que pueda

comprar a otro y que ningún ciudadano sea tan pobre que se vea obligado a venderse a sí mismo”.

La democracia es pan

Es la palabra más resobada de la lengua. Y una de las más simples. Es un método para lograr que los gobernantes cuenten con el respaldo previo de los gobernados, lo cual se consigue mediante una elección, en la que el pueblo escoge entre diversos candidatos o programas. De dónde emanan éstos y cómo garantizar que tengan la altura necesaria, es el problema más grave que los países modernos enfrentan.

La prueba de que no es un sistema de gobierno sino un método para escogerlo, está en que se aplica y se vive tanto en repúblicas como en monarquías, que sí son sistemas de gobierno.

Lo que debe preocuparnos es encontrar la manera de que ese método nos permita obtener los mejores gobiernos posibles. Porque la experiencia enseña que puede dar gobiernos excelentes y gobiernos pésimos.

¿Qué es lo que interesa al pueblo? ¿Qué pretende y necesita el pueblo? Buenos gobiernos. Un gobierno de origen democrático que no tenga calidad, no satisface y más bien desilusiona. Pensemos en el creciente abstencionismo de Costa Rica.

Por otra parte, nos hemos acostumbrado a confundir la palabra democracia con la palabra libertad. Se sabe de gobiernos democráticamente elegidos que han acabado con las libertades. Hitler es suficiente. Y el mundo conoce casos de lo contrario: gobiernos cuyo origen ha sido cuestionado y que han respetado las libertades; cito el caso costarricense del primer gobierno de don Cleto González Víquez, y garantizado luego por la vía democrática para la escogencia de su sucesor. De ese gobierno, cuyos orígenes todavía son cuestionados por algunos (no especialmente por mí) arrancan las prácticas democráticas de Costa Rica.

Tengo para mí que eso que llaman "democracia interna" en nuestros partidos políticos (y que ningún partido serio que yo conozca practica en el mundo) ha concluido por mediocrizar el Estado costarricense, puesto que ha servido para obstaculizar el acceso de los hombres más capacitados a los puestos de elección popular, que han pasado a ser el botín de los activistas. Una cantidad exorbitante de curules legislativas vienen ocupadas por nulidades, y no por las personas capacitadas que devengan un salario por "asesorarlas". Y ese descenso de nivel ya se ha trasladado, irremisiblemente, de la Asamblea Legislativa a los Ministerios, a las presidencias de las autónomas, y ya ronda el Poder Judicial, nuestra democracia actual (a diferencia de la que vivimos por largo rato tras la revolución del 48) no es un método para conseguir gobernantes, legisladores y administradores de excelencia intelectual, cultural y ética.

No es la democracia la que está en crisis. Es la definición arbitraria, comodidosa y torpe que hemos concebido de ella y le hemos impuesto.

ALBERTO F. CAÑAS ESCALANTE
Abogado, periodista
escritor, catedrático
Ex diputado, diplomático
Ex ministro de Cultura

Cuando publiqué el libro sobre el futuro de la democracia, un periodista me pidió que le diera una definición de la democracia pero en muy pocas palabras. Le respondí que no le daría una, sino cincuenta definiciones, las cuales transcribo ahora.

La democracia es:

- 1) Una ley que garantiza un derecho social y un gobernante que defienda esa ley.
- 2) Un hombre que reclama justicia ante un tribunal y un juez con capacidad, valor y moral para reconocerla.
- 3) Un régimen que acepte discutir y poner en duda su propia legitimidad.
- 4) Un método que facilite alcanzar pequeños grados de felicidad.
- 5) Un sistema que permita rectificar.
- 6) La sociedad que entiende que la única forma de encontrar fundamentos estables es discutiendo verdades relativas.
- 7) Un gobierno que respete la ley.
- 8) El saldo entre una máxima ilusión y una cruda realidad.
- 9) Un Estado que se organiza pensando en el Derecho.
- 10) Un principio liberal atrapado en la vorágine del sufragio universal.
- 11) Una autorización para gobernar mediante procedimientos previamente aprobados.
- 12) Un gobernante electo por una mayoría pero aceptado por la totalidad.
- 13) Aquel régimen que supone que la unanimidad no puede existir, excepto cuando los que decidan sean solamente dos.
- 14) La consecuencia del Estado liberal.
- 15) Un máximo ideal reducido a un mínimo derecho.
- 16) La organización política en la cual el poder nace de la ley y ésta del poder.
- 17) Un Estado de muchas élites que impide el gobierno de una sola élite.
- 18) Método que legitima y controla las decisiones públicas.

- 19) Garantía al respeto de los derechos y de la libertad, mediante la facultad de controlar el poder para que esa garantía se dé.
- 20) Aquella claridad en el gobierno en donde el poder invisible se manifiesta totalmente visible.
- 21) El procedimiento aceptado que permite cuidar a los cuidadores, controlar a los controladores.
- 22) La sociedad políticamente organizada que crea el Estado – Social de Derecho.
- 23) El sistema político que comienza con el voto que deposita un hombre del pueblo para que todos entendamos que ese hombre solamente desea una sociedad justa y un gobernante honesto.
- 24) El régimen que permite democratizar los centros de poder no democráticos.
- 25) El Estado con capacidad para crear un tipo de ciudadano que no se ilusione solamente con lo mejor ni se conforme solamente con lo peor.
- 26) El sistema de las mediaciones que permite discutir, incluso, su propia existencia.
- 27) La organización que obliga a limitar la libertad, pero el grado de ese límite refleja la existencia de la democracia.
- 28) El más hermoso proyecto del hombre, y en él, la libertad, como la más ambiciosa aventura del espíritu humano.
- 29) El supremo bien de seguir adelante.
- 30) Un mandamiento de tolerancia y solidaria convivencia.
- 31) Una institucionalidad que tiene por fundamento la ética del cristianismo y el principio romano de la universalidad de la ley.
- 32) Libertad para todos, igualdad de todos y fraternidad entre todos.
- 33) El sistema de gobierno en donde la autoridad pública proviene del pueblo.
- 34) El parlamento en donde un hombre del pueblo puede integrarse como diputado y elevar libremente su voz, reclamando derechos.
- 35) El método para determinar quién debe gobernar y para qué finalidad.
- 36) La forma de transformar al capitalismo con los votos para evitar que el capitalismo destruya la democracia con las balas.
- 37) La forma de producir y distribuir por el pueblo y para el pueblo.
- 38) El razonamiento que permite llegar a un punto de equilibrio entre la libre empresa y el derecho de los pueblos a vivir dignamente.
- 39) La forma de vida en común que respeta el ejercicio de los derechos humanos.

- 40) El poder que otorga el pueblo al gobernante bajo la obligación de transformar la estructura que oprime por la estructura liberadora.
- 41) Un grito en la calle convertido en multitud.
- 42) El producto de la libertad política, realidad de su propia realidad.
- 43) El régimen político capaz de garantizar a los individuos el goce de las libertades que aún no tienen.
- 44) La realidad social transformadora que tiene origen en el taller, la fábrica y los campos repletos de campesinos explotados.
- 45) El gobierno de una sociedad que todavía no ha sido creada.
- 46) El poder que recibe el gobernante, no tanto para resguardar el orden existente, como para crear el orden deseable.
- 47) El sistema que permite a los individuos obtener una igualdad de hecho que su libertad teórica nunca pudo asegurar.
- 48) El único gobierno a lo largo de toda la historia que se ha creado sobre bases estrictamente morales.
- 49) El sistema de principios filosóficos que podría servir de base para una religión.
- 50) Finalmente, es la sociedad que garantiza a todas las personas el derecho a comer diariamente. Como un grito que sale desde el fondo del alma de los pueblos, la democracia es pan.

Ni desarrollo, ni socialdemocracia, son conceptos que puedan definirse universalmente, con independencia de tiempo y espacio; por eso, al tratar este tema, suponemos de hecho que lo estamos haciendo para una sociedad como la contemporánea, caracterizada por un acelerado proceso de globalización económica y apertura de mercados en el plano internacional. En lo interno o nacional, los Estados están sujetos a fuertes presiones para disminuir su papel de intervención directa en la economía y de mantener limitados los beneficios sociales, particularmente de los sectores medios.

En el mejor de los casos, el Estado recobra un papel como regulador y supervisor de sectores o actividades económicas, monopolizadas u oligopolizadas o en las que hay un claro interés público. En otros casos, el Estado ha perdido su capacidad de ser agente estabilizador o promotor social.

La política social se ve sometida a fuertes embates para "focalizarse" en estratos o sectores sociales pobres o marginados, acotando las posibilidades de llevar adelante políticas sociales "universales". Todo lo anterior refleja los ajustes de un largo periodo en el que el Estado, sustentado en las clases medias, logró expandirse, en algunos casos de modo desbordado y financieramente insostenible en un mundo de intensa competencia. A partir de los años 90's y políticas, vinieron ajustes que no solo cambiaron ese estado de cosas sino que redujeron significativamente el margen de acción política de los grupos, partidos y movimientos que tienen como sustento ideológico e interés objetivo, consolidar al Estado como el factor equilibrante en la sociedad, ante las evidentes y a veces groseras desigualdades que produce el "libre mercado" y el "Estado mínimo".

En este contexto, una visión socialdemócrata del desarrollo entraña lograr, en democracia y pluralismo completos, ajustados a un Estado de derecho pleno y a partir de condiciones concretas de fuerte disputa ideológica y política, los ideales de solidaridad, igualdad y libertad.

Para ello, con el sustento de las nuevas clases medias, los empresarios y administradores con conciencia social avanzada, deben desarrollar un programa y políticas que fomenten una economía de uso pleno de los recursos, reducción del desempleo al mínimo, financiamiento solidario del Estado, fomento de la competencia, regulación y supervisión de servicios públicos, conquista de mercados externos, cumplimiento de políticas salariales y de previsión social, provisión de servicios básicos con carácter universal, protección de un ambiente limpio y sano, así como un uso sustentable de los recursos naturales. Una visión socialdemócrata es integral, equitativa, respetuosa radical de los derechos humanos según definición de las Naciones Unidas, opuesta a una organización socio-política que perpetúe la pobreza y que hace de la creciente desigualdad elemento central para el desarrollo. Busca los equilibrios sociales entre grupos y entre generaciones y abraza las iniciativas hacia un orden nacional e internacional más fraterno e igualitario.

SAÚL WEISLEDER WEISLEDER
Doctor en Economía
Ex presidente de la Asamblea Legislativa

El despertar de la conciencia ciudadana ha de llevar L/consigo el despertar de la conciencia internacional.

Todo tiempo ha tenido siempre un Anito, un Melito y un Licón, dispuestos a acusar de impío y traidor a todo aquel que se atreve a pensar libremente y a exponer su pensamiento.

Millones de personas murieron porque el fascismo y el comunismo trataron de imponer un solo pensamiento.

Para Embajador prefiero a un catedrático, pero para Presidente de la República, lo que nuestro país está necesitando, desde hace muchos años, es un hombre que tenga el "acuantacito" a flor de piel.

Hay que reinventar la esperanza, constituirmos en serios fabricantes de ilusiones.

El hambre colectiva nunca ha sido buena consejera, pero sí es capaz de derrumbar toda clase de políticas que apoyan el privilegio y la explotación.

Se rompió la razón y entramos al mundo del absurdo.

Ideología es un sistema valorativo de ideas y conceptos adecuados a la acción social.

Las oligarquías defienden privilegios; los pueblos han de defender derechos. Así ha sido y así será por siempre jamás.

Todos deberíamos ser propietarios y trabajadores y disfrutar por igual de bienes y servicios. Esto no debería ponerse en duda jamás por ser algo tan simple, tan humano, tan cristiano, tan primitivamente moral.

Hay que despertar conciencias nacionales y conciencias internacionales.

La doctrina tiene como origen experiencias muy concretas por lo que es peligroso universalizar principios para obtener conclusiones después, sobre el tiempo y para otras realidades distintas.

Debemos tener por cierto que quien no dice lo que va a hacer desde el poder, no lo hará jamás.

El líder político que teme declarar lo que se propone, es falso. Es una mentira y un fraude aceptar el consejo de que "ciertas cosas se hacen pero no se dicen".

El pueblo sabe la clase de sociedad en que necesita vivir.

No es solamente una inquietud de aumentar la producción y las fuentes de trabajo, sino aumentarlas sin destruir la naturaleza.

La calidad de vida tiene que ver con una manera de gobernar en beneficio del hombre, teniendo en cuenta su dignidad.

Toda energía creadora, de ansiedad y satisfacción de necesidades, es siempre una acción hacia el porvenir.

Necesitamos extraer esa potencia del alma para decidimos a hacer lo que verdaderamente nos conviene y para dejar de hacer lo que nos perjudica.

Hay que definirse políticamente, filosóficamente, moralmente.

Somos agrupaciones políticas que nos desarrollamos en medio de grandes miedos.

En ocasiones nos hace falta valor y capacidad para defender lo que en verdad somos.

Los intelectuales debemos educarnos para que no nos dé vergüenza decir lo que pensamos; los obreros se definen como lo que son porque están hechos de ese material de verdad que la vida les entrega diariamente.

Es la forma de vivir la que cambia la mente de los hombres y no ésta la que cambia aquélla.

Es la sociedad la que nos da el grado de moral que tenemos y no la moral la que nos construye el tipo de sociedad en la que vivimos.

Todo viene del pueblo. No hay reformas en las alturas, ni políticas, ni sociales, ni económicas, ni culturales.

La solidaridad es la comprensión de la necesidad de vivir de una manera humana, considerándonos y siendo todos libres e iguales.

El cambio social es parte del proceso histórico natural de las sociedades.

El hijo del campesino de la actualidad tiene un pie en el surco y otro en un futuro consultorio profesional.

Las mentes cultas de una nación no deben permitir que fuerzas exteriores interesadas nos interrumpan nuestra evolución natural.

Es necesario un sistema de derecho universal que permita comprender y organizar la vida del hombre en sociedad.

La ideología política, como la moral, responde a las diferentes condiciones de vida de cada grupo social.

Todos los hombres llevamos dentro un natural sentido de justicia, equidad y solidaridad.

Cada sociedad siempre ha tenido su forma de esclavitud.

Cuando un principio se transforma en denuncia, la denuncia es más importante que el enunciado teórico.

Los problemas sociales que atormentan a los hombres han sido creados por ellos, en consecuencia,

la solución de esos problemas está en manos de los hombres.

Decía Willy Brandt: “Una política orientada exclusivamente hacia el acontecer diario está condenada al fracaso ante los múltiples y variados problemas nacionales e internacionales”.

No nos equivoquemos de siglo. Nuestra verdad es producto de nuestro tiempo.

Los que plantean la tesis política del cogobierno tratan de mediatizar o frenar todo intento de oposición. Cogobernar, en este sentido, es anular la oposición.

Conservar y transformar tienen una vinculación precisa mediante un estado de conciencia que es preciso acentuar cada vez más.

Conciencia ciudadana para poder luchar, construir y triunfar.

El Estado, confundido con el tiempo y con las posibilidades, se convierte así en el futuro esperanzador de los hombres.

La generación del 48 se vio impulsada a saltar de la poesía a las armas y de las armas al poder.

Los sectores populares no tienen amparo ni en el grado de cultura imperante en el país ni en el grado de desarrollo que beneficia a muy pocos.

¿Qué es lo que pone en la realidad el pueblo -sin tener derecho a la propiedad de los medios de producción- si no es el trabajo? Y, además, ¿cuál es la fuente de la riqueza de los empresarios si no es el trabajo de los asalariados?

Para el liberal, si el trabajador quiere enriquecerse, que trabaje; pero cuando trabaja, quien se enriquece es el patrón.

Se debe dar al trabajo la participación que en justicia le corresponde en los frutos de la producción nacional.

Es la transformación de una manera determinada de producir y de distribuir lo producido lo que origina el comportamiento humano y, en consecuencia, el educativo y cultural.

Hasta el comportamiento moral tiene sus raíces profundas en la manera de vivir.

En ocasiones alguien puede pensar de manera distinta a la que produce su forma de vivir. Pero esto es impuesto y no natural. Un burgués, de repente, se expresa y piensa como obrero, pero cuando la sociedad entra en crisis, entonces el burgués reacciona, y piensa y siente como lo que es.

Luchar por la verdad es un deber difícil.

Estar al servicio de los pueblos es un deber cristiano, filosófico y moral. Es un deber de hombres que tienen aprecio a su condición humana.

Tenemos una sociedad con capacidad para enfrentar los nuevos retos, nacionales e internacionales.

La política es una expresión intelectual y espiritual de un pueblo y nunca es superior o inferior a su

grado de desarrollo.

Demagogia es el dominio que se tiene sobre la plebe mediante la tiranía de la farsa y la mentira.

El demagogo es un delincuente político, un peligroso francotirador que se esconde estratégicamente para disparar mentiras.

Humanizar es encontrar la fórmula sencilla de vida. Aprender a no violentar la naturaleza propia ni la natural estructura de la sociedad.

Humanizar es llegar a entender que no nacimos para explotar ni para ser explotados.

Humanizar es servir, tener capacidad de entrega. Poner a disposición de todos los conocimientos que tradicionalmente han pertenecido a minorías selectas.

Humanizar es trabajar diariamente por solucionar los problemas sociales con el objeto de que todos los hombres aprendan a sentirse hombres con plena capacidad para defender esa condición.

El terrorismo en la democracia y contra la democracia es condenable siempre, pero más peligroso puede ser el antiterrorismo organizado oficialmente.

El antiterrorismo desde el poder se parece demasiado al fascismo.

El terrorismo es una grave enfermedad, pero el antiterrorismo puede ser el suicidio.

El atraso no es producto de la vagancia; es la miseria la que produce al hombre desocupado.

La calidad de vagabundo no la escogen los hombres. Una sociedad desorganizada y miserable convierte a los hombres en vagos.

Una sociedad que no puede armar a sus hombres para el trabajo, los arma para los vicios.

Los vagabundos son los hombres vencidos de las sociedades marginadas.

Nadie escoge su propia miseria, ni su ignorancia, ni su diario estado de explotación.

El que defiende a ultranza dogmas políticos, deja de ser dogmático para convertirse en dogmatista.

El dogmatista es un fanático de su creación, a tal extremo, que está dispuesto a levantar, en cualquier lugar, su propio tribunal de inquisición.

El dogmatista es un hombre completo: juzga, condena y ejecuta su propia sentencia. Es doctrina, juez y verdugo.

El dogmatista es el moderno alquimista que pretende tener secretos poderes para convertir, en oro de supuestas libertades, los rudos metales de todas las opresiones.

Debemos estar contra todo dogmatismo, "aun el dogmatismo del bien, aun el dogmatismo de las buenas intenciones".

Las armas para las guerras las fabrican unos obreros para ser usadas en el exterminio de otros obreros.

Se nos enseña a producir y a consumir; se nos enseña a destruir y a explotar. Pero ya nadie enseña a vivir.

Cuando un periodista norteamericano le preguntó a un niño de cinco años que cuál era, a su juicio, el trabajo más importante que tenía que hacer el Presidente, respondió: "Ayudara los patos". Definitivamente, los presidentes deberían tener por consejeros a los niños.

Entre el gobernante que prefiere la humildad y la sencillez, al ordenar que se mantenga la calma en momentos de graves confrontaciones, y el politiquero que pide a gritos la declaratoria de guerra, me quedo con el primero.

Washington fue el alma de la guerra de independencia norteamericana. Pero llegada la paz, ya no le interesó el poder sino el retorno a su vida de granjero como un recio ciudadano de la república romana.

No se ha inventado un sistema filosófico o político capaz de desterrar del corazón del hombre su fe natural en la existencia de Dios.

Cuando ciertos directores conocidos de cine comenzaron a filmar escenas escabrosas en nombre del arte.

Ya nadie supo más dónde termina el arte para comenzar la pornografía.

La pornografía es una producción tendenciosa y cargada de malicia que rebaja groseramente una natural función entre los seres humanos.

No son excluyentes las luchas por rescatar el alma por toda la eternidad y por tener un poco de pan sin lágrimas para todos los días.

¿Qué de malo tiene que un pueblo como el nuestro se aparte de la locura industrial contemporánea y continúe siendo apaciblemente rural, conscientemente apegado a la escuela y partidario decidido de la vida sencilla?

Yo no sé si una mujer incapaz puede disfrutar de la maternidad. Pero sí sé que nadie tiene derecho a cortar definitivamente esa esperanza.

Afirma Karl Jaspers: "La historia del pensamiento es un viaje de ida y vuelta. Primero se afirma toda la verdad absoluta, después se duda de toda la verdad".

Sin haber salido todavía de las concepciones filosóficas y morales del siglo xix, el hombre se encuentra, de pronto, frente a la verdad del firmamento y frente a su propia verdad.

Esperar la oportunidad de una nueva aventura espiritual bien puede ser la única verdad esencial de nuestro tiempo.

Jackeline no fue famosa por haber sido la esposa del Presidente del país más poderoso de la tierra, sino porque sorpresivamente casó con Aristóteles y porque, en definitiva, llegó a ser lo que era

Aristóteles.

Hay cierta clase de matrimonios, de divorcios, y de "amores" que se ganan el derecho a ocupar la primera página de los periódicos, por alguna rara circunstancia que nada tiene que ver con lo que decían nuestros abuelos cuando hablaban de las buenas costumbres.

Las ciencias políticas puras tienen relación con el psicoanálisis. De esta manera se reconoce que las sociedades también pueden padecer complejos.

Nuestro complejo histórico actual es producto de la ignorancia de lo que verdaderamente somos.

En cuanto a literatura, me quedo con las palabras de Oscar Wilde: "No existen libros morales o inmorales. Los libros están bien o mal escritos. Eso es todo".

El idioma es solo la forma que contiene la idea.

Lo máximo se entiende incomprensiblemente, por eso, en ocasiones, podemos comprender a Dios.

En política, en economía, en todo, los criterios son dispares. Solamente desaparece la discrepancia en cuanto a la administración de los impuestos, ya que todos creemos que, con su producto, todos los gobiernos solo idioteces hacen.

A un ciudadano norteamericano se le preguntó si estaba de acuerdo con la pena de muerte y contestó: "¿Qué podemos hacer con Terry Jureck, que secuestró a una niña de diez años en su camión, la violó salvajemente y luego la estranguló, arrojando su cadáver a un río?".

Ni aun en el más extremo de los casos, la humanidad no puede estar a favor de la pena de muerte.

La salud, como la libertad, es algo que no debe estar en el comercio de los hombres.

Entre las diferentes clases de amistad, es posible que la que se origina en la aparente comunidad de ideales sea la que tenga una base más deleznable.

En poca cosa consiste la felicidad: en ser una persona tan normal y corriente como un obrero o como un campesino, producto natural de un medio determinado, que trabaja, que ama, que tiene un hogar y unos hijos.

El hombre que nunca se preocupó porque alguien se acordara de él cien años después de su muerte, puede ser feliz.

Lejos quedaron los días de una república pueblerina y rural, cuando los asuntos públicos podían resolverse en la tertulia del atardecer, entre sorbos de café y trocitos de tamal asado.

Decía Ortega y Gasset: "Vivir es resistir, hincar los talones en tierra para oponerse a la corriente".

Todas las barreras que separan a los hombres pueden ser rotas cuando, en un amanecer cualquiera, aprendamos a bañarnos en el tenue rocío del amor.

En un mundo tan controvertido y violento, es posible que el mejor hombre de todos sea el fabricante de juguetes, aquel que es capaz de convertir un pedazo de madera en una ilusión.

El barrio amistoso desapareció cuando, de pronto, nos dimos cuenta de que éramos personas demasiado importantes, traumatizadamente civilizadas.

Tenemos categoría de personas civilizadas porque hemos encontrado los medios para terminar con todo lo que se llama naturaleza.

Nos civilizamos en la proporción en que creamos que debemos darle la espalda al sol, al aire, al silencio de los bosques y a la hermosa sensación de los campos abiertos.

Chaplin fue el simple gesto convertido en denuncia; el ridículo transformado en método para combatir; la caricatura elevada a la más fina y auténtica metáfora del arte.

Lo único que salva al intelectual de verdad del sinsabor de los tiempos es el compendio o resumen de la cultura universal que lleva en el morral de su espíritu.

Atravesamos por una época de desestabilización espiritual y conceptual.

Con la política sucede lo mismo que con el fútbol: todos los ciudadanos consideran que pueden ser los mejores entrenadores de la selección nacional.

Es difícil gobernar con cuatro millones de "especialistas" criticando permanentemente.

Cada época tiene su rebeldía. El rebelde es el que resiste, el que no acepta una determinada opresión, material o espiritual.

No ha faltado quien sostenga plenamente convencido, que los pobres tienen que existir porque, de lo contrario, no tendríamos a nadie con posibilidades de entrar a los cielos.

La civilización occidental nació, hace mil años, "cuando hubo una confluencia de cuatro elementos: los restos de la civilización grecolatina, el cristianismo, los bárbaros y la ciencia semita".

La ética del Estado y la ética de la producción moderna nos ponen frente a frente la civilización con la cultura, es decir, a un modo de vida de producción y de relaciones, con un sistema de comprensión y de interpretación.

Hay que cuidar, salvar el aire, el agua potable, los océanos, la energía del sol, que deben adquirir el estatuto de bienes comunes patrimoniales de la humanidad, y ser mantenidos como tales, mediante regulaciones públicas mundiales.